This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

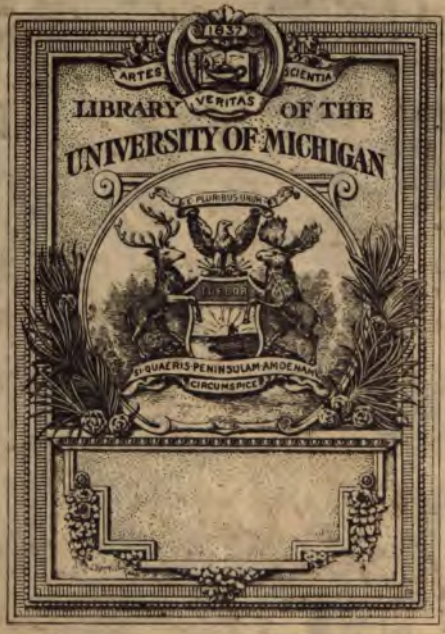
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 464202 DUPL


1837
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
E PLURIBUS UNUM
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE

868

TEATRO

TOMO QUINTO

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO QUINTO

La Gobernadora.—El primo Román.

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29
1904

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA GOBERNADORA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro de la Comedia la noche del 8 de Octubre de 1901.

Á ROSARIO PINO

Jacinto Benavente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JOSEFINA	SRA. PINO.
LA MARQUESA DE TORRELODONES	SRTA. CATALÁ.
DOÑA O.	SRA. GARCÍA.
ESPERANZA	SRTA. BREMÓN.
JIMENA	» SAMPEDRO.
BELISA	» SÁNCHEZ.
LA MARQUESA DE VILLAQUEJIDO	» TEJADA.
TERESITA	» COLORADO.
LA MENÉNDEZ (1)	SRA. RODRÍGUEZ.
DONCELLA	SRTA. MUÑOZ.
DON SANTIAGO	SR. RUBIO.
MANOLO	» MORANO.
PACO	» MATA.
DON TEODORO	» VALLÉS.
DON GUILLERMO	» CASTRO.
DON BALDOMERO	» GONZÁLVEZ.
MARQUÉS VIUDO DE TORRELODONES	» MORA.
DON BASILIO	» LEYVA.
ANTONIO CAMPOS	» TALLAVÍ.
PIMENTÓN	» SEPÚLVEDA.
POLITO	» CATALÁ.
REGUERA	» OLÍAS.
GARCÉS / DON TRINO	» MENDIGUCHÍA.
DON ROSENDO	» MORA.
DAMIÁN	» LÓPEZ ALONSO.
UN EMPLEADO	» BELDA.

Señoras y caballeros, gente del pueblo.

En Moraleda, capital de provincia.

(1) La Sra. Rodríguez se ha encargado de este papel por deferencia al autor.

LA GOBERNADORA

ACTO PRIMERO

La plaza Mayor de Moraleda.

Al levantarse el telón se oye repicar de campanas y disparos de cohetes. Gente del pueblo en todas direcciones, chiquillos voceando periódicos. «¡El Diario!», «¡La Voz!», «¡El programa de las corridas, con los nombres y señas de los toros que se han de lidiar!»

ESCENA PRIMERA

don ROSENDO y DAMIÁN

(Don Rosendo se sienta á uno de los veladores que habrá á la puerta del café. Damián se acerca.)

DAMIÁN

¡Felices, don Rosendo!

ROSENDO

¡Felices!

DAMIÁN

¡Buen día tenemos! ¡Si sigue así toda la feria! ¿Qué va á ser, don Rosendo? ¿La cervecita?... *(Saludando á unos que pasan.)* ¡Felices, señores! Buen día, ¿eh? ¡Si sigue así todas las fiestas!... Conque, ¿la cervecita?...

ROSENDO

No; tráeme café con media tostada.

DAMIÁN

¡Hombre! ¡Café con media! ¡Vaya con don Rosendo! ¿Qué idea le ha dado?... *(Riéndose á carcajadas.)*

ROSENDO

Sí; no me he desayunado todavía. Arreglando la exposición del escaparate para estos días.

DAMIÁN

Son días de trajín para todos. ¿Y, no abre usted hoy?

ROSENDO

No. El escaparate nada más, ¿qué quieres? Es día festivo.

DAMIÁN

¡Pero en feria!... Pues algo perderá usted.

ROSENDO

Ya lo sé. Pero no es cosa de indisponerse con las señoras que han formado una Junta; ya lo sabes, presidida por el señor Obispo, que tanto me ha distinguido siempre.

DAMIÁN

Es verdad. ¡Con quien se vive, se vive! Con que... la media tostadita con su café... *(A una criada que pasa.)* ¡Ahí, las mujeres!... ¿No quieres tomar nada? ¡Buena cesta llevas! ¿Hay forasteros en la casa?... Abur... porque tú no quieres... *(Volviendo al lado de don Rosendo.)* La criada de D. Baldomero. ¡Buena mujer! Dicen que es la verdadera señora de la casa. Porque don Baldomero, ya sabe usted, se vuelve loco por el zagalejo. A ésta la trajo de Villaquejido; es hija del montaraz... pues si es la primera mujer, ya sabemos todos la historia; y si es la segunda, doña O, ¡que ha sido guapetona, si las hay! pero los años no pasan en balde... Oiga usted, y esto en secreto, ¿creerá usted que hay quien ha dicho que don Baldomero y esta muchacha?... Calle usted... ¡Dicen unas cosas! Han querido dar jicarazo á la señora... ¿Qué le parece á usted? Lo cierto es que la chica ha venido aquí muchas veces por helados...

ROSENDO

¡Caramba! Y aquí envenenáis los helados...

DAMIÁN

No... ¡qué cosas tiene usted! Pero, en fin, ¡por probar la coartada!... ¿No ha leído usted las *Memorias de un Jefe de policía?*—Medio siglo de crímenes.—Habla allí de un envenenador que siempre convidaba á sus víctimas á tomar algo en el café... de este modo pudo probar siempre su inocencia; hasta que una vez, el jefe de policía, por un gemelo de cadenilla que encontró en una taza...

ROSENDO

Pero, ¡hombre!... ¡Que se me enfría el café!

DAMIÁN

¿El café?... ¡Ay que gracioso! Si no le he servido á usted todavía... ¡Vaya, que tiene usted una sátira, don Rosendo!... ¡Volando! ¿De arriba ó de abajo la tostadita?

ROSENDO

De donde caiga. *(Sale Damián; al salir, Garcés, que se ha sentado á un velador antes de terminar la escena, le llama.)*

ESCENA II

Dichos, la MENÉNDEZ y GARCÉS

DAMIÁN

¿Qué va á ser?

GARCÉS

Por ahora nada. Recado de escribir.

DAMIÁN

¿Y la señora?

MENÉNDEZ

Lo mismo.

DAMIÁN

¿Recado de escribir también?

GARCÉS

No, hombre: por ahora nada.

DAMIÁN

(Llama.) ¡Chist!... ¡Recado! *(A don Rosendo.)* Son del

teatro; de la compañía que debuta esta feria. No es maleja ella, ¿verdad? Conque... ¿de abajo la tostadita?... ¡Volando! *(Sale.)*

MENÉNDEZ

¿A quién vas á escribir?

GARCÉS

A nadie. Es por pedir algo. Haré cuentas. Yo siempre llevo cuenta de todo. No soy como la mayoría de los artistas, bohemios, desequilibrados. Yo, de cuatro, siempre guardo dos, y nunca vivo desprevenido. *(Haciendo cuentas.)*

DAMIÁN

(Entrando con el servicio á don Rosendo.) La tostadita... *(Llamando al echador.)* ¡Caféel

MENÉNDEZ

Por supuesto, en cuanto pasen estos días de feria, yo no le doy á este tío más de cuatro pesetas. ¡Seis pesetas por un cuartucho con una ventana á un patio y una cama que yo sola no cojo!...

GARCÉS

¡Pero cómo hablas, mujer, cómo hablas!

MENÉNDEZ

¿Pues qué he dicho?

GARCÉS

Que no sabes gramática. ¡Una cama que yo sola no cojo! En primer lugar no se dice cojo: se dice quepo; y

hay que decir una cama, en la cual, ó en la que... ¿Te enteras? ¿No ves que no hace sentido? ¿Cómo vas á desentrañar conceptos en una obra puramente literaria si no sabes gramática, sin la cual no es posible expresarse correctamente? ¡Cómo se conoce que te has amamantado artísticamente en el género chico!

MENÉNDEZ

Bueno, bueno; algo más negocio haríamos aquí con mi género... ¡Cinco sueldos por semana! Y déjate que los veamos... Si la gente ésta se nos pone de uñas, como dicen, y no nos dejan hacer *Oscurantismo,* que es la única obra de esperanzas.

GARCÉS

Obs, *Obscurantismo*. Hay una be entre la o y la ese.

MENÉNDEZ

Bueno. *Obxcurantismo.*

GARCÉS

Equis, no: be, be... ¡Y haces el papel de Lucinda! ¡La personificación de la ciencia! Porque no sé si te habrás enterado de la obra; es un símbolo... ¡Qué estudio habrás hecho de tu papel! No sabrás siquiera cómo vas á vestirte...

MENÉNDEZ

¡Claro que no! Con el equipaje empeñado en Madrid...

GARCÉS

Eso es lo de menos. Don Paco me ha prometido di-

nero, en cuanto coja algo del abono, y en seguida giraremos sobre Madrid y tendrás el equipaje.

MENÉNDEZ

¡Abono, abono!... No sé porqué, pero me parece que aquí salimos con las manos en la cabeza...

GARCÉS

De aquí, de aquí. ¿No ves que no hace sentido?...

MENÉNDEZ

Lo que yo sé, que esta población es muy levítica. ¿No se dice así? Y no nos permitirán hacer *El Obscurantismo*...

GARCÉS

Con be, ahora está bien.

MENÉNDEZ

Y si nos lo permiten, no irá nadie á vernos.

GARCÉS

No lo creo, hay aquí elementos muy liberales.

MENÉNDEZ

Pero esos entran de tifus la primera noche, y después no vuelven... Sobre todo, si las señoras no van al teatro, á morir...

GARCÉS

A morir los caballeros, y las damas á rezar...

MENÉNDEZ

¡Los periódicos de aquí creo que nos ponen tibios!... A las actrices nos llaman... Mesalinas.

GARCÉS

Eso se desprecia.

MENÉNDEZ

Y á los actores, golfos sin vergüenza...

GARCÉS

Eso ya está feo...

MENÉNDEZ

Y de la empresa dicen horrores.

GARCÉS

¡Fanáticos, sectarios! ¡Mozo! ¡La prensa del día, la prensa local!

DAMIÁN

Tenga usted... *La Voz*, *El Eco*... ¿Y cuándo se debuta? Hay mucha expectación. ¿Estrenan ustedes por fin esa obrita que ha hecho tanto ruido? Buena falta hace; porque aquí, créanme ustedes, hay mucho fariseísmo...

GARCÉS

Fariseísmo, esa es la palabra.

DAMIÁN

Las señoras han formado una liga.

GARCÉS

Conque ¿una liga?

DAMIÁN

Y á ustedes les han de hacer mucha contra. Aquí ya han venido á pedirle al amo que no repartamos las banderillas, ni se ponga el cartel de la compañía.

MENÉNDEZ

¿Qué te parece?

GARCÉS

¡Fanáticos, sectarios! Así anda este país. ¡Nos tragan, nos devoran...

MENÉNDEZ

¿De modo que usted cree que aquí no haremos nada?... Ya lo decía yo.

DAMIÁN

¡Como se les ponga á ustedes enfrente la liga de las señoras!... *(Música dentro, voces, chicos corriendo.)*

MENÉNDEZ

¿Qué es eso?

GARCÉS

¿Qué ocurre?

DAMIÁN

¡Las cuadrillas! Las cuadrillas que llegan á la fonda del Universo.

GARCÉS

¡Vea usted qué entusiasmo! Ni en el bajo imperio...

DAMIÁN

Es Campos, el torero del día

MENÉNDEZ

¿Ese que cobra seis mil pesetas por corrida?

GARCÉS

Un bárbaro que no sabrá hablar.

DAMIÁN

Eso no; Campos es muy fino; da gusto oirle; le habla á usted de todo; de política, de música... Le digo á usted que hablar con él, es como si leyera usted el «Alrededor del Mundo.» Y se trata con muy buena gente.

GARCÉS

Como todos ellos. En cambio, nosotros soportando mil humillaciones. ¿Querrá usted creer que en la casa de huéspedes querían cobrarnos por adelantado?

DAMIÁN

¿No van ustedes de toros?

GARCÉS

Me repugna el espectáculo. En Madrid muchas veces me regalaban el billete; y aunque fuera perdiendo algo, se lo vendía á cualquier amigo por no ir...

DAMIÁN

(*A don Rosendo.*) Y usted, don Rosendo, ¿no irá usted á la corridita?

ROSENDO

Puede que me anime á última hora. Pero cuando uno ha visto á otros toreros llegar á pie de la estación con

el hatillo al hombro, y ve uno ahora á estos... ¿Has visto? En el coche del marqués del Solar venía. ¿De quién es el ganado de la primera?

DAMIÁN

Es nuevo en esta plaza. Del marqués viudo de Torrelodones. Dicen que lo ha impuesto Campos, porque dicen que la hija del Marqués está loquita por él... como que ha venido solo por ver la corrida. Creo que están emparentados con el Gobernador.

ROSENDO

¿Y están hospedados en el Gobierno? Ya sé quién son. Estuvieron ayer en mi casa con la señora Gobernadora y me hicieron algunas compras. Se ve que es gente de gusto.

DAMIÁN

Mire usted, por allí viene el Gobernador.

ROSENDO

Es verdad. Irá á la función de la catedral... *(Pasa don Santiago rodeado de señores graves.)* Para servir á usía...

SANTIAGO

Tanto gusto en verle, querido. *(Pasa.)*

GARCÉS

¿Es el Gobernador?

ROSENDO

¡Qué persona tan atenta y tan educada!

GARCÉS

Dicen que es buena persona.

ROSENDO

Excelente.

MENÉNDEZ

Si no mete la pata con nosotros.

GARCÉS

¡La pata! Calla, mujer. ¿Y es hombre liberal en sus opiniones?

ROSENDO

Mire usted; aquí, no vale la pena de serlo. Figúrese usted que el once de Febrero se reunen á comer los republicanos en este mismo café, y comen en dos veladores, porque son cuatro y están divididos en dos fracciones.

MENÉNDEZ

Lo que digo yo; ¡en buena nos hemos metido! Mira, en cuanto huelas que don Paco está en fondos, procuras darle un toque; porque si no sacamos algo por adelantado me parece...

GARCÉS

¡Un toque! ¡Pero, cómo hablas, mujer, cómo hablas!

ESCENA III

Dichos, doña O y ESPERANZA

DOÑA O

Verás cómo por habernos entretenido no tenemos buen sitio en la tribuna.

ESPERANZA

Sí, mamá. Ya sabes lo que nos dijo Josefina; que no necesitábamos ir temprano, que nos tendrían reservado el sitio.

ROSENDO

(Saludando.) Mi señora doña O; encantadora Esperancita.

DOÑA O

¡Ay, don Rosendo! De su casa de usted venimos justamente.

ROSENDO

¿Habrán entrado ustedes por el portal? ¿Y á qué debo ese honor?

DOÑA O

Figúrese usted que á esta hija mía, que es un puro capricho, se le ha antojado ir á los toros con mantilla de madroños.

ROSENDO

¡Ya lo creo! Estará hermosísima, si puede estarlo más.

ESPERANZA

Muchas gracias. Esa señora con quien hablaba usted, ¿es forastera?

ROSENDO

Debe serlo. No la conozco. Me preguntaron no sé qué...

DOÑA O

(Reparando.) ¡Jesús! No tiene cara de cosa buena; Dios me perdone si la ofendo.

MENÉNDEZ

(Bajo á Garcés.) ¡Cómo miran esas cursilantas!

GARCÉS

Pues no mires tú; en alguien ha de estar la educación.

ROSENDO

¿Y han encontrado ustedes algo de su gusto?

DOÑA O

Ya quedó el dependiente en llevarnos á casa unas cuántas para elegir más despacio...

ROSENDO

Lo que ustedes quieran.

DOÑA O

Pero hágase usted cargo; con las mantillas á docenas que hay en casa, de lo mejor, de blondas, de castañuelas... negras, blancas... pero á esta hija mía, siempre se le ha de antojar lo que no tiene.

ROSENDO

Como á todas las jóvenes.

ESPERANZA

No, si yo no puedo tener un capricho. Siempre han de contrariarme.

DOÑA O

¡Jesús! ¡Jesús! No ofendas á Dios. Gracias á que don Rosendo sabe el mimo que tienes.

ROSENDO

Pues ya lo creo; con un papá que no tiene otro pío...

ESPERANZA

Para lo que voy á vivir...

DOÑA O

¡Ay, qué hija! No me vuelvas loca; ¡pues no se le ha puesto ahora que se va á morir!...

ROSENDO

¡Pero doña Esperancita!...

ESPERANZA

¡Para ser tan desgraciada!...

DOÑA O

¿Pero usted lo oye? ¡Gracias á que usted nos conoce!...

ROSENDO

Ya lo creo, doña O.

DOÑA O

Conque mande usted luego á recoger las mantillas. Vamos á la catedral.

ROSENDO

Estará como un ascua de oro. ¿Predica su ilustrísima?

DOÑA O

Sí, señor; y tendrá que oir con estas cosas que pasan... ¡En plena feria descolgarse unos malos cómicos á representar ese drama condenado!...

MENÉNDEZ

¿Te vas enterando?

GARCÉS

Calla; en alguien ha de estar la tolerancia...

DOÑA O

Buenas cosas dirá su ilustrísima, y como él sabe decirlas, que parece que no dice nada.

ROSENDO

¡Ya, ya!...

ESPERANZA

¡Qué bonito escaparate ha puesto usted!

ROSENDO

Lo que se puede, hija, lo que se puede. En estos días hay que presentar alguna novedad, por decoro de la población y de uno mismo.

DOÑA O

Sí que tiene usted cosas preciosas.

ESPERANZA

¡Qué figuritas! ¡Qué monada! ¡Una órquesta de cochinitos!

ROSENDO

Y los broches modernistas, ¿los han visto ustedes?

ESPERANZA

¡Qué preciosos! Mande usted también unos cuántos para elegir.

DOÑA O

Y los cochinillos también, porque vas á soñar con ellos. ¡Ay, qué hija! Luego no la ve usted nunca contenta...

ROSENDO

Es la edad... las muchachas no saben lo que quieren, ó como dice usted muy bien, solo quieren lo que no tienen.

DOÑA O

Usted lo pase bien, don Rosendo. Anda, Esperancita, no mires más al escaparate.

ROSENDO

Siempre á su disposición. Voy á disponer que lo manden todo.

ESPERANZA

¿Sabe usted que en lugar de los cochinitos me gustá más aquel perrito en el automóvil? ¡Qué monería!

ROSENDO

Lo que usted quiera.

DOÑA O

¿Pero ve usted? Vamos, hija... Verás cómo no podemos entrar en la tribuna. *(Salen las dos discutiendo.)*

ESCENA IV

Dichos, menós doña O y ESPERANZA.

MENÉNDEZ

Y esta mamá y esta niña, ¿son del señorío de aquí?

DAMIÁN

¡Ya lo creo! La señora de don Baldomero Remolinos; el capital más fuerte de Moraleda, y la niña hija única el mejor partido de la provincia.

ROSENDO

La niña de oro, como la llama todo el mundo. Eso, sí; peor criada... Sus padres no la niegan ningún capricho.

DAMIÁN

Menos el de casarse con don Manolito. Las criadas dicen que hay una escenas...

ROSENDO

En eso tienen razón. ¿Quién es don Manolito? Porque sea secretario del Gobierno civil... Un vividor de esos

que nos mandan de Madrid. Todo el mundo le echa la culpa de más de cuatro cosas que pasan, porque don Santiago es incapaz... El último escándalo del juego es cosa suya, estoy seguro.

DAMIÁN

Pero como dicen que el secretario y la Gobernadora... ya sabe usted...

GARCÉS

¡Pues está buena la provincia!

MENÉNDEZ

¡Y hacen tanto aspaviento por un drama!

ROSENDO

¿Cuánto te debo?

DAMIÁN

Cuarenta, y una cerveza de ayer tarde...

ROSENDO

Es verdad... Voy á disponer los encargos de doña O.

DAMIÁN

Hasta la vista, amigo don Rosendo.

ROSENDO

Abur, señores...

GARCES

Para servir á usted.

MENÉNDEZ

Beso á usted la mano. *(Sale don Rosendo.)*

GARCÉS

Este señor es el dueño de ese establecimiento. ¡Buena casa!

DAMIÁN

Sí, señor. Él es muy campechano y muy liberal; pero como su clientela es toda gente de viso... ¿sabe usted?

MENÉNDEZ

Me ha cargado eso que ha dicho de Madrid. ¡Vividores! Trabajo me ha costado no contestarle una fresca, porque yo soy muy madrileña...

DAMIÁN

No haga usted caso. Sabe usted que su primera mujer, cuando se le escapó la segunda vez, fué con uno de Madrid...

GARCÉS

Entonces se comprende... Hay cosas que no se olvidan...

ESCENA V

Dichos, don TEODORO y don GUILLERMO

GUILLERMO

¿Y cómo te enteraste?

TEODORO

Es historia larga, pero deliciosa... ¡Si como yo me

proponga saber algo! Verás... ¡Hombre! Tiene cerrada la tienda Rosendo. Entonces nos sentaremos aquí.

GUILLERMO

En el café, mejor. Tomaremos un *vermout* y haremos tiempo hasta la hora de la música.

TEODORO

(Mirando á la Menéndez.) Yo conozco esa cara.

GUILLERMO

Parecen forasteros.

TEODORO

¡Damián!

DAMIÁN

¡Señores! ¡Por aquí tan tempranito! ¡Vaya un día! Tenemos buena feria. ¿Qué mandan ustedes?

GUILLERMO

Tráete dos *vermouts* con gotas amargas.

DAMIÁN

¿Y cómo no están ustedes en la catedral? Ya sé que á ustedes no les tira lo eclesiástico, pero usted, don Teodoro, por el mujerío...

TEODORO

¡Calla, calla! ya he visto bastante por la calle de San Pablo. Es que cada día hay mujeres más guapas. ¡Han salido hoy de largo unas cuantas mocitas! ¡Qué promoción la de esta feria!

DAMIÁN

¿Sabe usted quién ha pasado por aquí muy tempranito? Clotilde, la peinadora; hoy anda muy atareada; me ha preguntado por usted.

TEODORO

Esa es de cuidado. Habla de matrimonio como de lo más natural del mundo.

DAMIÁN

Y á usted con esas...

TEODORO

Yo en eso me atengo al Catecismo; los sacramentos por su orden; el matrimonio el séptimo; después de la extremaunción.

DAMIÁN

¡Ay, qué gracioso!

GUILLERMO

(Riendo á carcajadas.) No hay quien pueda con él.

DAMIÁN

¡Pues vamos, que usted!... Solo que usted las mata callando. ¿Sabe usted quién se ha mudado aquí cerca? Teresa, la corsetera...

TEODORO

Esa es buena muchacha, sin pretensiones, sencillota; la pobre todo lo cuenta desde su desgracia: «Eso fué el

año de mi desgracia». «Dos años antes de mi desgracia».

DAMIÁN

¿Y qué desgracia fué?

TEODORO

¿No lo sabes? Pues fué chica.

DAMIÁN

¿Qué le sucedió?

TEODORO

¿No te digo que fué chica?

GUILLERMO

(*Riendo á carcajadas.*) ¡Ay, qué hombre éste!

DAMIÁN

(*Idem.*) ¡Ay, qué gracioso!

GUILLERMO

Es lo que yo le envidio á este hombre; el buen humor; de todo saca partido.

DAMIÁN

Es célebre este don Teodoro.

GUILLERMO

¡Que si es! Yo no tengo gracia, ni memoria; pero si uno apuntara todo lo que se le ocurre á este hombre, se podía hacer un libro.

DAMIÁN

¡Ya lo creo!

TEODORO

Anda por los *vermouts*. *(Sale Damián.)*

MENÉNDEZ

¡Qué alegres son esos carcamales!

GARCÉS

¡Y con qué descaro miran!...

TEODORO

Yo conozco esa cara. He de preguntar á Damián.

MENÉNDEZ

Y don Paco sin venir. ¡Ay, qué mala espina me da todo esto!

GARCÉS

¿No ves que en un día como hoy no habrá encontrado á nadie en el Gobierno?

MENÉNDEZ

Y si no viene, á mí me da vergüenza marcharnos sin pedir nada.

GARCÉS

Pide lo que quieras. Ya nos conoce el mozo; mañana se le paga.

MENÉNDEZ

Yo tomaría café con media tostada... ¡El chocolate de la casa es tan inferior!

GARCÉS

¡Qué cosas tienes! Una actriz de una compañía de fama tomando media tostada en público. Pide algo delicado... un té.

MENÉNDEZ

Si yo no tomo té más que cuando estoy empachada...

TEODORO

(A Guillermo.) Mira, mira quién asoma por allí.

GUILLERMO

Ya nos ha visto.

TEODORO

Y ya está haciendo posturitas. Mira, mira; dándole azúcar al canario con la boquita... ¡Me parece que más expresivo!...

GUILLERMO

¡Si no tuviera un marido tan bruto!...

DAMIÁN

(Trayendo el servicio.) El *vermout* y las gotitas. ¿Qué miran ustedes? La capitana... *(Con misterio.)* Pues oigan ustedes... A mí me consta. Todas las mañanas en cuanto sale su marido para el cuartel se asoma ella al balcón y hace una seña... ¡Yo no sé á quién! pero es á alguno...

TEODORO

¿Y sobre qué hora es eso?

DAMIÁN

Entre ocho y nueve.

TEODORO

Habrá que venir una mañana.

MENÉNDEZ

Mira, mira, don Paco, por allí viene. ¡Gracias á Dios! (*Llamándole.*) ¡Don Paco!...

GARCÉS

Ya nos ha visto.

TEODORO

(*A Damián.*) Oye, ¿tú conoces á esta forastera?

DAMIÁN

Son cómicos. De la compañía que viene al Principal.

TEODORO

¿Quieres preguntarle si ha estado alguna vez en Almendralejo y si se llama Luisa?

DAMIÁN

Con mucho gusto... ¿Almendralejo?...

MENÉNDEZ

Pero ¿con quién se ha parado don Paco?

GARCÉS

¿No lo ves? Con el sinvergüenza de Moreno; le estará dando un sablazo... Que no nos vea.

DAMIÁN

(*A la Menéndez.*) Usted disimule. Aquel caballero pregunta si ha estado usted por casualidad en Almendralejo, y si se llama usted Luisa.

MENÉNDEZ

(*Dirigiéndose á don Teodoro.*) ¿En Almendralejo? Me conoció usted allí?

TEODORO

Por el año ochenta y cuatro....

MENÉNDEZ

No, señor, por el noventa y dos....

TEODORO

Tiene usted razón, por el noventa y dos... Luisita...

MENÉNDEZ

Ahora no me llamo Luisa, pero soy yo... Usted debe haber cambiado mucho, porque no caigo...

TEODORO

¿De veras? ¿No cae usted?

MENÉNDEZ

No caigo, no caigo.

TEODORO

Si yo le diera á usted un detalle...

MENÉNDEZ

(Llamándole á su lado.) ¡Ay, dígamelo usted, dígamelo usted!

GUILLERMO

(A Damián.) Este Teodoro...

DAMIÁN

Es de lo que no hay.

ESCENA VI

Dichos y PACO

PACO

A Garcés.) Perdonen ustedes la tardanza.

GARCÉS

¿Qué hay? ¿Buenas noticias?

PACO

Excelentes. ¿Con quién habla Adela?

GARCÉS

Un admirador antiguo... Adela, con permiso. Aquí está don Paco.

MENÉNDEZ

¡Ay, don Paco! ¿Qué noticias tenemos?

GARCÉS

Buenas, óptimas.

MENÉNDEZ

¿En qué quedamos?

GARCÉS

¡Pero mujer! Óptimas es mejor que buenas.

MENÉNDEZ

¿Sí? Deje usted que le abrace.

GARCÉS

¡Mujer! Que á nadie le consta porqué abrazas á don Paco; y por lo mismo que venimos á representar una obra atrevida, debes guardar más circunspección y miramiento.

MENÉNDEZ

Un empresario no es un hombre; es como un autor en noche de estreno; se le abraza sin segunda. (*A don Teodoro.*) El señor es nuestro empresario.

PACO

Servidor de ustedes.

GUILLERMO

Es usted un valiente. Venir á representar aquí ese drama que tanto ha dado que hablar.

TEODORO

Obscurantismo. Ya verán ustedes lo que es bueno.

MENÉNDEZ

Ustedes creen...

TEODORO

Que tendrán ustedes muchos disgustos y perderán su dinero.

MENÉNDEZ

¡Ay, don Paco de mi alma! ¿No decía usted que traía tan buenas noticias?

PACO

Por lo pronto el Gobernador no prohibe las representaciones como se temía.

GUILLERMO

Pero falta la Gobernadora; en cuanto ella se entere...

TEODORO

Aquí no se hace más que lo que ella dispone. Está relacionada con todo lo principal; es de todas las Juntas de señoras y de todas las Congregaciones, y no estará dispuesta á malquistarse con sus relaciones, si su marido permite que ustedes representen la obra.

GUILLERMO

Y si la representan ustedes no irá nadie á verlos, ni siquiera el elemento oficial.

TEODORO

Con las mujeres no cuenten ustedes; y sin ellas no cuenten ustedes con nosotros. Un teatro sin mujeres es... ¿cómo diré yo? como una jaula sin pájaros.

GARCÉS

¡Bonita comparación!

PACO

Pero el Gobernador no puede atropellar la ley.

GUILLERMO

Si no necesita atropellar ninguna; con hacer cumplir muchas le basta. El teatro no tiene servicio de incendios; la localidad alta amenaza hundirse.

MENÉNDEZ

¡Ay, don Paco! ¡Esto es una caverna!

TEODORO

¿Pero quién les manda á ustedes venirse aquí con obscurantismos?

GARCÉS

Pues señor, esto ha cambiado mucho. Yo hice aquí una temporada por los años de la revolución, y entonces había aquí muy buenos liberales. Me acuerdo de Baldomero Remolinos; su padre le puso Baldomero en recuerdo del general.

TEODORO

(Riendo.) ¿Oyes esto?

GUILLERMO

¡Ja, ja!...

GARCÉS

¿De qué se ríen ustedes?

GUILLERMO

De nada; que ese Baldomero es hoy el cacique de Moraleda: el que paga la contribución que le parece, y tiene hipotecas sobre media provincia, y pagarés firmados por la otra media... y se congestiona si oye tocar el himno de Riego...

GARCÉS

¡Es posible!

MENÉNDEZ

Sí, hombre; antes nos hablaron de ese señor. ¿No es el padre de una señorita muy dengosa?

GUILLERMO

Esperancita.

MENÉNDEZ

¿Que dicen que está enamorada locamente del secretario del Gobernador y sus padres no la dejan casarse?

TEODORO

La misma.

PACO

¿Del secretario del Gobernador? ¿De Manolo?

TEODORO

¿Le conoce usted?... Un madrileño de buena figura; hombre muy vivo...

PACO

¡Ya lo creo!... ¡Adela! ¡Garcés! ¡Nos hemos salvado! ¡Somos los amos de Moraleda! Tanto como don Baldomero; más que el Gobernador, y lo mismo que la Gobernadora...

MENÉNDEZ

¿De verás? ¿Qué sucede?

GARCÉS

Cuente usted, cuente usted.

PACO

Casi nada; que Manolo, el secretario del Gobierno, es hermano mío...

MENÉNDEZ

¿Qué dice usted?

GARCÉS

¿Legítimo ó bastardo?

PACO

¡Qué bastardo! Déjese usted de dramas.

TEODORO

Es curioso...

GUILLERMO

Pero ¡cómo se entera uno de las cosas sin querer! Luego dicen que uno trae y lleva.

TEODORO

Esto hay que llevarlo...

PACO

Figúrense ustedes mi sorpresa al oir el nombre de mi hermano en el Gobierno; en lo que yo menos pensaba. Cinco años que no sabíamos uno de otro; desde que yo

me fuí á Buenos Aires; tuvimos que buscarnos la vida tan jóvenes... cada uno por su lado...

MENÉNDEZ

¿Pero no le ha visto usted?

PACO

No. Estaba en la catedral, le dejé dos letras, y espero su contestación.

GARCÉS

¿Pero se llevan ustedes bien?

PACO

¡Ya lo creo! Si no nos escribíamos en tanto tiempo fué... ¡Qué se yo! porque nuestro carácter es así; y porque cuando hay que luchar á brazo partido con la vida, se olvida uno de todo; los afectos son una carga que entorpece.

GARCÉS

Luego dicen del teatro... Vea usted si esto es una casualidad... Hay un drama en el fondo...

TEODORO

Pues con el apoyo de su hermano ya varía el asunto... ganarán ustedes dinero.

MENÉNDEZ

¡Dios le oiga á usted!

TEODORO

¡Digo! Esperancita, la niña de don Baldomero, con la

influencia y el dinero de su padre, por una parte; y de otra la Gobernadora con su simpatía y su gancho... porque gancho tiene, ¿verdad, Guillermito?

GUILLERMO

¡Que si lo tiene!

TEODORO

Las dos consiguen cuanto las da la gana; y como su hermano de usted tiene mucha simpatía con las señoras, y se dice, sin ofenderle...

PACO

No, si yo no me asusto. Crean ustedes que para mí, el sacar de aquí unas pesetas es cuestión de vida ó muerte.

MENÉNDEZ

Y para todos.

GUILLERMO

Pues no se apure usted; como su hermano le proteja, hará usted dinero.

TEODORO

Ya sabe usted que en este mundo, y yo creo que en el otro, todo es cuestión de faldas.

MENÉNDEZ

Ya lo dice el refrán... «Más tiran...»

GARCÉS

¿Qué vas á decir? Ten decoro... ¿Vas á estar siempre en género chico?

PACO

¡Adelà, Garcés! Les convido á ustedes á almorzar en celebridad de tan buenas esperanzas... Señores, ¿quieren ustedes almorzar con nosotros?

TEODORO

Muchas gracias; celebraré que lleve usted un buen recuerdo de Moraleda.

PACO

Tanto gusto en haberlos saludado... Pasaremos al restaurant.

GARCÉS

El caso es que nos esperan en la casa.

MENÉNDEZ

¡Que esperen! Lo mismo nos han de cobrar. Ande usted, don Paco, que yo voy teniendo apetito.

GARCÉS

¡Parece mentira! Le advierto á usted que acaba de tomarse unos emparedados...

MENÉNDEZ

¿Eh?

GARCÉS

Y una copa de Jerez.

MENÉNDEZ

Y bicarbonato.

PACO

Tomaremos una mesa cerca de la ventana, para dis-

frutar del paseo, que es por aquí después de misa mayor.

MENÉNDEZ

(A Garcés.) Pero ¡qué gutibamba eres! ¿Creerás tú que se ha creído lo de los empaderados?...

GARCÉS

Empare... emparedados...

MENÉNDEZ

Déjame en paz. Don Teodoro, hasta la vista.

TEODORO

Adiós, Luisita, digo, Adela... *(Entran en el café don Paco, Garcés y la Menéndez.)*

GUILLERMO

¡Pero qué suerte tenemos para enterarnos de todo!

TEODORO

No le faltaba más al cuadro de familia. ¡El secretario, hermano de un empresario de cómicos de la legua! ¡Qué intrigas! ¡Qué luchas!

GUILLERMO

¡Y si el drama no se representa, los dueños de todos los Círculos en que no se juega por orden gubernativa, pondrán el grito en el cielo en nombre de la libertad!... Y si es verdad lo que dicen...

TEODORO

¡Ya lo creo! No se juega más que en el Círculo de Pe-

drosa. Y ¿sabes porqué? Porque don Baldomero cobra un dineral por el alquiler de la casa, haciéndose pagar su influencia con los gobernadores para que no se juegue en otra parte. ¿No has leído *El Abejorro?* Viene tremendo. Aquí debo tener el último número. (*Saca un montón de papeles y se le cae una carta.*)

GUILLERMO

¿Cartitas?

TEODORO

Calla. ¡Si tú supieras de quien es ésta!... No te lo puedes figurar... Aquí está *El Abejorro*.

GUILLERMO

¿Quién demonios paga este papel?

TEODORO

Reinosa, el del Círculo de Recreo; como ahora no le dejan funcionar...: Escucha, escucha: «Con motivo de las iluminaciones de feria se han colocado en la fachada del Gobierno civil unos grandes candelabros de pésimo gusto: se advierte, desde luego, que el Gobernador *solo se ha cuidado de que hagan juego...*»

GUILLERMO

Son el demonio. ¡Qué cosas se les ocurren! Está bien traído...

TEODORO

Pues oye este otro... «Para mayor lucimiento de las próximas corridas de feria, presidirá la plaza el excelentísimo señor Gobernador; la competencia de nuestra digna (si bien no siempre celosa) autoridad, en asuntos

de toros...» ¿Qué te parece? «asegura á los buenos aficionados el mejor orden del espectáculo...»

GUILLERMO

Eso ya no me parece bien; la vida privada debe respetarse. Le puede á uno engañar su mujer y ser un buen Gobernador; yo no veo la incompatibilidad.

TEODORO

Por lo menos no consta en la ley. *(Ruido.)*

ESCENA VII

Dichos, CAMPOS, REGUERA, PIMENTÓN, POLITO y el MARQUÉS DE TORRELODONES

GUILLERMO

¿Qué pasa? ¡Qué movimiento de gente!

TEODORO

Campos, el torero; y la gente embobada á su alrededor...

DAMIÁN

Aquí viene Campos. *(La gente corre y grita: «¡Campos! ¡Campos!»...)*

MENÉNDEZ

(De pie, asomada á la ventana del café.) ¡Qué buena figura! ¡Y qué de alhajas!

GARCÉS

¡Mujer! ¡No seas vulgo! No admires á esos gladiadores de poquito, sin la grandeza bárbara de los antiguos...

PACO

No moralice usted, Garcés... La vida no es un drama de tesis.

GARCÉS

¡No es una mala vergüenza! Llegamos nosotros, artistas al fin, que venimos á educar, á instruir, y nadie nos atiende, nadie nos mira...

PACO

¿Qué sálsa le pongo á usted? ¿Mayonesa?

GARCÉS

Va usted á sacarme de una duda: ¿es Mayo ó Bayo... nesa?

CAMPOS

(Saludando á la gente.) Muchas gracias... ¡Allá veremos!... ¡Con Dios, señores!...

PIMENTÓN

Dejad paso, chiquillos...

TEODORO

Adiós, Polito.

POLITO

Señores... ¿Estamos de combinación?

GUILLERMO

Aquí, esperando la hora de la música.

POLITO

Vengan ustedes acá... Señores... voy á presentarles á ustedes... *(A Campos.)* A ti no hay que presentarte.

TEODORO

¿Quién no le conoce?

POLITO

Dos amigos: don Teodoro Andújar y don Guillermo Juncales; el don Juan y el don Luís de Moraleda.

TEODORO

Este Polito...

GUILLERMO

No nos desacredite usted con los forasteros...

POLITO

El Marqués de Torrelodones... y el señor Reguera; un buen aficionado que viene de Madrid solo por ver torear al gran Campos, que está decidido á borrar el mal recuerdo que dejó aquí hace dos años.

CAMPOS

¡Qué guasón es usted, don Leopoldo! ¡Vaya un recuerdito!

REGUERA

Y él que no se porte, no vuelvo á saludarle.

CAMPOS

No habrá caso.

REGUERA

Este año llevamos buena temporada.

TEODORO

¿No quieren ustedes tomar nada? *(Ofreciendo un cigarro á Campos.)* Vaya un cigarrito...

REGUERA

No, no fuma...

POLITO

No fuma... Le hace daño...

CAMPOS

No fumo.

DAMIÁN

¿Qué va á ser?

TEODORO

Ustedes, ¿qué quieren? *(A Campos.)* Una copita...

REGUERA

No, no bebe.

POLITO

No bebe.

CAMPOS

No bebo. Tomaré un refresco.

POLITO

¿Un refresco? *(A Reguera.)* ¿Qué le parece á usted? ¿Le hará bien un refresco?

REGUERA

Un refresco... ¿Usted qué opina?

POLITO

¡Qué sé yo!

CAMPOS

Ustedes dirán.

DAMIÁN

Tenemos zarza, grosella, limón..

REGUERA

Grosella. ¿Qué le parece á usted?

POLITO

Pero sin helar: del tiempo.

TEODORO

No dirá usted que no le cuidan sus amigos.

POLITO

Para nosotros, cerveza y limón. ¿Y usted, Marqués?

MARQUÉS

Lo mismo.

PIMENTÓN

A mí me van ustedes á permitir un vasito de agua con unas gotas de azahar.

TEODORO

(A Guillermo.) ¿Pero has visto qué delicados son estos toreros? Grosella, azahar...

REGUERA

Este año van ustedes á ver un ganado...

TEODORO

Nuevo en esta plaza.

CAMPOS

Del señor Marqués, aquí presente.

GUILLERMO

Por muchos años...

REGUERA

Cuando él viene á la corrida, es porque sabe lo que manda...

MARQUÉS

Y ustedes también lo saben.

PIMENTÓN

Es mucho jabonero aquel segundo.

REGUERA

Si vosotros no os encargáis de estropearlo.

PIMENTÓN

Sabe aquí el señor Marqués cómo se trabaja para los amigos. ¿Cómo se le ha *picao* á usted siempre, señor Marqués? ¿Tiene usted alguna queja?

MARQUÉS

No, no...

PIMENTÓN

Que diga cómo se trabajó la última corrida: echando los caballos encima, en los mismos medios; sujetando á los toros siempre por la derecha, y la puya de *ivierno*. ¿Se *pué* pedir más? Ya sé yo que el *ganao* aquí, del señor Marqués, no lo necesita, porque es un *ganao mu* rico; pero cuando se quiere acreditar una ganadería, ya sabe uno cómo hay que trabajar.

REGUERA

Sí, ya veo cómo acreditas una ganadería.

CAMPOS

¿Quieres no hablar más?

PIMENTÓN

Contestaba aquí al señor Marqués.

TEODORO

(A Polito.) Y tú, estos días de feria, ya se sabe... entregado por completo al toreo y á sus representantes en la tierra, sin perjuicio de exhibir siete trajes y veintidós corbatas cada día. ¿Qué dirá Esperancita? A propósito: ¿cómo va eso?

POLITO

Como siempre: la madre me recibe muy bien; el padre, ni bien ni mal, sobre todo teniendo en cuenta mi situación financiera, que él conoce como nadie... Pero la niña no me puede ver ni en pintura.

TEODORO

¿Pero es verdad que está encaprichada de don Manolito?

POLITO

Loca perdida. Y como la Gobernadora se ha propuesto hacer esa boda para proteger al secretario...

TEODORO

Entonces no será verdad lo que dicen de ella y de...

POLITO

Yo creo que entre la Gobernadora y don Manolito solo existen relaciones de... intereses.

CAMPOS

¿No está abierta la tienda de don Rosendo?

REGUERA

¿Querías algo?

CAMPOS

Unas corbatas blancas; á Joseliyo se le olvidó ponerlas en la maleta, y si yo no doy un vistazo se le olvida el *smoking*...

POLITO

A nosotros nos despachará... *(Repique de campanas.)*

GUILLERMO

Es que ha terminado la función de la catedral. Dentro de un rato empezará aquí el paseo y tendremos música. ¿Es la primera vez que vienen ustedes á Moraleda?

MARQUÉS

Yo, sí señor; y, como ciudad histórica, me parece muy interesante.

REGUERA

Yo había estado otro año, también por feria; vine con Rafael.

MARQUÉS

Usted cada año se lo dedica al matador de moda.

REGUERA

¿Qué va á hacer uno?

ESCENA VIII

Dichos, JIMENA, BELISA y don BASILIO

JIMENA

Podíamos haberle estado esperando á usted toda la vida.

BELISA

¡Vaya un susto que nos ha dado usted!

BASILIO

Pero, hijas mías, ¿no os digo que me mandó llamar su ilustrísima á la sacristía para hablarme de un asunto, de la restauración del sepulcro de los Giráldez...

JIMENA

Y nosotras como locas desde la tribuna, sin ver á usted por ninguna parte.

BELISA

Creyendo que le había sucedido á usted algo.

JIMENA

Sin atrevernos á salir solas entre tanta gente, para que creyeran cualquier cosa...

BASILIO

¿Pero qué iban á creer?

BELISA

Desengáñese usted: lo que menos hubieran creído era que le buscábamos á usted.

JIMENA

En fin, que nos ha dado usted la función.

BELISA

Yo me he puesto tan nerviosa...

JIMENA

Yo sé contenerme; pero estoy segura de que dentro de quince ó veinte días me sale el disgusto...

BASILIO

Pero, hijas, ¡si no ha ocurrido nada! ¡Vaya, que sois vehementes y ponderativas!... Es mucha imaginación... ¿Queréis pasear ó nos sentamos?

BELISA

Daremos una vuelta, ahora que no hay mucha gente todavía.

TEODORO

(Saluda.) Vaya usted con Dios, don Basilio... A los

pies de ustedes... (*Don Basilio y sus hijas saludan y pasan.*

GUILLERMO

El rector y sus hijas; Jimena y Belisa.

CAMPOS

¿Pero esos son nombres ó es guasa de ustedes?

TEODORO

Son verdaderos nombres; de mote las llaman la Retórica y la Poética... El padre, donde ustedes le ven, es un cuquito: vive con todos y de todos saca...

POLITO

Y las niñas tienen unas ganas de matrimoniar... En estos días de feria no descansan; todo lo esperan de los forasteros.

CAMPOS

Miren ustedes lo que viene. ¡Buena mujer!

TEODORO

¡Digo! ¡La Gobernadora!

MARQUÉS

Josefina. Vendrá también mi hija.

POLITO

Sí, viene detrás con Esperancita Remolinos.

CAMPOS

¿Y esa mujer no es más que gobernadora?... ¿Para cuándo están los imperios?

ESCENA IX

Dichos, JOSEFINA, la MARQUESA DE TORRELODONES, doña O, ESPERANZA, don BALDOMERO y MANOLO.

JOSEFINA

Mira, Carmen, mira cuántos amigos. (*Todos los hombres se ponen de pie. Saludos.*) ¿Cómo están ustedes?... ¿eh?...

TEODORO

(*A Campos.*) ¡Vaya una corridita!

PIMENTÓN

De mucho peso.

MARQUÉS

¿Vienen ustedes de la catedral? ¿Cómo ha estado esa función?

MARQUESA DE TORRELODONES

Mucha gente.

JOSEFINA

Y mucho calor.

DOÑA O

¡Cómo ha estado su ilustrísima! ¡Qué sermón!

BALDOMERO

No ha sido sermón, ha sido un verdadero discurso de tonos muy levantados. ¿Qué le ha parecido á usted, Josefina?

JOSEFINA

¿Yo qué voy á decir? Todo ha ido conmigo.

DOÑA O

Con la mejor intención; porque tú tienes el deber de ayudarnos; de emplear todos los medios para que tu marido esté con nosotros, con los buenos.

JOSEFINA

Sí... pero los hombres tienen sus ideas, sus compromisos políticos. Santiago no puede hacer lo que quiera...

BALDOMERO

Contando con nosotros, que se ría del Gobierno. La parte sana de Moraleda estará con nosotros.

MANOLO

¡Si habláramos de otra cosa!... Josefina se ha mareado un poco en la catedral...

JOSEFINA

Sí, es verdad. He pasado muy mal rato; todos los ojos fijos en mí...

DOÑA O

Eso debe halagarte...

BALDOMERO

¿No queréis dar una vuelta?

DOÑA O

No, estamos cansadas. Nos sentaremos aquí un momento. (*A Josefina.*) Si te parece.

JOSEFINA

Como quieras. (*Se sientan.*)

BALDOMERO

Entonces, aquí volveremos á recogeros. Querido Marqués, nosotros daremos una vueltecita. Este paseo por la plaza, después de misa, tiene mucho carácter... (*Salen el Marqués y don Baldomero.*)

MARQUESA DE TORRELODONES

(*A Campos.*) ¿Los ha visto usted? ¿Está usted contento? El jabonero lo he elegido yo para usted.

REGUERA

Hay que recibirlo.

MARQUESA DE TORRELODONES

Se va usted á lucir tanto en esta corrida, que no va usted á querer matar más toros que los nuestros.

POLITO

(*A Reguera.*) ¡Cómo hace el artículo la Marquesita!

REGUERA

A lo que estamos.

CAMPOS

Mañana estreno el capote. No he querido estrenarlo hasta que usted lo vea.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿De verdad? ¿Le gusta á usted?

CAMPOS

¡Digo!...

MARQUESA DE TORRELODONES

No se crea usted que no he puesto las manos en él, casi todo está bordado por mí.

CAMPOS

Con él me entierran.

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Ay, no hable usted de esas cosas! Lo que yo quiero es que viva usted mucho y toree usted mucho...

REGUERA

(*A Polito:*) Toros de papá, sobre todo.

MARQUESA DE TORRELODONES

Aquí tiene usted que hacer lo que sepa; mire usted que aquí tiene usted muy pocos amigos. Lo que yo he tenido que defenderle á usted estos días...

CAMPOS

Si usted me defiende, aunque me echen una ganadería al corral...

POLITO

Aquí les entusiasma los toreros que se dejan coger...

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Ay!, eso no. No se deje usted coger de ninguna manera.

REGUERA

Pero hay que arrimarse.

MARQUESA DE TORRELODONES

Eso, bueno.

ESPERANZA

(*A Manolo.*) Luego se lo diré á usted. Mamá nos está observando, y conozco que está volada.

MANOLO

¿Vendrá usted esta noche al Gobierno á ver los fuegos?

ESPERANZA

Creo que sí; por eso no quiero disgustar á mamá... Sepárese usted...

MARQUESA DE TORRELODONES

(*Riendo á carcajadas*) ¡Ay, qué gracioso, pero qué gracioso!

DOÑA O

(*A Josefina.*) ¡Te parece qué modo de hablar con los toreros! Se creerá que esto es como Madrid, donde todo está bien visto.

JOSEFINA

¿Qué quieres? Yo no voy á reñirla.

DOÑA O

¡Claro que no! Pero ella debía tener en cuenta que está contigo y debía guardar otra compostura...

MANOLO

(*A Teodoro y Guillermo.*) Voy á tomar un refresco con ustedes. ¡Hacía un calor en la catedral!...

TEODORO

Conque... Su ilustrísima ha dicho cosas...

MANOLO

Sí, ha estado muy elocuente.

GUILLERMO

Pues aquí nos hablaba este amigo de los toros del Marqués y de la niña...

PIMENTÓN

Créanme ustedes. La niña se trae la primer coba y tiene loco á Antonio, aunque él no quiere que se lo digan. Hoy no firma una escritura sin echar los toros del Marqués por delante. Y los toros... vamos, con decirles á ustedes que en Salamanca, hará un año, había llovido, estaba la plaza llena de charcos; sale el primero, *mu* bien *criao*, con *tóo* lo suyo... El público dió un un aplauso, y el animalito va y qué hace... se pone á beber en un charco. (*Todos se ríen. Vuelven el Marqués y don Baldomero.*)

BALDOMERO

Es lo de siempre, querido Marqués. Aquí hay mucho que explotar todavía; verdaderas fuentes de riqueza; pero todo se supedita á la política madrileña; es una calamidad. Ahora, este pobre Santiago, con muy buena intención, ha tratado de reorganizar algo; pero es un pobrecillo; luego, entre nosotros, querido Marqués, su mujer le pone en ridículo, y no es que sea mala; pero es ligera, educada en Madrid; ya sabe usted que allí todo es superficial... ¡Ay, perdone usted! ¡Olvidaba que usted vive en Madrid!

MARQUÉS

Pero mi hija no se ha educado de ese modo. He procurado educarla á la inglesa; mucho ejercicio físico, idiomas, contabilidad, educación práctica. Con decirle á usted que ella lleva la administración de la ganadería... Ella se entiende con los mayorales, con los vaqueros... ¡Ya lo ve usted: ella se entiende hasta con los toreros!

ESCENA X

Dichos, JIMENA, BELISA, don BASILIO, la MARQUESA DE VILLAQUEJIDO y TERESITA

BASILIO

Aquí están sentadas.

DOÑA O

¡Marquesa!... ¡Teresita!... Vengan ustedes. (*Saludos. Besos.*)

ESPERANZA

Haremos corro, Jimena; Belisa, á mi lado.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Yo, al lado de Josefina; tenemos que conspirar, ¿y con quién más segura? ¿No me denunciarás á tu marido? No he ido á verte porque en estos días no se va más que á molestar. Sabía que tenías forasteros.

JOSEFINA

El Marqués y su hija. ¿No los conoces? Te presentaré.

DOÑA O

Cuando acabe con la cuadrilla...

MARQUESA DE TORRELODONES

Polito, usted que conoce á todo el mundo, ¿quién son esas señoras que han llegado ahora?

POLITO

Las hijas del Rector.

MARQUESA DE TORRELODONES

A esas las conozco: la Retórica y la Poética; digo las otras...

POLITO

¡Ah! La Marquesa de Villaquejido y su hija Teresita.

MARQUESA DE TORRELODONES

Ah, sí! ¿No dicen que la hija va a meterse monja?

POLITO

Es cosa decidida y muy á gusto de la familia; pero por lo mismo que es una verdadera vocación, para que no se tome á contrariedades del mundo, la madre quiere que su hija se divierta y vaya á todas partes antes de entrar en el convento.

MARQUESA DE TORRELODONES

Y con pretexto de que la niña se despide del mundo, se divierten en grande.

CAMPOS

Vamos, es despedida y beneficio.

MARQUESA DE TORRELODONES

Les dejo á ustedes. Voy á saludar á esas señoras; luego murmuran, dicen que no me gusta hablar más que con los hombres. Hasta luego, Campos.

REGUERA

No te quejarás.

CAMPOS

¡Bueno! ¿Sabes tú *pa* qué sirve *tóo* esto? *Pa* que le vengan á uno con guasas en los papeles.

ESPERANZA

¿Habéis paseado mucho?

JIMENA

Si no se puede: es un tumulto de gente.

BELISA

Y con tantos paletos que la atropellan á una. Yo creí que me mataban.

JIMENA

Yo vengo muerta.

BELISA

¡Pero qué pocos muchachos forasteros hay este año!

JIMENA

Y los de aquí no saben hablar más que con los toreros. Mira á Polito. ¿Sabes que hace méritos para que le quieras? ¡Y Manolo, allí también con otro de coleta! ¡Qué galanes!

ESPERANZA

Déjalos. Me tienen sin cuidado.

JIMENA

¿Los dos? Vaya, eso lo dices con la boca chiquita.

MARQUESA DE TORRELODONES

(A Teresa.) ¿Y cuándo entra usted en el convento?

TERESA

Mis papás quieren que vea antes el mundo. Mi vocación no es santidad de bobería, como dice Santa Teresa. Tocan á divertirse, pues soy la primera; de mí puede decirse como de San Francisco: entre los pecadores, parecía uno de ellos.

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Qué enterada está usted de las vidas de santos!

TERESA

Y de todo. También sé bailar sevillanas, no crea usted.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Don Baldomero, don Basilio, oigan ustedes... sean ustedes testigos: Josefina nos promete solemnemente que hará todo lo posible para que su esposo no permita en Moraleda la representación de ese drama impío.

TODOS

¡Bravo! ¡Bravo!

JOSEFINA

Poco á poco... Yo le hablaré... pero Santiago... acaso...

DOÑA O

Su conciencia es antes que todo. La impiedad no puede prevalecer en Moraleda.

BALDOMERO

Si los que tenemos que perder no nos unimos...

TEODORO

(A Manolo.) Allí se conspira...

MANOLO

Ya lo observo.

GUILLERMO

Y usted como secretario, ¿qué dice? ¿Tendremos *Obscurantismo?* ¿Qué dice el Gobernador?

MANOLO

Espera instrucciones de Madrid.

TEODORO

¡Pero hombre, un Gobierno que se llama liberal!

MANOLO

Pero es que puede haber un conflicto. Ya conocen ustedes á esta gente.

GUILLERMO

Precisamente estaban aquí antes unos cómicos de la compañía.

TEODORO

Y el empresario, que por cierto le conoce á usted.

MANOLO

¿A mí?

TEODORO

Sí, de Madrid.

GUILLERMO

Y debe conocerle á usted mucho, porque confía en la influencia de usted.

MANOLO

¿Saben ustedes cómo se llama?

TEODORO

No...: Pero allí le tiene usted almorzando; detrás de aquella ventana. ¿No ve usted un sombrero de señora? Allí...

MANOLO

Me acercaré con disimulo... De Madrid y empresario... ¡No caigo!...

TEODORO

Ahora es la sorpresa.

GUILLERMO

Nosotros como si no supiéramos nada.

TEODORO

Claro está. Pero hay que irlo contando... Oye, Polito... No, no es secreto; oigan ustedes... *(Empieza la música.)*

DOÑA O

Sí, sí; quedamos en eso.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡Qué alegría para su ilustrísima!

BALDOMERO

¡Qué triunfo! ¡Bravo, Josefina! Es usted una mujer de corazón...

DOÑA O

La verdadera esposa cristiana.

BASILIO

Nuestra Juana de Arco.

PACO

(Viendo á Manolo.) ¡Manolo!

MANOLO

¡Paco!

MENÉNDEZ

(Asomándose.) ¡Su hermano!

PACO

¡Abrázame! *(Quiere saltar por la ventana.)*

MANOLÓ

(Deteniéndole y ocultándole.) Espera... ¡Calla! Luego... Que no se enteren... No sabes entre qué gente estamos... *(Gran animación; hablan todos á un tiempo.— Telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en el Gobierno civil. Dos grandes balcones en el fondo.—Sobre las sillas y la mesa vestidos y sombreros de señora.

ESCENA PRIMERA

Don SANTIAGO y un EMPLEADO

SANTIAGO

¿Dónde está don Trino? Llame usted á don Trino. ¿Pero qué es esto? ¿Qué significa este vestuario?

EMPLEADO

No sé decir á usía; yo he estado toda la mañana en la catedral.

SANTIAGO

Está bien. Avise usted á don Trino. ¡Bueno está el Gobierno! ¡Valiente Gobierno!

ESCENA II

Dichos y JOSEFINA. Después la DONCELLA

JOSEFINA

¿Estás haciendo un discurso de oposición?

SANTIAGO

¿Yo?

JOSEFINA

Como decías: «¡Valiente Gobierno! ¡Bueno está el Gobierno.»

SANTIAGO

El de mi casa; éste. ¿Dónde me siento? ¿Dónde escribo? Busque usted á don Trino.

JOSEFINA

¿A don Trino? Le tengo yo ocupado.

SANTIAGO

Está bien. Puede usted retirarse. *(Sale el empleado.)*

JOSEFINA

Está adornando la mesa para el refresco.

SANTIAGO

¡Pero Josefina, un empleado antiguo!

JOSEFINA

Se ha ofrecido él; presume de tener gusto y habilidad para esas cosas.

SANTIAGO

Bueno; pase que los empleados adornen mesas y tapicen muebles como el otro día y cosan á máquina si te parece... pero haz el favor de recoger esta trapería...

JOSEFINA

Ten un poquito de paciencia. Es que Carmen ha estado arreglando su equipaje y yo mis armarios, para colocar los vestidos que me han mandado de Madrid... y hemos tenido que traer aquí todo esto para entendernos... Ya sabes cómo está la casa con los huéspedes... Estos edificios antiguos no tienen ninguna comodidad...

SANTIAGO

¿Y dónde recibo yo á la gente?

JOSEFINA

¡Ay, qué pesado! (*Toca el timbre y sale el empleado.*)

EMPLEADO

A la orden de usía.

JOSEFINA

Avise usted á la doncella de la señora Marquesa, y diga usted á don Trino que si necesita más claveles, en mi tocador hay dos ramos grandes.

EMPLEADO

Está muy bien. *(Sale el empleado.)*

JOSEFINA

En seguida lo recogerán todo.

SANTIAGO

¡Uf, qué calor! Se porta el veranillo de los membrillos... ¡Y con la levita puesta todo el día!

JOSEFINA

Quítatela. Ahora no vas á salir ni á recibir á nadie.

SANTIAGO

Tengo que escribir al ministro, mujer. *(Entra la doncella.)*

DONCELLA

¿Qué deseaba la señora?

JOSEFINA

Haga usted el favor de recoger todo esto... ¿Y la Marquesa?

DONCELLA

Está vistiéndose para la recepción de esta noche.

SANTIAGO

¡Por Dios!, no es recepción; dígale usted que solo vendrán personas de confianza á ver los fuegos desde los balcones.

DONCELLA

Es igual. La señora Marquesa tiene la costumbre inglesa de escotarse en cuanto es de noche.

SANTIAGO

Si es costumbre...

DONCELLA

Solamente si la reunión es de confianza, el escote es alto; si es gran recepción, escote bajo.

JOSEFINA

¡Claro, hombre, claro! (*Sale la doncella.*). ¡Qué cosas tienes! Dar lugar á que una doncella tenga que darte lecciones.

SANTIAGO

¿Qué quieres? Yo no sabía que en Inglaterra en cuanto anochece... plaf... pecho al agua; digo, pecho al aire...

JOSEFINA

¡Qué buen humor!

SANTIAGO

Sí, lo acertaste... ¡Si tú supieras de qué humor estoy!

JOSEFINA

¿Qué te pasa?

SANTIAGO

Nada. He consultado á Madrid y no contestan nada concreto, vaguedades: «que yo solo puedo apreciar las circunstancias de la provincia, que el Gobierno no tiene criterio.»

JOSEFINA

¿Y á quién se le ocurre preguntar lo que debes hacer? Dirán, con razón, que eres un pazguato; que no tienes resolución para nada. Lo primero que se necesita para ocupar un cargo de importancia es tener carácter... y tener carácter, es hacer lo que á uno le parezca; y si sale mal sostenerse con más fuerza en ello.

SANTIAGO

Pues así haré...

JOSEFINA

¿Y qué has decidido?

SANTIAGO

Cumplir la ley.

JOSEFINA

¡Cumplir la ley! De seguro has hecho una tontería. ¿Has autorizado la representación del drama?

SANTIAGO

Naturalmente. Ya se habrán fijado los carteles anunciando la primera representación.

JOSEFINA

¿Has hecho eso?

SANTIAGO

Claro que sí.

JOSEFINA

¿Después de haber oído á su ilustrísima esta mañana? ¿Cuando todas las personas distinguidas de Moraleda se agrupan en torno suyo para oponer un dique?...

SANTIAGO

Desciende de la tribuna: ese no es tu sitio. Sobre todo, mi deber no es contentar á unos cuantos, aunque sean muchos; aunque fueran todos: mi deber es cumplir la ley.

JOSEFINA

Si ya sabía yo que tarde ó temprano nos pondríamos en ridículo; que saldrías de aquí inutilizado para la política y para todo.

SANTIAGO

¡Josefina! ¡Qué idea tienes de la legalidad! ¡Ah! Digan lo que digan los modernos feministas, la mujer tendrá siempre menos desarrollado que el hombre el sentido moral.

JOSEFINA

Pero tenemos sentido común, del que tú careces en absoluto. ¡Si bien me decía tu tío, cuando yo... yo, porque tú eres incapaz de nada, fuí á pedirle que te recomendara al ministro, porque nuestra situación no podía ser más angustiosa: «Desengáñate, Josefina; el pobre Santiago no servirá nunca más que para jefe de negociado; de puro hacer el Quijote saldrá del Gobierno como Sancho Panza.» ¡Tu tío es profeta!

SANTIAGO

Mira, Josefina, amada esposa; no estoy dispuesto á que la paz de nuestro hogar, aunque este hogar sea interinamente un Gobierno civil, se perturbe por cuestiones políticas... Nada de eso debe preocupar á una mujer encantadora como tú, por quien yo, que nunca fuí

ambicioso, he luchado y lucharé con todas mis fuerzas; porque no digo en un Gobierno de segunda clase, en un trono te sentaría yo si pudiera.

JOSEFINA

¿En un trono? ¡Para lo que había de durarme!

SANTIAGO

¡Cuidado que estás guapa y elegante! ¿No crees que por tener una gobernadora como tú, se le pueden perdonar al gobernador sus ideas avanzadas?...

JOSEFINA

No avances, no avances... y déjate de zalamerías: el asunto es muy serio.

SANTIAGO

Por lo mismo que es serio no puedo aceptar tu intervención.

JOSEFINA

¡Ah! Eso es lo que yo significo para ti... En los asuntos serios de la vida no debo tener voz ni voto; no soy tu esposa, tu compañera; soy un juguete, una criatura insubstancial, que solo entiende de frivolidades. ¿No es eso? Esa es la consideración que te merezco á cambio de tantos sacrificios, de tantas privaciones como he compartido contigo...

SANTIAGO

¡Pero, mujer, Josefina!

JOSEFINA

¿Podrás decir nunca que me casé contigo halagada

por la esperanza de un porvenir brillante? Recuerda cómo te conocí; que para todo estabas menos para enamorar, con aquel trajecito verdoso, que aún me parece que te estoy viendo, y veinticinco duros al mes en el Tribunal de Cuentas; que mis papás me tuvieron todo un verano en El Escorial para distraerme y quitarme de la cabeza que te quisiera. Y yo te quería, por lo mismo; por lástima, como Desdémona á Otelo.

SANTIAGO

Sí, Josefina mía; si yo nunca he dudado... si yo no merezco...

JOSEFINA

Me acuerdo del primer regalo que te hice; media docena de pañuelos de hilo; porque gastabas unos de algodón que daba lástima verte cuando te constipabas, con lo propenso que has sido tú siempre á constiparte...

SANTIAGO

Sí, ya sé que tu corazón es muy grande...

JOSEFINA

Y después de casados, en días de apuros, ¿no he sido yo la primera en reducirme? ¿No hemos pasado meses enteros sin criada? Y yo he sido planchadora y cocinera, y te he ayudado á traducir folletines del francés, y he vestido hábito durante dos años para poder presentarme con decencia y gastar en vestir lo menos posible... Y lo más que habrás oído de mis labios... es: «que otros en tu lugar no se verían de aquella manera, que no servías para nada, que eras un majadero...» Pero nunca me habrás oído quejarme... Y ahora pagas así todos mis

sacrificios, diciendo que yo no entiendo de nada serio, que soy una mujer sin discurso...

SANTIAGO

Lo que es eso...

JOSEFINA

Me tratas como á una *cocotte*.

SANTIAGO

¡No digas desatinos! Yo no he tratado á esa gente en mi vida.

JOSEFINA

Luego si una mujer deja de ser honrada, todos son á recriminar su conducta; su marido el primero.

SANTIAGO

Naturalmente.

JOSEFINA

¿Porqué seremos tan tontas las mujeres honradas? ¡Cuando ve una tanta perdida con el marido tan ufano que no sabe qué hacerse con ella! ¿Porqué habrá una recibido cierta educación?

SANTIAGO

¡Vaya! Este número no figuraba en los festejos de feria. ¡Dichoso Gobierno! ¡Dichoso cargo! ¡Dichoso drama!

JOSEFINA

¿Y tú que hablas de seriedad? ¡Lo serio, lo digno es lo que tú haces! ¡Faltar de ese modo á tus compromi-

sos! ¡Hacer traición á tus buenos amigos; á los que te defienden y te sostienen... y ahora que solicitan de ti una insignificancia!...

SANTIAGO

¿Una insignificancia? Que atropelle la ley, la constitución...

JOSEFINA

Esos son tus escrúpulos; en cambio no tienes ninguno para dejarnos á todos en evidencia; después de lo ocurrido en la catedral; del mensaje que me han dirigido las señoras; de las instancias particulares de nuestros amigos; los del Solar; los Villaquejido; los Remolinos; los Peribáñez... todo el mundo.

SANTIAGO

Sí, el universo... ¡Ea, ya me atufé yo! ¿Y quién es esa gente? ¿Quién son ellos para dárselas de clases directoras?... Es evidente; lo tengo observado; el síntoma peor para la moralidad de un país es el que los bribones se metan á moralizar. ¡Don Baldomero Remolinos asustándose por una comedia! ¡Ya no se acuerda de que al son del himno de Riego inauguró su primer establecimiento, una tiendecilla de comestibles de mala muerte, hasta que logró la contrata de víveres para el presidio; y eso sí, en aquellos años no se cometió un delito en la provincia; los suministros de don Baldomero ejercían más saludable terror que todas las penas del Código...

JOSEFINA

Parece mentira que te hagas eco de esas populacherías... Infamias, calumnias de gente baja; de esa gente á

la que tú quieres satisfacer con un espectáculo de su gusto. Sin duda aspiras á que te aclamen; quieres ser popular por lo visto; pero no has contado con que no seré yo quien te acompañe en ese ridículo espantoso. Esta misma noche me iré á Madrid; sí, á Madrid; yo sola...

SANTIAGO

¿Estás loca?

JOSEFINA

¿Tú crees que yo voy á soportar las recriminaciones de los amigos; los desaires de todo el mundo?

SANTIAGO

¡Dale con todo el mundo! ¿Pero tú crees que todo el mundo es la docena de personas que nos rodea?

JOSEFINA

No; ya se ve; para ti todo el mundo es... todo el mundo. Vas para tribuno de la plebe. Pero no asistiré yo á tu triunfo; cuando te echen de aquí, como no tardarán en echarte; cuando salgas desprestigiado; en ridículo, entonces comprenderás si tu mujer te aconsejaba con la mejor intención... ¡Y soñabas con un Gobierno de primera clase!

SANTIAGO

¡Qué he de soñar! ¡Con dormir me contentaría yo! Me has levantado jaqueca para una semana!

JOSEFINA

¡Y no tomes á broma lo que te he dicho!... Voy á disponerlo todo para marcharme.

SANTIAGO

Pero mujer, eso no puede ser...

JOSEFINA

Solo hay un medio de evitarlo.

SANTIAGO

Josefina, ¡que soy tu marido!

JOSEFINA

Puede que quieras demostrar carácter conmigo. ¡No faltaba otra cosa! Me iré, me iré.

SANTIAGO

Josefina; no demos un espectáculo en estos días de feria. Reflexiona...

JOSEFINA

Los dictados del corazón y de la conciencia no se reflexionan. Tú eres el que ha de reflexionar; tú, que solo atiendes á respetos humanos, mezquinos!

SANTIAGO

¡Por vida de los trozos escogidos! Corriente... Lo pensaré, veré, consultaré... Si hay un medio, uno solo, que sin atropellar la ley, me permita...

JOSEFINA

¿De veras? ¿Consultarás con personas de talento, de criterio?... Verás como todos dicen lo mismo que yo; verás como entre todos te convencen. ¡Y qué agradable

será para mí que todos blasonen de haber conseguido lo que yo no pude conseguir. ¿Te parece bonito?

SANTIAGO

¿Pero tú crees que si no fuera por ti, dudaría yo un momento? Solo por ti vacilo todavía, y deseo, sí, deseo que haya un medio legal de faltar á la ley... que sí lo habrá gracias á que estamos en España. Pero no me hables de marcharte á Madrid, ni llores, ni me recrimines... Mira, mira; te has despeinado, te has descompuesto el traje...

JOSEFINA

¡Qué me importa! Esa idea tienes de mí que solo entiendo de estas cosas... ¿Porqué me vestiré yo? Por el decoro del puesto que ocupas; pero lo mismo sé ponerme un delantal y trabajar en todo lo que haga falta en una casa.

SANTIAGO

Ya lo sé. ¡Pobrecita mía! Y nunca he comido más á gusto que cuando tú, con tus manos de princesa, preparabas nuestros modestísimos festines...

JOSEFINA

¿De veras? Pues mira, gobernadora y todo, un día me meto en la cocina y recordamos aquellos tiempos.

SANTIAGO

Más tranquilos y más felices vivíamos entonces.

JOSEFINA

No, eso no; no vale poetizar desde lejos... Ya no te acuerdas de los malos ratos, y los sofocos, y las humi-

llaciones que hemos pasado en aquel Madrid. Y debías tenerlo muy presente, para no exponerte á perder en un día lo que tanto nos ha costado.

SANTIAGO

Sí, es verdad; hubo días muy negros.

JOSEFINA

¿Y quién te aconsejaba siempre lo mejor? ¿Quién te animaba? ¿Quién te daba esperanzas?

SANTIAGO

Tú, tú, tienes razón; no sé cómo he podido tener valor para contrariarte. Haré lo que tú quieras; ahora mismo, sin consultar con nadie. ¿Estás contenta? ¿Sé yo apreciarte en lo que vales? ¿Merezco tu cariño?

JOSEFINA

Sí, sí, ahora lo mereces; pero ya verás cómo yo sé corresponderte. Ya estoy contenta, ¿lo ves? Mira qué fácil es contentarme. Dame un abrazo, otro. ¡Qué bueno eres en el fondo! ¡Cuánto te quiero!

SANTIAGO

Me aprovecho... ¡Cuánto tiempo hace que no me habías dado un abrazo! Desde mi nombramiento.

JOSEFINA

¡Qué exagerado! Cualquiera que te oyese... ¡Desde tu nombramiento!

SANTIAGO

Digo, así... un abrazo espontáneo, porque compren-

derás que no cuento los que impone la fuerza de las circunstancias. ¡Ea! voy á estudiar el asunto. *(Toca el timbre.)*

JOSEFINA

¿Todavía?

SANTIAGO

Bueno, á resolverlo de plano; á dar el golpe de estado. *(Entra el empleado.)* Que venga don Trino; que lo deje todo. *(Sale el empleado.)* Y si hay un motín, si la gente se levanta contra mí... el que no tenga mujer que me tire la primera piedra...

JOSEFINA

¿Qué hablas de motines, ni de levantamientos? Los pueblos son como las mujeres; necesitamos un hombre de carácter que se nos imponga, por la fuerza, si es preciso.

SANTIAGO

¿Sí? Podías haber empezado por esa máxima...

JOSEFINA

Serás capaz de decir que no haces más que lo que yo quiero; que yo soy la Gobernadora.

SANTIAGO

No, no... ¿yo qué he de decir?... No empecemos otra discusión.

ESCENA III

Dichos y don TRINO

TRINO

¿Qué desea la señora?

SANTIAGO

No es la señora, soy yo; alguna vez he de ser yo.. Siéntese usted aquí.

TRINO

¡Si no es cosa urgente!... Me falta el remate del escudo y las almenas del torreón.

SANTIAGO

¿Pero qué torreones ni qué remates son esos?

TRINO

El escudo de la provincia, todo de flores, que va en el centro de la mesa; á un lado las iniciales de usía y al otro las de su digna esposa, por muchos años... Ha quedado precioso.

JOSEFINA

¿Todo eso ha puesto usted? ¿Porqué se ha metido usted en tantos dibujos?

TRINO

Los primores son para las ocasiones. Hoy tiene usted

gente de Madrid, y yo quiero que vean que por acá también sabemos hacer algo de gusto, sí, señora.

SANTIAGO

Vaya, don Trino, voy á dictarle á usted en un momento. Luego rematará usted esa obra de arte.

JOSEFINA

Sí, hay tiempo todavía.

SANTIAGO

La ortografía de usted es la única de confianza en esta casa.

TRINO

Sí, señor; aunque esté mal la propia alabanza; pero los setenta y dos gobernadores que han pasado por esta casa en los veinte años que llevo en ella, siempre han estimado mis modestos servicios... De sus señoras, no hay que hablar; porque todavía me escriben algunas muy agradecidas; porque en componer abanicos y sombrillas y pegar porcelana, como en toda clase de ornamentación, tanto como en entretener á los niños con juguetes nuevos y preparar un almidón especial para el planchado, que es un secreto de unas monjas que se lo dejaron de palabra, como favor especial, á la pobre tía que me crió, hermana de mi padre, ¡Dios los tenga en gloria!...

SANTIAGO

Don Trino, que el asunto es urgente.

TRINO

Perdone usía, como la señora me escuchaba con interés...

JOSEFINA

¡Ay! Si yo estaba pensando en otra cosa.

TRINO

Con esta pluma no haré yo cosa de provecho.

SANTIAGO

Déjese usted de floreos caligráficos.

TRINO

Permítame usía; pero tengo mi puntillo de amor propio... ¡Ah!, antes que se me olvide, el refresco...

JOSEFINA

¿Ocurre algo? ¿Estará bien servido?

TRINO

Así lo esperó; pero es el caso que se ha encargado al café de las Cuatro Naciones...

SANTIAGO

Donde siempre.

TRINO

Permítame usía, donde siempre, durante las situaciones liberales; porque el dueño es liberal muy caracterizado; pero en situaciones conservadoras... se ha encargado siempre al café de Europa; y el dueño se ha resentido en esta ocasión, en mi sentir con algún fundamento, porque es persona que hace sacrificios por el partido.

SANTIAGO

¡Y yo qué sabía! dí el encargo..

JOSEFINA

Como todo; sin enterarte, sin saber...

SANTIAGO

Bueno, bueno; supongo que no tendremos otro conflicto por el refresco.

TRINO

Espero que no, porque con permiso de usía y sin contar con su venia, aunque desde luego contaba con su aprobación, he salvado el *lapsus* partiendo la diferencia. He encargado los helados de mantecado á las Cuatro Naciones y los de fresa á Europa. Con esto queda sentado un precedente muy ventajoso; porque yo creo, salvo mejor opinión de usía, que el servir un refresco no debe hacerse cuestión política. Puede usía dictar cuando guste. (*Voces dentro.*)

JOSEFINA

¿Quién viene á estas horas?

ESCENA IV

Dichos y ESPERANZA

JOSEFINA

¿Cómo tan temprano y sola?

ESPERANZA

(*Echándose en sus brazos y llorando.*) ¡Ay, Josefina de mi alma, que desgraciada soy!

JOSEFINA

¿Qué te pasa?

SANTIAGO

¿Qué le sucede á esa niña? *(A D. Trino.)* Un momento... Vamos...

JOSEFINA

¿Has tenido algún disgusto con tu papá ó con tu mamá?

ESPERANZA

Yo no tengo papá; yo no tengo mamá; yo no tengo á nadie en el mundo...

SANTIAGO

Pero, niña...

JOSEFINA

¡Vaya! Los mimos de siempre.

TRINO

(Acercándose á D. Santiago, que no le atiende.) Con permiso; aprovecharé para terminar los torreones... No sosiego hasta concluir... Con permiso...

SANTIAGO

(Sin hacerle caso.) Sí, hombre, sí. *(Sale D. Trino. A Esperanza.)* Conque vamos, ¿qué ha sido ello? ¿Cómo has venido sola?

ESPERANZA

Me ha traído una muchacha y vengo á quedarme con ustedes, depositada... Mi casa es peor que la Inquisición.

JOSEFINA

¡Vaya, Esperancita!

SANTIAGO

Si no supiéramos la verdad creeríamos que eras otra niña martirizada.

ESPERANZA

Como la gente no está en interioridades... Figúrense ustedes que papá no hace más que comprarme cosas estos días...

JOSEFINA

¡Eso es horrible!

ESPERANZA

Sí, búrlate. Cuando papá me regala tanto es porque trata de darme algún disgusto y quiere prepararme.

JOSEFINA

¿Y pareció el disgusto?

ESPERANZA

¡Ya lo creo! Hoy me ha llamado á su despacho y me ha dicho... me ha dicho...

JOSEFINA

Acaba...

ESPERANZA

«Esperanza, hijita mía...» Cuando papá me llama de esta manera siempre es para decirme algo desagradable. «Yo no quiero contrariarte en nada...»

JOSEFINA

Ya lo ves....

ESPERANZA

Espera. «¿Quieres á Polito ó quieres á Manolo? Decídete; elige y no des más que hablar con tus coqueterías, embromando al uno y al otro y poniendo en ridículo á tus padres.»

SANTIAGO

Tiene mucha razón.

ESPERANZA

¿Razón para hablarme de esa manera? Obligarme á que yo elija sin que nadie me aconseje, sin que á nadie le importe que yo sea desgraciada para toda la vida, y después no pueda quejarme, porque me diría: «Tú lo quisiste, fué gusto tuyo...»

SANTIAGO

Es un problema...

JOSEFINA

Ahora, entre nosotros, ¿tú á quién prefieres, á Leopoldo ó á Manolo?

ESPERANZA

¡Pues si yo lo supiera!

JOSEFINA

¿Y has salido de tu casa sin decir que venías aquí?...

ESPERANZA

¡Pues no faltaba más sino que lo hubiera dicho! Esa

es otra. No sabes cómo se ha puesto mamá cuando ha sabido que don Santiago permitía la representación de ese dichoso drama.

SANTIAGO

¿De veras? Pero si yo... A propósito... ¿Y don Trino? ¿Dónde está don Trino? *(Llama y sale el empleado.)* Avise usted á don Trino.

JOSEFINA

¿Y qué ha dicho?

ESPERANZA

Verás: llegó la Marquesa diciendo que había visto los carteles, que tú habías faltado á tu palabra, que su ilustrísima había mandado á preguntar y que todas las señoras estaban indignadas contigo, y esta noche no vendría ninguna al Gobierno, ni volverían á saludarte.

JOSEFINA

(A don Santiago.) ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Qué disgusto! ¿Qué te decía yo? Pero si no hay nada de eso, si es una mala interpretación... Déjame, déjame, que voy á escribir cuatro letras á la Marquesa explicándole... *(Se sienta y se pone á escribir.)* Y tú, ¿porqué no has dado ya esa orden?... Tendré que darla yo...

SANTIAGO

¡No faltaba más! En seguida... Pero ese don Trino... Don Trino... Tendré que traerle yo mismo... *(Sale.)*

JOSEFINA

(Sin dejar de escribir.) ¿Y qué ha dicho la Marquesa? Se habrá desatado.

ESPERANZA

¡Cosas horribles! Y como yo te quiero mucho...

JOSEFINA

Ya lo sé, monina.

ESPERANZA

Y tú no tienes la culpa de que tu marido haga lo que le parezca.

JOSEFINA

Naturalmente. ¡Cualquiera puede con los hombres! Ya verás; ya verás cuando te cases. No hacen más que lo que se les antoja... Perdona un momento. *(Sigue escribiendo.)*

ESCENA V

Dichas y la MARQUESA DE TORRELODONES.
Después don SANTIAGO y don TRINO

MARQUESA DE TORRELODONES

Ya estoy vestida... ¡Hola, Esperancita!... ¿Y tu mamá? ¿No viene á ver los fuegos?

ESPERANZA

No lo sé...

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Vendrá mucha gente, Josefina?

JOSEFINA

No sé, perdona, concluyo en seguida.

ESPERANZA

Puede que no venga nadie.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Nadie? ¡Ah! ¿Sigue la historia del teatro? ¡Pero esta vida de provincia es insoportable! ¿Qué ocurre? ¿Hay alguna novedad? *(Josefina y Esperanza hablan á un tiempo.)*

JOSEFINA

Tonterías de Santiago... Figúrate...

ESPERANZA

¡Cosas de la Marquesa, que ha de meterse en todo!...

JOSEFINA

Que sin pensar había dado permiso.

ESPERANZA

Y la Marquesa dice que Josefina ha faltado á su palabra...

JOSEFINA

Y las señoras no quieren venir esta noche. *(Don Santiago ha entrado momentos antes y se dispone á seguir dictando, pero el ruido de la conversación no le deja.)*

SANTIAGO

Hagan ustedes el favor, un momento... A ver si nos entendemos...

TRINO

¿Qué es esto? Yo no he escrito esto...

SANTIAGO

A ver... (*Leyendo.*) «Querida amiga: con sentimiento he sabido que...» Y en la otra cara la comunicación al Ministro... Mira, Josefina, esto de mezclar la vida pública con la privada á cada paso, es intolerable. (*A don Trino.*) Venga usted conmigo.

JOSEFINA

No, no; nos vamos nosotras... No rompas esa carta, la copiaré...

SANTIAGO

¡Eso es! Deja que copien antes la comunicación...

JOSEFINA

Será más urgente... Más valía que hubieras dado ya la orden sin explicaciones al Ministro...

SANTIAGO

Será más interesante que se entere la Marquesa. Copie usted, don Trino.

TRINO

(*Con finura.*) Puede llevarse la carta la señora. Recuerdo perfectamente los términos de la comunicación, y sin que discrepe una letra puedo escribir de nuevo.

SANTIAGO

Toma... Y usted perdone, Carmen... Pero estos días... ¡Qué días!

JOSEFINA

Todo por no tener carácter.

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Ay, qué provincias! ¡Madrid de mi alma!

JOSEFINA

Tienes razón. ¡Aquella libertad!...

ESPERANZA

En cuanto yo me case, á Madrid en seguida. (*Salen hablando.*)

ESCENA VI

Don SANTIAGO, don TRINO. Después don BALDOMERO.

SANTIAGO

¡Qué mujeres!

TRINO

Son la más bella mitad del género humano, es indudable; proporcionan ratos muy agradables; pero cuando hay que hacer algo de provecho, son perturbadoras, sí señor... Quedamos en (*Leyendo.*) «Y á mayor abundamiento...»

SANTIAGO

Eso es... Y á mayor abundamiento, como el estado de perturbación de las conciencias... (*Entra don Baldomero.*)

BALDOMERO

¡Señor don Santiago!...

SANTIAGO

¡Amigo don Baldomero!... ¿A qué debo tanto honor?

BALDOMERO

¿No está aquí Esperancita?

SANTIAGO

Sí señor. ¿Viene usted á buscarla?

BALDOMERO

No, no... Pero siga usted, siga usted...

SANTIAGO

¡No faltaba más!... *(A don Trino.)* Pase usted á secretaría; allá voy en seguida.

TRINO

En secretaría están las garrafas.

SANTIAGO

No importa. *(Sale don Trino.)* Usted dirá, don Baldomero...

BALDOMERO

Usted dirá, don Santiago; usted dirá si se puede jugar así con la seriedad de las personas.

SANTIAGO

Tranquilícese usted y todo el mundo, como dice mi mujer; en este momento dirijo una razonada comunicación al Ministro, sin perjuicio de telegrafiar ahora mismo anunciándole la prohibición de *Obscurantismo.*

BALDOMERO

Entonces, ¿cómo se han fijado los carteles? ¿Cómo se despachan billetes en contaduría? Por cierto que, al venir, he visto la cola.

SANTIAGO

¿Hay cola? ¿No decían ustedes que no iría nadie?...

BALDOMERO

Hay cola; pero ¡de qué gente!... ¡La hez!

SANTIAGO

En fin, yo he dado la campanada. Si se altera el orden, ustedes serán los responsables. Yo, con resignar el mando en el capitán general... ¡Ay, si pudiera resignar también el de mi casa!

BALDOMERO

No piense usted en eso. Todas las personas de orden estamos al lado de usted.

SANTIAGO

Sí, ya lo sé; pero yo creo que el arte de gobernar consiste en tener al lado á la gente de desorden...

BALDOMERO

¡Mire usted, don Santiago: el humorismo sí que no ha sido nunca gubernamental! ¿Y su secretario de usted, don Manolito? ¿Por dónde anda? Tengo que hablarle...

SANTIAGO

No sé si habrá venido. *(Llama.)*

BALDOMERO

Ese joven es de cuidado. *(Sale el empleado.)*

SANTIAGO

¿Está don Manuel?

EMPLEADO

Me parece haberle visto entrar con otro caballero.

SANTIAGO

Dígale usted que don Baldomero le espera aquí. *(Sale el empleado.)* ¿Dice usted que es de cuidado? ¿Porqué? ¡Porque la gente ha dado en decir que hace el amor á su niña de usted! Le advierto á usted que su posición, hoy día, no es muy brillante para aspirar. . pero es un muchacho activo; le tengo por honrado...

BALDOMERO

Y á mí me satisface la opinión en que usted le tiene

SANTIAGO

Desde que le tuve de auxiliar en Hacienda...

BALDOMERO

¡Ah! ¿Con que de auxiliar?...

SANTIAGO

Sí señor, sí... ¡Chits! Aquí viene.

ESCENA VII

Dichos y MANOLO

MANOLO

¡Señores!...

BALDOMERO

¡Querido! Venga usted acá... Ya sabe usted que se le quiere.

MANOLO

Sí, ya veo...

SANTIAGO

Vaya, don Baldomero quiere hablar con usted particularmente. Yo voy á resolver ese enojoso asunto...

MANOLO

¿Del teatro?

SANTIAGO

Sí. ¡Prohibición absoluta! Hay que tener carácter.

MANOLO

¿Prohibición?...

BALDOMERO

Sí, hombre, sí...

SANTIAGO

(Asustado.) Es que usted cree... A usted le parece que dentro de la verdadera doctrina de gobierno...

MANOLO

No, yo no digo nada. Usted tiene sus motivos... Conque ¿decía usted, don Baldomero?...

BALDOMERO

Siéntese usted, querido, siéntese usted á mi lado...

MANOLO

(Bajo á don Santiago.) ¡Qué afable!

SANTIAGO

(Idem á Manolo.) Me parece que se alza usted con la niña: viene á parlamentar. Que sea para bien... Hasta ahora. *(Sale.)*

ESCENA VIII

MANOLO y don BALDOMERO

MANOLO

¿Y cómo es que, después de haber autorizado el cartel, ahora prohibe?... ¿No creen ustedes que puede dar lugar á un conflicto?

BALDOMERO

No se preocupe usted. Usted no ha de ser el responsable. Sobre todo, usted no estará aquí cuando eso suceda.

MANOLO

¿Que no estaré aquí?

BALDOMERO

No, porque se marchará usted cuanto antes.

MANOLO

¿Yo? ¿Marcharme yo? ¿Quién le ha dicho á usted?...

BALDOMERO

Lo digo yo. Se marchará usted porque yo lo quiero; porque á mí no me conviene que siga usted aquí.

MANOLO

¿Pero dice usted en serio todo eso?

BALDOMERO

Con usted hay que hablar claro; por eso hablo en serio.

MANOLO

Y pretende usted...

BALDOMERO

Ya lo sabe usted: que renuncie usted al cargo que ocupa, con cualquier pretexto justificado que usted encontrará, y que vuelva usted á Madrid cuanto antes.

MANOLO

Así, porque usted lo quiere, porque usted lo manda.

BALDOMERO

No, porque le conviene á usted; por evitarle disgustos. ¡Si yo no tengo porqué quererle á usted mal, pobre joven!...

MANOLO

¿Ahora me compadece usted?

BALDOMERO

¡Ya lo creo! Porque es usted muy niño y tiene muy poco mundo.

MANOLO

Basta. Creo adivinar el motivo de su extraña actitud, y no debo pedir á usted más explicaciones. No le niego á usted que haya pretendido á su hija; yo no sé si ella me corresponde hasta el punto de que usted se subleve en su orgullo de potentado... ó en su cariño de padre... Pero por grande que sea mi delito al haberme atrevido á poner los ojos en su hija de usted; por muy señor de horca y cuchillo que usted sea en estos dominios de Moraleda, como no soy su deudor de usted en nada, ni su siervo de usted por lo tanto, no sé cómo podrá usted obligarme á cumplir esa pena de destierro sin otra sentencia más firme que el capricho de usted.

BALDOMERO

Mire usted, joven; á mis años y á mi respetabilidad, sentarían muy mal las bravatas; con rodeos y habilidades tengo medios sobrados para haberle hecho á usted saltar de aquí, sin que usted mismo se hubiera enterado... y no digo á usted; á quien yo quiera. Pero cuando directamente, cara á cara, le digo á usted: «quiero que usted se marche», es porque puedo decirlo... como consejo... Como mandato, si usted lo prefiere, se lo dirá el mismo don Santiago...

MANOLO

Por consejo de usted...

BALDOMERO

Por su propio decoro. Cuando usted dice que no me debe usted nada, olvida usted que hay deudas que pueden traspasarse y documentos comprometedores que pueden pasar de una mano á otra.

MANOLO

¿Documentos que me comprometen? ¿En manos de usted?

BALDOMERO

No sea usted niño. Usted conoce á Reinosa, el del Círculo de Recreo, donde se jugaba hasta ayer, en que unos disparos indiscretos enteraron á don Santiago de que no se cumplían sus órdenes terminantes. Y se jugaba porque creían estar en su perfecto derecho, en cuanto por una carta...

MANOLO

¿Eh? ¿Usted tiene esa carta?

BALDOMERO

¿Lo ve usted? Esa carta, que servía como de garantía ó recibo de cierta cantidad, está en mi poder, y si usted no lo evita, estará muy pronto en manos de don Santiago. Por lo mismo que esa carta no va firmada por usted, sino dirigida á usted, y por persona que, al dirigirse á usted de ese modo, prueba hasta la evidencia la confianza que usted la inspira, usted dirá si, á cambio de esa carta, es mucho pedir que levante usted el campo... Por satisfacer á Reinosa, que ve cerrado su Círculo, contra lo que se le habia prometido, sé que ha dispuesto usted una visita al Círculo de que soy presidente

honorario y propietario de la finca. Le advierto á usted que, suponiendo que allí se jugara...

MANOLO

Téngalo usted por seguro. Se juega, y con puerta.

BALDOMERO

Siempre será entre personas decentes, mayores de edad para saber lo que se hacen, y no dar lugar á que nadie tenga que intervenir. Todos no somos iguales, señor mío, aunque usted crea lo contrario; lo mismo al pretender á mi hija, que al pretender ponerme en ridículo ante mis enemigos, presentándome como un vulgar banquero de timba...

MANOLO

Perdone usted mi equivocación. Mientras creí que solo razones de familia, que yo respetaba, le hacían dirigirse á mí de ese modo, he podido escucharle. Veo que se trata de otros asuntos... puramente industriales, y no tengo para qué contestar. Puede usted hacer el uso que guste de ese documento; pero si llega usted á olvidar cómo se portan los caballeros, yo sé muy bien cómo se trata á los que no lo son. Ni una palabra más... ¡Josefina!

BALDOMERO

Está bien, joven, está bien.

ESCENA IX

Dichos y JOSEFINA

BALDOMERO

A los pies de usted... ¡Siempre hermosa!

JOSEFINA

¡Don Baldomero! ¿Viene usted por Esperancita? ¿Sabía usted que estaba aquí?

BALDOMERO

¿Dónde mejor? No vengo á buscarla. ¿Es que le ha dicho á usted que ha tenido un disgustillo con su mamá? ¡Quién hace caso! Niñadas, mimos de hija única. Créalo usted: hijos, una docena ó ninguno.

JOSEFINA

Es verdad. ¿Ha hablado usted con mi marido?

BALDOMERO

Sí; ya me ha dicho que todo está arreglado; supongo que gracias á usted; es usted su ángel bueno. ¡Cuando se tiene al lado á una mujer inteligente!...

JOSEFINA

Supongo que no faltará su esposa á ver los fuegos. Se hará música; bailarán los muchachos...

BALDOMERO

No faltará. Voy yo mismo á buscarla. Vendremos en seguida, antes de que la plaza se llene de gente y no podamos pasar.

JOSEFINA

Hasta ahora, entonces. Esperancita está ya tan contenta.

BALDOMERO

¡Ya lo creo! Estando con usted, la quiere á usted tanto... *(A Manolo.)* Hasta luego, joven.

MANOLO

(Con sequedad.) Beso á usted la mano. *(Sale don Baldomero.)*

ESCENA X

JOSEFINA y MANOLO

JOSEFINA

Su futuro suegro.

MANOLO

¿Conque futuro?...

JOSEFINA

La niña está enamorada de usted, no le quepa á usted duda; me lo ha confesado; solo espera que sus padres...

MANOLO

Consientan...

JOSEFINA

Al contrario, que se opongan. Ya la conoce usted.

MANOLO

Sí, esa niña venga á toda Moraleda de la tiranía de su padre; pero él no se opondrá á la voluntad de su hija; es muy solapado para eso; se valdra de otros medios, me obligará á marcharme de aquí...

JOSEFINA

¿A usted?

MANOLO

Estoy en sus manos. Don Baldomero me conoce. Si se tratara solo de luchar por mi cuenta; si fuera yo solo quien... Pero se trata de alguien más, de la persona más querida, y, usted lo sabe, más respetada por mí...

JOSEFINA

¿De mi marido?

MANOLO

He dicho la más querida; si he dicho la más respeta da, es porque yo respeto lo que usted respeta.

JOSEFINA

¿Y se trata de mí? ¿Y don Baldomero le ha hablado á usted de mí? ¿Y dice usted que por mí puede usted verse obligado á renunciar á su boda con Esperancita? ¿A marcharse de aquí?

MANOLO

A la boda, sabe usted que renuncio sin pena. Por consejo de usted empecé á tontear con Esperancita...

JOSEFINA

Me suplicó ella que le animara á usted. Era un brillante porvenir para usted, y ella tampoco perdía nada. Entre usted y estos señoritos de Moraleda, que no saben salir del Casino, que no piensan ni se ocupan en nada serio, con más vicios que los de Madrid, digan lo que quieran... Además, yo había puesto empeño en hacer esa boda; nuestra buena amistad, al fin y al cabo, es amistad de hombre y mujer, siempre difícil...

MANOLO

Pero deliciosa. Con todas las delicadezas del amor, y sin temer... Al contrario, deseando que concluya.

JOSEFINA

¿Que concluya?

MANOLO

Sí, porque ya sabe uno cómo puede concluir...

JOSEFINA

(*Enojada.*) No diga usted eso; si lo espera usted, si lo desea, no es usted mi amigo.

MANOLO

Desearlo, no. Cuando confió usted en mi lealtad, y con lágrimas en los ojos me dijo: «Estoy sola en el mundo; no tengo más que á mi marido, y á un marido, por mucha confianza que inspire, hay intimidades que no pueden confiársele... por ejemplo, lo que una piensa de él, de seguro le disgustaría.»

JOSEFINA

¿Yo le dije á usted eso?

MANOLO

En el fondo; en la forma variaba algo... Yo estrechaba sus manos de usted, mientras usted me decía: «Sea usted mi amigo, mi verdadero amigo.» Y desde entonces, la confianza que usted me dispensó, sus confidencias, intimidades que eran solo de usted y mías... ¡nuestras!; todo lo que á otro, que la hubiera querido á usted menos, le hubiera dado osadía, á mí me obligaba al respeto, me sujetaba el corazón; pero me contentaba tanto al mismo tiempo, me parecía tan noble, tan digno de mí aquel sentimiento, que, créalo usted, no cambiaría esta dulce amistad por todos los amores del mundo.

JOSEFINA

Así me gusta. Es usted un hombre de honor. *(Cogiéndole una mano.)*

MANOLO

(Cogiéndole la otra.) No podrá usted dudarlo nunca Todo, todo lo sacrifico por usted.

JOSEFINA

No, eso no. Yo no puedo aceptar ese sacrificio. ¿Qué le ha dicho á usted don Baldomero?

MANOLO

¡Josefina! Si no me marcho de aquí, don Baldomero hará que nos marchemos todos y en el ridículo más espantoso... Porque él no cede y yo le estorbo, le moles-

to... no sé si como pretendiente de su hija ó como secretario del Gobierno... es lo mismo.

JOSEFINA

¿Pero cuenta usted con algo en Madrid?

MANOLO

Con nada. ¡De volver renunciaré á todo!... ¡No sé lo que será de mí!... ¡He luchado tanto!... Sí, lo sé... Estos días ha vuelto á darme punzadas el corazón... es el aneurisma.

JOSEFINA

¡No diga usted eso! ¿Porqué no se pone usted un sinapismo? Eso no será nada; yo también algunas veces, siento así... Pero usted no puede marcharse; no se marchará usted; se lo diré á Santiago.

MANOLO

¿A don Santiago?... ¿No sabe usted que don Baldomero tiene en su poder una carta de usted?

JOSEFINA

¿Una carta mía? ¿Qué carta?

MANOLO

Una carta que usted me dirigió...

JOSEFINA

Pero esa carta no tendrá nada de particular.

MANOLO

Según lo que llamemos particular. ¿No recuerda us-

ted? Usted necesitaba pagar unas cuentas en Madrid sin que su marido supiera nada... Necesitaba usted con urgencia una cantidad. No había más que un medio. Reinosa, exigía una garantía; porque no figurando don Santiago para nada, él no tenía motivos para fiarse de mí. Entonces convinimos en que usted me escribiera una carta, y esa carta...

JOSEFINA

¿Pero esa carta salió de manos de usted?

MANOLO

¡Usted me ofende! ¡Creyó usted que era yo el que necesitaba recibo!

JOSEFINA

¿Y porqué no me dijo usted que era preciso entregar la carta?

MANOLO

¿Y porqué me dijo usted que si en veinticuatro horas no enviaba usted á Madrid esa cantidad, tendría usted que separarse de su marido... por no oirle?

JOSEFINA

¿Yo dije eso? ¿Pero no comprende usted que ahora estamos en manos de esa gentuza?

MANOLO

¿Pero usted cree que esa gentuza saca de apuros por galantería?

JOSEFINA

Todo eso debió usted decírmelo antes. ¿Qué se hace ahora? Si mi marido ve esa carta...

MANOLO

No la verá. Con marcharme yo...

JOSEFINA

Eso cree usted. Esa carta traerá mucha cola, ya lo verá usted. ¡Si cuando nace una mujer debía morirse! Y bien está que una se deje engañar, pero ustedes que conocen el mundo y saben con quién tratan...

MANOLO

Ya lo creo; por eso yo le aseguro á usted que antes de marcharme de aquí, tendrá usted esa carta, cueste lo que cueste. Yo no puedo consentir que usted sufra por mí.

JOSEFINA

¡Ni yo tampoco que usted pierda su posición por culpa mia!... Todo por tener un marido que no se hace cargo de nada. ¡Qué disgusto si se entera! ¡Créalo usted, más que si la carta le probase que yo le engañaba con cualquiera! Ya ve usted. ¡Yo comprendo que no se haga nada que perjudique á nadie; que cause daño!... por ejemplo, yo no faltaría á mi marido por nada en este mundo... ¡pero que jueguen ó que dejen de jugar y que paguen el capricho si pagan á gusto!... ¿Qué mal hay en esto? Pero no; la moralidad, el decoro... ¿Cree usted que con el triste sueldo de un gobernador se puede vivir con decoro?... Pero son ustedes así. Lo mismo que usted. Ya se le podía haber ocurrido algo... Pero no; lo más simple; lo que se le ocurre á cualquiera... «Me marcho, usted se queda aquí, sola; entregada á esos bribones que sabe Dios cómo tratarán de explotar el secreto...» Y además, como si una no tuviera corazón;

como si solo me importara lo que á mí se refiere; como si usted por su parte no significara nada para mí!... ¡No quisiera más que llevar pantalones para que viera usted de lo que yo era capaz!

MANOLO

Ya lo sé, Josefina. Y si usted se atreviera... si yo contara con usted...

JOSEFINA

¿Qué?

MANOLO

Daría la batalla, pero en grande. Sabría don Baldomero quién era yo; levantaría contra él á todos sus oprimidos; á todos los que le odian; y cuando él quisiera echarnos de aquí, la opinión popular estaría de nuestra parte... ¡Ah, si usted creyera en mí; si usted fuera capaz de despreciar á esa gente que tanto significa para usted!...

JOSEFINA

¿Qué puedo yo hacer?

MANOLO

Todo lo que sea atacarles en su terreno. En primer lugar, decir á don Santiago que permita la representación de *Obscurantismo*, que asista á ella, asistir usted...

JOSEFINA

¿Yo? ¡Qué disparate!

MANOLO

Sí; se malquistará usted con los suyos... ¡Los suyos!

¿Estaban con usted cuando vivía usted en Madrid humildemente... cuando para nada necesitaban de usted y podía usted necesitarlos?

JOSEFINA

Tiene usted razón.

MANOLO

En cambio... ¡Qué triunfo popular! ¡Si usted viera á la gente agolpada para comprar billetes en el teatro! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué anhelo de protesta!... ¡Cómo puede aprovecharse todo eso! Pero cuando llegue la orden de suspensión y vean en ello la influencia de los elementos reaccionarios con usted y con su marido... No lo dude usted, es de temer un grave conflicto, que acaso le obligue á dimitir á don Santiago, y en condiciones desairadas con el Gobierno y con la población... En cambio, supónga usted que por significarse en sentido liberal, son los elementos reaccionarios los que le obligan á saltar de aquí... el pueblo, la gran masa estará de su parte, le aclamarán como campeón de libertades públicas, y el Gobierno... el Gobierno está muy quebrantado; en inminente crisis que ha de resolverse con predominio de los elementos liberales del Ministerio, y entonces no tendrán más medio que apoyar á don Santiago, ascenderle quizás á un gobierno de primera... Esto es evidente, es alta política. Hay que mirar al horizonte, tener grandeza de alma y no creer que lo más importante es lo que está más cerca, solo porque está más cerca. ¿No lo ve usted así?

JOSEFINA

Yo no veo nada, la verdad. Todo eso puede ser, usted lo dice. ¡Pero si hubiera crisis!

MANOLO

Es indudable.

JOSEFINA

¿Usted en que se funda para creerlo?

MANOLO

El país está perturbado; hay desórdenes en varias provincias; habrá que suspender las garantías constitucionales, y para suprimir libertades, ya sabe usted que un gobierno liberal es el más indicado; siempre inspira más confianza; además, estamos en otoño; hay dos épocas en el año peligrosas para todo gobierno: la del veraneo y la del alfombrado con los cambios de ropa consiguiente. Miles de familias en la oposición que desean tomar baños en verano, y otras tantas casas que necesitan alfombra al entrar el invierno, son una fuerza que solo necesita un pretexto para derribar á cualquier Gobierno. Créame usted, por instinto de conservación, don Santiago debe hacer alardes de liberalismo y el primero es permitir la representación de *Obscurantismo*, contra lo que ustedes le han aconsejado.

JOSEFINA

¿Pero no comprende usted que si yo le digo ahora eso dirá con razón que estoy loca?

MANOLO

¿Porqué?

JOSEFINA

Porque no hace media hora le amenacé con marcharme á Madrid si la permitía.

MANOLO

En media hora ha podido usted ver las cosas de otra manera; las ha visto usted. Antes le aconsejó usted por egoísmo, ahora le aconseja usted con mayor amplitud de miras.

JOSEFINA

¿Y cómo le digo todo lo contrario de lo que acabo de decirle para convencerle?

MANOLO

Antes le convenció usted llevándole la contraria; ahora le será á usted más fácil.

JOSEFINA

Si usted no sabe lo que le he dicho, si... Además, no creo que resolvamos nada. Ahora dirá la gente lo que ya dice la Marquesa en casa de doña O; lo ha dicho, que si mi marido había permitido que se anúnciara la obra, es porque el empresario de la compañía es hermano de usted, y usted lleva parte en el negocio, y por eso usted había influído conmigo y yo con mi marido... ¡Buena es esta gente! ¡Ya ve usted lo que inventan!

MANOLO

No; lo saben todo, y es verdad; menos que yo esperase encontrarme aquí con mi hermano; pero es mi hermano, sí; que ha corrido el mundo, como yo la vida, luchando por ella; él, con sus empresas entre comediantes; yo, con las mías, entre comediantes también; para él, como para mí, la mejor comedia es la que da para vivir; allá, el que la escribió, con sus ideas. No me pesa el h aberle encontrado; ha venido á recordarme á

tiempo que, como él, mi hermano, deben ser los míos; los que han luchado por la vida un día y otro; los que no pudimos gozar nunca el lujo de acordar nuestros actos con nuestra conciencia; los desheredados; ¡los oprimidos!..! Y ahora, porque llevo esta librea burguesa, sería yo traidor y cobarde si no estuviera á su lado, contra esa sociedad de tartufos, que quieren hacernos creer que defienden ideas, cuando defienden intereses. ¡Libertad, ó religión, ó patria!... Esas son las palabras grandes que les sirven de trinchera ó de barricada para defender su interés egoísta, una posición social, un sueldo, hasta un negocio de timba, como don Baldomero. Yo, por lo menos, no engaño; lucho por la vida; defiendo á los míos. ¡Ya lo sabe usted! Ahora, elija usted; usted, que es mujer de corazón, que ha sufrido y luchado en la vida, podrá usted saber también cuáles son los suyos... ¡nosotros... ó esos!

JOSEFINA

Sí, tiene usted razón; sí, eso mismo es lo que yo siento; sí, no debemos consentir que esa gente se nos imponga; sí, debemos darles una lección... Lo que no veo es cómo convenzo yo otra vez á mi marido...

MANOLO

¡Aquí le tiene usted!... Yo estoy á su lado.

JOSEFINA

Va á decir que estoy loca, como si lo oyera; loca de remate.

ESCENA XI

Dichos y don SANTIAGO

SANTIAGO

(*Muy satisfecho.*) Ya estarás contenta... (*A Manolo.*) Ya sabrá usted que por fin... Y en medio de todo estoy satisfecho. Envío al ministro una razonada exposición, una orden terminante á la empresa. ¿Qué ocurre? ¡Qué caras!... ¿He vuelto á equivocarme?... ¡Josefina! ¡Habla!

JOSEFINA

Mira, Santiago: las mujeres no debíamos mezclarnos nunca en vuestros asuntos. Somos impresionables; el círculo de nuestras ideas es mezquino, casero... (*Bajo á Manolo.*) ¿Voy bien?

MANOLO

¡Admirable!

JOSEFINA

Damos demasiada importancia á una pequeñez, y no sabemos mirar á lo lejos, al horizonte...

MANOLO

¡Sublime!

SANTIAGO

¿Y qué quieres decirme con todo eso?

JOSEFINA

Que un hombre de juicio no debe nunca tomar en cuenta lo que le aconseje su mujer.

SANTIAGO

¿Y todo se te ha ocurrido ahora, en este breve lapso? ¿Qué le parece á usted?

MANOLO

Josefina se ha dejado sugestionar por ciertos elementos mal intencionados, sin comprender que usted no puede ser juguete de una politiquilla de campanario.

SANTIAGO

¿De modo que usted cree que ha sido una atrocidad?... ¡Ya lo decía yo! *(A Josefina.)* Y tú, tú me dices ahora...

JOSEFINA

Que te has equivocado; que has caído en un lazo; que te has puesto enfrente de la opinión y que, sin pérdida de tiempo, debes salvar tu responsabilidad levantando esa prohibición arbitraria y ridícula...

MANOLO

Más arbitraria que ridícula.

SANTIAGO

¡Oh, oh! ¡Esto ya es demasiado! *(A Manolo.)* ¿Qué le parece á usted? ¿Cómo es posible que rectifique por segunda vez, que mi autoridad quede por los suelos?... ¡No, no! Esta vez sostendré lo mandado, aunque sea una barbaridad. ¿No sería ridículo que ahora?... Dígame usted imparcialmente...

MANOLO

Sí... en efecto...

JOSEFINA

(Bajo á Manolo.) Ahora me desampara usted. *(Alto.)*

Manolo, si es sincero contigo, te dirá, como á mí, que te expones á un grave conflicto, que se alterará el orden público, que te costará muchos disgustos tu obstinación.

SANTIAGO

¡Mi obstinación! ¡Señor, á cualquier cosa llaman obstinación!

JOSEFINA

(*Los tres hablan casi á un tiempo.*) Dígale usted lo que me dijo antes.

MANOLO

Yo decía que...

SANTIAGO

Es inútil; no puede ser.

JOSEFINA

Te pesará cuando sea tarde.

MANOLO

No se acaloren ustedes.

SANTIAGO

Aunque me pese, aunque arda Moraleda.

MANOLO

¡Señores, que viene gente!...

JOSEFINA

Nuestros invitados. No se hable más. (*Sale á recibir á la gente.*)

SANTIAGO

Quisiera yo haber visto á Richelieu, á Felipe II, á cualquier gran político, con una mujer como ésta.

ESCENA XII

Dichos, JIMENA, BELISA y don BASILIO. (Saludos, etc.)

JOSEFINA

¡Queridas!... Así me gusta, las primeritas...

BASILIO

¡Señor don Santiago!...

BELISA

Más tarde no se podrá pasar. ¡Qué gentío! Nunca he visto tanta gente junta.

JIMENA

Es un maremagnum.

BELISA

Creí que nos ahogaban.

JIMENA

Pues hemos estado si veníamos, si no veníamos...

JOSEFINA

¿Sí? ¿Porqué?

JIMENA

Nos dijeron que había jarana... que la gente andaba alborotada alrededor del teatro...

SANTIAGO

¿Conque jarana?...

BASILIO

No será cosa. Cuatro alborotadores que protestan...

JOSEFINA

(*Bajo á don Santiago.*) Verás si nos cuesta cara la broma.

SANTIAGO

Eso ya lo sabía yo... Pero estamos á obscuras. Encenderé. ¡Vaya, no hay corriente!

JOSEFINA

¡Qué gracia de luz!

JIMENA

En casa ha pasado lo mismo.

MANOLO

Otro monopolio de don Baldomero; así anda aquí todo; y váyale usted con multas.

SANTIAGO

Es que estos días, con las iluminaciones, la máquina no tiene bastante fuerza.

BASILIO

Digan lo que quieran, estos inventos modernos no me convencen. Apariencia nada más. (*Josefina ha llamado y sale un empleado.*)

JOSEFINA

Traiga usted unos candelabros con velas.

EMPLEADO

(*Dando una tarjeta á Manolo.*) Este señor desea ver

á usted y, si es posible, al señor Gobernador. Dice que se trata de un asunto urgente, de orden público.

MANOLO

Es el empresario del teatro.

JOSEFINA

(Bajo á Manolo.) ¿Su hermano de usted?

MANOLO

(Idem.) ¡Chist! *(Alto á don Santiago.)* ¿Quiere usted hablar con él?

SANTIAGO

No quiero hablar con nadie. Haga usted lo que quiera; resuelva usted lo que le parezca... Resigno el mando.

JOSEFINA

(Bajo.) ¿Qué va usted á hacer?

MANOLO

(Idem.) Darle un disgusto á don Baldomero. *(Alto.)* De modo que...

SANTIAGO

Lo que usted quiera, lo que ustedes quieran. Yo, de todos modos, voy á extender mi dimisión, por si acaso. *(Sale Manolo.)*

BASILIO

Usted, mareado con tanto asunto... Yo no sé qué gusto encuentran ustedes en desempeñar estos cargos.

SANTIAGO

¿Yo? Ninguno. Puede usted creerlo.

BELISA

(Al balcón.) Mira, mira quién va por allí.

JIMENA

¡Qué escándalo! ¡Mire usted, papá, mire usted!

JOSEFINA

¿Qué pasa?

BELISA

Que no puede una fiarse ni de la camisa que lleva puesta.

BASILIO

Estas hijas me tienen siempre con el alma en un hilo. ¿Qué hay?

JIMENA

Tomasa, la chica de casa, que nos dijo que iba á ver los fuegos en casa de su tía, y ahí la tiene usted paseando con uno que será su novio.

SANTIAGO

Es posible.

JIMENA

Luego, si las ocurre un percance, dirán que una no las vigila.

BELISA

O que no se las da ejemplo.

JOSEFINA

¡Por Dios! ¿Quién va á decir eso?

JIMENA

Debía usted bajar y llevársela á casa de un brazo...

BELISA

El mejor día nos mete un hombre en casa y nos da un susto.

SANTIAGO

(Bajo á Josefina.) ¡Qué más quisieran!

ESCENA XIII

Dichos, la MARQUESA de TORRELODONES y ESPERANZA

MARQUESA DE TORRELODONES

(A Josefina.) Podíamos esperarte...

JOSEFINA

He estado de conferencias. ¡Alta política!

ESPERANZA

¡Hola, Jimena! ¡Adiós, Belisa!

BELISA

¡Qué mona estás! ¿Este es el traje que te han traído de Madrid?

ESPERANZA

No; este es de París, y lo llevo muy á disgusto.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Y papá, por dónde anda? Desde que hemos venido á Moraleda está hecho un golfo... Todo el día de pingo.

JIMENA

¡Hijas! ¡Qué lenguaje! Estas son las madrileñas; luego se burlan de las provincianas.

BELISA

Y á mí no me gusta cómo se viste.

JIMENA

Ni cómo se peina.

BELISA

¿Y os habéis fijado en el modo de andar?

JOSEFINA

(*Bajo á la Marquesa.*) Me parece que la Retórica y la Poética nos cortan un traje.

MARQUESA DE TORRELODONES

Pues que se anden con cuidado, porque ya sabes que detrás de toda madrileña, por muy marquesa que sea, hay una chula; con que á ver si les doy recuerdos del Lavapiés.

JOSEFINA

¡Qué cosas tienes!

ESCENA XIV

Dichos, doña O y POLITO

DOÑA O

¡Qué animado está esto!

ESPERANZA

¡Mamá!...

POLITO

¡Señoras!...

JOSEFINA

¿Por fin se ha atrevido usted á venir?

DOÑA O

Después de sus explicaciones. Don Santiago...

SANTIAGO

¡Ah! A los pies de usted, O.

ESPERANZA

¿Y papá?

DOÑA O

Venía conmigo; pero nos encontramos á Polito y se ofreció á acompañarme. Tu padre se ha quedado en el Casino; no tardará. Ha ido á enterarse, porque corrían rumores de algo...

BASILIO

¿Hay efervescencia?

DOÑA O

Gentuza, que no tiene qué perder. Parece que gritaban frente al teatro...

BELISA

Don Santiago, ¿usted cree que estaremos seguras?

SANTIAGO

¡Ya lo creo! Ustedes no tienen qué temer.

POLITO

¿Está usted enfadada conmigo, Esperancita?

ESPERANZA

Estoy enfadada con todo el mundo.

POLITO

¡Parece mentira! ¡Con lo que todo el mundo la quiere á usted!

ESPERANZA

¡Si es que no necesito que me quiera nadie! ¿Se entera usted?

POLITO

¡Qué amable!

ESPERANZA

¡Mejor!

MARQUESA DE TORRELODONES

¿No ha visto usted á papá?

POLITO

Le dejé en el Suizo con Campos y Reguera. Quedaron en venir á ver los fuegos desde aquí.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿De veras? ¡Cuánto me alegro!

DOÑA O

(A Josefina.) ¿Vienen los toreros? Aquí, al Gobierno... ¡No me quedaba más que ver!..

ESCENA XV

Dichos, la MARQUESA DE VILLAQUEJIDO, TERESITA, don TEODORO y don GUILLERMO

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Miren ustedes á quién traemos aquí.

TERESITA

Vienen á la fuerza. Querían ver los fuegos desde la calle...

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡Ya están ustedes buenos! Buscando las apreturas...

GUILLERMO

Y que las hay, las hay...

SANTIAGO

La verdad es que, siendo la plaza tan grande, toda la gente se agolpa en este trecho.

TEODORO

Es que hay una tendencia natural en la humanidad al apretujón.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡Valientes coscones! Son ustedes el escándalo de Moraleda. La última cocinera que tuve se me fué por usted.

GUILLERMO

¡Ja, ja!... ¡Qué diablura!

BELISA

Sí; tienen muy buen gusto.

JIMENA

La cebolla y el perejil son sus perfumes favoritos.

TEODORO

Como no somos cotorras, no nos asusta el perejil.

BELISA

¡Qué galante!

JIMENA

No les digas nada, no vayan á soltarte otra coz. ¡Estos solterones!...

TERESITA

A mí me gustan mucho los fuegos, sobre todo los cohetes.

MARQUESA DE TORRELODONES

Pues en el convento no los verá usted.

TERESITA

Por eso me aprovecho... ¡Cómo corren los paletos! ¡Ja, ja!... ¡Qué risa!

ESCENA XVI

Dichos, el MARQUÉS DE TORRELODONES, CAMPOS y REGUERA

MARQUÉS

¡Señores! (*Saludos,* etc.)

MARQUESA DE TORRELODONES

(*A Campos.*) Venga usted al balcón, Campos; tengo que pedirle á usted un favor.

CAMPOS

Usted dirá.

MARQUESA DE TORRELODONES

Un retrato de usted... así... Esté usted muy bien...

CAMPOS

Así, citando á matar. ¿Le parece á usted?

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Ay, qué gracioso! Traiga usted una silla.

DOÑA O

(*A Josefina.*) Y le asoma al balcón, para que se entere la gente... No se habla de otra cosa...

JOSEFINA

Lo creo. Aquí se asustan mucho de todo lo que se ve...

MARQUÉS

Sí, señor; en los alrededores del teatro; que si se prohibe, que si no se prohibe; dicen que ha habido vivas y mueras...

SANTIAGO

¿Y cómo no me han dado aviso? ¡Esos inspectores!... Tendré yo que salir á enterarme... *(Llama.)*

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¿Pero ocurre algo? ¿Qué sucede?

SANTIAGO

Nada, nada... ¿Pero no hay nadie en esta casa? ¡Bueno está el Gobierno!

ESCENA XVII

Dichos, don BALDOMERO. Después MANOLO y un EMPLEADO

TODOS

(Viéndole entrar muy descompuesto.) ¿Qué hay? ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

ESPERANZA

¡Papá!...

BALDOMERO

Nada. Un atropello. ¡Esa canalla!... ¡Me han insultado!

TODOS

¿A usted? ¡Jesús!...

BALDOMERO

Se ha formado una manifestación frente al teatro, y vienen hacia aquí cantando el himno de Riego.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡El himno de Riego! Cuando se oía en mis tiempos había que esconder la plata.

TEODORO

Ahora puede usted ahorrarse el trabajo. Se la han llevado toda otras músicas. (*Entra Manolo seguido del empleado.*)

MANOLO

¡Don Santiago! ¡Pronto!... Vienen hacia aquí, dando vivas á la libertad y mueras á... (*A don Baldomero*) á usted, principalmente.

SANTIAGO

¡Pronto!... ¡El bastón, el sombrero!... (*Las señoras gritan. Belisa se desmaya.*) El nuevo, no... ¡Bueno van á ponerme!

BALDOMERO

Todo por no tener carácter.

SANTIAGO

¡Si me hubieran ustedes dejado cumplir con mi deber!...

DOÑA O

A esto conducen las contemplaciones con esa gente.

JOSEFINA

La culpa la tiene mi marido por haber hecho caso de

ustedes... ¡Ya lo ves! ¿No decían ustedes que todo el mundo pensaba como ustedes?... *(Se oyen gritos cerca, vivas y mueras.)*

TODOS

¡Ya están ahí!... Cerrad los balcones... ¡No se asusten ustedes!... ¡Apagad las luces, no tiren piedras!... *(Apagan las luces. Gran confusión.)*

SANTIAGO

¿Por dónde salgo?... Venga usted.

JOSEFINA

No salgas... No salgas...

SANTIAGO

Mi deber es primero... *(Se oye una detonación y aparece iluminado con luz roja el fondo de la escena. Gran gritería.)* ¡Un tiro! ¡Fuego!

MANOLO

Es que se han prendido los fuegos...

DOÑA O

¡Pobre Moraleda!

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡El fin del mundo!...

JOSEFINA

¡Todo por ustedes... por ustedes!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Dos palcos en la Plaza de Toros de Moraleda. El de la derecha figura ser el presidencial, y será algo mayor que el de la izquierda (del espectador).

ESCENA PRIMERA

Don TRINO y DAMIÁN. Un acomodador.—El acomodador coloca en los antepalcos programas de seda. Don Trino y Damián disponen el *lunch* sobre la mesa que habrá en el antepalco.

TRINO

Dejaremos aquí esto; las copas aquí. ¿Está todo?

DAMIÁN

Todo. Yo vendré á servirlo después del tercer toro, que es el descanso.

TRINO

(Asomándose al palco.) ¡Cómo está la plaza! *(Aplausos. Don Trino se retira asustado.)* ¡Uy, han creído que era el Gobernador, y me aplauden! ¡Pues no falta todavía para empezar!

DAMIÁN

Media hora, lo menos. Los del sol lo toman con tiem-

po; como la localidad no está numerada... Pero hay menos entusiasmo que otros años. Vamos, ¿quiere usted una copita?

TRINO

¡Hombre!...

DAMIÁN

Botella más ó menos...

TRINO

No nos vean desde los palcos.

DAMIÁN

En los palcos no hay nadie todavía. Y falta mucha gente de los pueblos; como se ha retrasado la corrida con estas cosas...

TRINO

¡Buen vinillo, bueno!

DAMIÁN

¡Y todavía hay mieditis!... Se han tomado precauciones en la plaza...

TRINO

¡Hombre! Yo creo que los ánimos deben estar apaciguados. Al fin y al cabo ha triunfado la libertad. Hemos visto ese drama, que es cosa buena, sí señor; al que le ha dolido, le ha dolido; pero la gente ha manifestado su sentir...

DAMIÁN

¡Y de qué modo! A nosotros nos rompieron dos lunas, y en casa de don Baldomero no han dejado un cristal.

TRINO

Ahora, que esos no se dan por vencidos. ¿Ha leído usted *El Abejorro?*

DAMIÁN

Y *El Eco*... Esa historia de la Gobernadora y del secretario... En el café no se hablaba de otra cosa esta mañana. ¡Otra copita!... *(Le ofrece otra copa.)*

TRINO

No, gracias, se estima; pero no sea cosa que vaya á subírseme á la cabeza, y... Pues mire usted, todo eso puedo asegurarle á usted que es pura calumnia, sí señor; yo vivo en contacto casi diario, digámoslo así, con doña Josefina y con don Manuel, y con el mismo Gobernador, y los tengo á todos (sin ofender, y salvo el sagrado de las conciencias) por personas muy decentes, sí señor, de lo más decente que ha pasado por el Gobierno en los veinte años que llevo en aquella casa, y ha pasado de todo, créalo usted, hasta personas decentes; pero la política no tiene entrañas; cada cual va á lo suyo, y caiga el que caiga... La pobre doña Josefina lloraba esta mañana como una Magdalena.

DAMIÁN

¿Sí, eh?

TRINO

Conmigo no se oculta para nada. Se estaba rizando el pelo, ¡y le caía cada lagrimón!...

DAMIÁN

Pues hay quien ha visto esas cartas de que hablan los periódicos.

TRINO

¡Han visto, han visto!... ¿Y quién le dice á usted que no son apócrifas? ¡Sí señor!

DAMIÁN

(*Muy convencido.*) ¡Ah! Si es así...

TRINO

Ya vió usted lo de Francia, cuando el lío gordo; la de papeles falsificados; ¡hasta generales anduvieron en ello! Todo cuestión política. Créame usted: en cuestión de caligrafía yo me comprometo á falsificarle á usted todo lo que quiera; si á mí me hubiera tirado lo malo, como gracias á Dios me ha tirado lo bueno, y no me pesa, porque una conciencia tranquila vale mucho... créame usted que hago con la pluma lo que quiero; pero nunca me he servido de esta habilidad, como no fuera para una broma inocente. Pero hay quien no piensa lo mismo; y hay quien por dinero es capaz de todo, sí señor; pero la pobre doña Josefina, ¡vamos!, pondría las manos en el fuego... ¡Pobre señora! Poniéndole cuellos y puños á las camisas de su marido la he visto yo muchas veces.

DAMIÁN

Pues no cree eso la gente.

TRINO

La gente es mal pensada, sí señor; lo sé por experiencia. Yo recogí por caridad, desde la edad más tierna, á una sobrina de mi mujer, y todo el mundo dice que... Créame usted: en todo esto hay más de lo que se ve, sí señor; que si la hija de don Baldomero se enamoró de don Manolito; que si el padre se opone; que si doña Josefina ha mediado y á doña O le ha parecido mal, y para desilusionar á la hija quieren decir que si esto, que si lo otro. (*Ruido en la plaza.*)

DAMIÁN

¡Anda, ya se armó!...

TRINO

¡Claro! Pica el sol, vienen con la bota... *(Asomándose al palco.)* ¡Anda, ahora me silban!

DAMIÁN

Si empieza así la tarde...

TRINO

No será la última...

ESCENA II

Dichos, JOSEFINA y MANOLO

JOSEFINA

¿Porqué gritan? ¿Qué ocurre?

TRINO

No es nada. El calor, el vinillo...

JOSEFINA

(Sentándose en el antepalco.) ¡Ay! ¡Estoy tan nerviosa!... ¡Todo me asusta!

TRINO

¿Y el señor Gobernador? ¿No viene todavía?

MANOLO

Está de conferencia con el representante de la empresa y con el jefe de la Guardia civil.

JOSEFINA

Yo he querido venir temprano para entrar sin que me viera nadie. ¿Todavía falta mucho, verdad?

MANOLO

Un poco.

TRINO

Pues aquí estábamos disponiendo el agasajo.

DAMIÁN

El *lunch*. Yo volveré al descanso; con su permiso... *(Sale.)*

TRINO

Yo también me retiro, si no manda usía otra cosa.

JOSEFINA

¿No se queda usted á la corrida?

TRINO

Sí señora; tengo mi andanada con la familia.

JOSEFINA

¿Tiene usted mucha familia, don Trino? ¡No sabía que era usted casado!

TRINO

Para servir á usía, soy viudo. Tengo á mi sobrina y tres pequeños... sí señora, á su disposición.

JOSEFINA

¿Qué se dice? ¿Cree usted que habrá algo?

TRINO

No señora; la gente viene aquí á divertirse; si los

toreros se portan y los toros dan juego, todo será alegría, sí señora; ahora, si el ganado sale manso, como el año anterior, ya se sabe: quemarán la plaza; es la costumbre.

MANOLO

¿Sí?

JOSEFINA

¡Qué barbaridad!

TRINO

¡Son tremendos! El espectáculo, de por sí, ya es salvaje; esa es la verdad, sí señor; pero créanme ustedes: el público es más salvaje que el espectáculo, sí señor.

JOSEFINA

A mí no crea usted que me divierte. Me gusta la animación, el paseo de las cuadrillas, la salida del toro; pero nada más. Y este año no hubiera venido de ninguna manera.

TRINO

Lo comprendo; pero la posición, los deberes... ¡Ay, es mucho mundo este, sí señora! Si no manda usía otra cosa...

JOSEFINA

Nada, don Trino. (*Sale don Trino.*)

MANOLO

(*Mirando á la Plaza.*) Hay buena entrada.

JOSEFINA

¿Sí? Lo siento. Quisiera que no hubiera nadie. ¿Hace usted el favor de un poco de agua?

MANOLO

¿Quiere usted un emparedado, un pastelito? ¿No ha almorzado usted nada? ¡Está usted muy pálida!

JOSEFINA

No, no. Si usted supiera lo nerviosa que estoy...

MANOLO

No hay motivo. Yo le aseguro á usted que por esta vez hemos triunfado.

JOSEFINA

Sí; anoche todo fueron aplausos y vivas en el teatro durante la representación; pero esta tarde aquí, después de haber leído la gente esos periódicos, después de lo que habrán hablado... Al venir á la Plaza, desde el coche he visto que todo el mundo leía *El Abejorro*.

MANOLO

Pero todo el mundo está indignado, como yo esperaba. Dicen que es una calumnia inventada por don Baldomero, que de esta hecha revienta del sofocón.

JOSEFINA

Es probable. Porque además, ¿no sabe usted?... Esperancita ha dado un escándalo en su casa esta mañana; lo sé por las criadas. Ha dicho que se casará con usted, y que se casará...

MANOLO

Si yo supiera que del disgusto... Pero no; que se la guarden. ¡Dichosa niña!... ¿Y don Santiago? ¿Ha hablado con usted? ¿Ha leído los periódicos?

JOSEFINA

Hoy apenas nos hemos visto. No sé... El no lee nunca periódicos de oposición. ¡Pero esa carta!... ¡Si ve la carta!...

MANOLO

Don Baldomero dice que la enviará á Madrid al ministro...

JOSEFINA

Eso me tendría sin cuidado. García Pérez no se asustará por tan poco.

MANOLO

No, ese está curado de espanto.

JOSEFINA

Pero esta tarde... ¡Esta tarde tengo mucho miedo!

MANOLO

Esta tarde... tendrá usted un triunfo. Todo está preparado.

JOSEFINA

¿De veras?

MANOLO

Ya verá usted. Al llegar el brindis de Campos, se lo hemos dado por escrito, lo estaba ensayando mientras se vestía el traje de luces. «Brindo por usía, por los gobernadores liberales como usía, por las mujeres bonitas que acompañan á usía, liberales como usía... porque el toro fuera uno de esos obscurantistas...» Esto lo dirá mirando de reojo al palco de don Baldomero... «¡Y viva la libertad!» ¡Será un escándalo! Hemos repartido muy bien la localidad... Si alguno protestara... No tenga usted miedo, Josefina: el pueblo soberano está

con nosotros. Si los toros salen bravos y Campos da una estocada de las suyas para que la gente se anime... el triunfo es nuestro.

JOSEFINA

¿Qué quiere usted que le diga? Yo tengo mucho miedo.

ESCENA III

Dichos, la MARQUESA DE TORRELODONES, don SANTIAGO y el MARQUÉS VIUDO DE TORRELODONES.

SANTIAGO

Hasta la hora en punto no nos presentaremos.

MARQUESA DE TORRELODONES

(A Josefina.) ¿Cómo has venido tan temprano?

JOSEFINA

Por entrar antes del barullo. Después se ponen los hombres en dos filas al pie de la escalera...

MARQUESA DE TORRELODONES

Pero no dicen cosas como en Madrid. *(A Manolo.)* ¿Es usted muy aficionado á toros?

MANOLO

Me gustan, pero no entiendo cosa. En muriendo los toros de una estocada, para mí están bien muertos.

MARQUESA DE TORRELODONES

¡No diga usted! ¡Pues no va nada de estar caída á estar contraria!

SANTIAGO

Yo sí que no entiendo una palabra. Pero no ha habido forma de que este año presida el alcalde. Está de punta con la empresa porque no le han dado la contrata de la carne y de los caballos á un cuñado suyo. No sé cómo me voy á ver...

MARQUÉS

Ya le apuntaremos á usted entre todos.

MARQUESA DE TORRELODONES

Mire usted, en varas, ha quedado Campos en avisar con disimulo. Cuando se rasque así las narices es para que se toque á banderillas. En banderillas, ya sabe usted: tres pares, á no ser que pongan medios, y en tonces deja usted que pongan cuatro, ó que el toro esté muy aplomado y entonces con dos tiene bastante... Si es muy sencillo.

MARQUÉS

En último caso deja usted que el público le avise, es lo más seguro. Cuando le digan á usted: «¡Eh!», ó «¡que se duerme usía!» ó «¡es hora ya, señor presidente!» ó...

SANTIAGO

Sí, ó me llaman morral ó algo peor. Es muy divertido. Después del trajín de estos días, la corridita.

MARQUÉS

Lo malo es que los toros, con llevar cuatro días en los corrales, habrán perdido algo. Hizo usted la tontería de suspender la corrida.

SANTIAGO

Écheme usted la culpa también si salen bueyes.

MARQUESA DE TORRELODONES

No lo diga usted ni en broma. ¡Hay un berrendo en jabonero, y hay un melocotón!...

MARQUÉS

¿Sabes que no ha habido medio de encerrar el primero á Lucerito?

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Y no lo mata Campos?

MARQUÉS

¿Qué le vamos á hacer?

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Qué disgusto! ¿Lo ves? Si hubiera venido nuestro mayoral no pasaría eso.

MANOLO

¿Pero es que ese toro está domesticado?

MARQUESA DE TORRELODONES

Es que en ese toro he tenido yo siempre puestas mis ilusiones, y tenía el capricho de que lo matara Campos. ¡Para un capricho que tiene una!...

JOSEFINA

¡Hija, qué afición! ¡Dichosa tú!

SANTIAGO

En fin, sea lo que Dios quiera. Es mi último acto oficial en la provincia.

JOSEFINA

¿Eh?

SANTIAGO

Acabo de enviar mi dimisión por telégrafo.

JOSEFINA Y MANOLO

¡La dimisión!

MARQUÉS

¡Hombre! ¡No es para tanto! ¡Aquí dan ustedes una importancia á todo!...

SANTIAGO

Sí, querido Marqués; si las circunstancias no fueran tan críticas ya hubiera salido de aquí; pero el orden no está todavía asegurado.

JOSEFINA

¿Pero no comprendes que sin consultar, sin... acaso crean... la gente habla, es darles la razón...

SANTIAGO

¡Me han engañado! ¡Todo el mundo me ha engañado!

JOSEFINA

¡Santiago!...

SANTIAGO

¡Todo el mundo! Y no se hable más.

JOSEFINA

(Bajo á Manolo.) Ha visto la carta.

MANOLO

(Idem á Josefina.) No lo crea usted. Todo lo más ha leído *El Abejorro.*

JOSEFINA

(Bajo á Manolo.) ¡La dimisión! ¿Y quién le dice ahora?...

MANOLO

(Bajo á Josefina.) Descuide usted; todo se arreglará.

ESCENA IV

Dichos, BELISA, JIMENA, don BASILIO, don TEODORO y don GUILLERMO

TEODORO

¡Vaya si están ustedes guapas!

BELISA

¡No se burle usted! ¡Pobres de nosotras!

JIMENA

Demasiado sabemos que somos demasiado finas para usted.

GUILLERMO

¿Van ustedes al palco de don Baldomero?

BASILIO

Van y no van.

TEODORO

¡Caramba! ¿Cómo es eso?

BASILIO

Yo deseo permanecer neutral en estas luchas. Estaban invitadas por el Gobernador y por don Baldomero; y para no desairar á ninguno...

JIMENA

Yo voy al palco del Gobernador.

BELISA

Y yo al de don Baldomero.

TEODORO

Muy bien pensado. ¿Y usted?

BASILIO

Yo, en cuanto las deje, me vuelvo á casa. Este espectáculo no me divierte; al contrario, me contrista, me hace desesperar de los destinos de este pobre país.

TEODORO

¡Bah! Pues mientras nos quede esto... Este sol, esta alegría, y... esas mujeres...

JIMENA

Muchas gracias por el modo de señalar.

GUILLERMO

¿Estuvieron ustedes anoche en el teatro?

BASILIO

Estuvieron y no estuvieron.

TEODORO

Vamos, estuvo una sí y otra no. ¡Buen sistema!

BELISA

Jimena fué.

JIMENA

Pues estaba muy bien el teatro.

TEODORO

¡Calle usted! Si no había más que hombres.

JIMENA

Estaría mal para usted.

TEODORO

Nosotros nos quedamos en el palco de Baldomero.

BASILIO

Yo voy á dejar á Jimena en el de Josefina.

BELISA

Pero espere usted á que vengan señoras. ¡No voy á quedarme sola con ustedes! Con esa fama...

TEODORO

Seremos juiciosos.

BASILIO

Te advierto que Teodoro, donde le ves, tiene mi edad; podía ser tu padre.

BELISA

¿De veras?

TEODORO

Cuando su papá de usted lo dice...

BASILIO

¡Ea' vamos, Jimena. Adiós, hija. Ya sabes, os recogeré frente al Gobierno.

BELISA

(*Asomándose al palco.*) ¡Qué animación!

TEODORO

Es que no hay mujer fea con la mantilla... *(A Guillermo.)* Déjame tus gemelos; acercan más que los míos.

JOSEFINA

¡Jimena!

SANTIAGO

¡Qué mona!

BASILIO

Aquí se la dejo á ustedes.

SANTIAGO

¿Y usted, no se queda?

BASILIO

No, es espectáculo que no me divierte. Conque... ¡Señores!...

JIMENA

Hasta luego, papá. *(Sale don Basilio.)*

JOSEFINA

¿Y Belisa?

JIMENA

Está aquí, al lado.

JOSEFINA

¡Ah! ¿Con los de Remolinos?

JIMENA

Sí; nos habían invitado á las dos, y la verdad, las dos preferíamos venir aquí. Para no regañar hemos tenido que echar suertes... Yo he sido la más favorecida.

JOSEFINA

Muchas gracias.

ESCENA V

Dichos, doña O, ESPERANZA y don BALDOMERO

BALDOMERO

Llegamos con tiempo.

ESPERANZA

¿Y para eso me has dado un sofocón, haciéndome vestir de prisa y corriendo?

BALDOMERO

¡Ya lo creo! Te has cambiado siete trajes y catorce mantillas, sin decidirte por nada...

ESPERANZA

¡Y por fin vengo hecha una facha!

DOÑA O

¡Ay, hija! ¡Nos quitas la vida á tu padre y á mí! ¡Yo no puedo más! Petronila se ha despedido; ya lo sabes: no vuelve á peinarnos. ¡Tal sofocón le has dado!...

ESPERANZA

Bueno, mamá; si vas á consumirme toda la tarde, me paso al palco de Josefina.

DOÑA O

¡No faltaba más! ¡Que dieras esa campanada!

BALDOMERO

¡Esperancita! ¡Cuidado conmigo! Y nada de tontear con nadie del palco de al lado, porque doy un escándalo en la Plaza.

ESPERANZA

¡Para eso me habéis traído á rastra!...

DOÑA O

¡Yo sí que vengo á la fuerza por no oirte!

BALDOMERO

¡Ea, vamos al palco y déjate de hacer pucheros! ¡Señores!...

TEODORO

¡Baldomero!

BELISA

¡Preciosa! ¡Qué monísima viene!

TEODORO

¡Guapísimas, elegantísimas!

ESPERANZA

¿Y Jimena?

BELISA

Está con Josefina. Nos invitaron á las dos, y nosotras, la verdad, preferíamos venir aquí; hemos tenido que echar suertes. Yo he sido más afortunada.

DOÑA O

Y anoche, ¿echásteis suertes también por saber quién iba al teatro?

BELISA

¡No me diga usted!... La pobre Jimena fué sacrificada. Volvió á casa con un ataque nervioso.

BALDOMERO

¿Ustedes estuvieron también, por supuesto?

TEODORO

¡Hombre!, por curiosidad, en un entreacto; por ver quién había. Allí se gritó, se dieron vivas y mueras sin ton ni son...

DOÑA O

Y á la salida nos rompieron todos los cristales...

ESPERANZA

Y lo que más siento: unas macetas de geranios dobles que tenía en el balcón.

BALDOMERO

Todo en nombre de la libertad.

DOÑA O

Todo por consentir que nos mande esa gente, que empieza por no saber mandar en su casa.

BALDOMERO

No tienen carácter para meter en cintura á su mujer, y quieren meter en cintura á una provincia.

ESPERANZA

Papá, que van á oirte; que están al lado.

DOÑA O

Si por eso lo digo.

BALDOMERO

Por eso lo decimos...

JOSEFINA

(*A Manolo.*) Están ahí, ¿verdad?

MANOLO

Sí; oigo la voz de don Baldomero.

JOSEFINA

Yo, la de su mujer. Mi marido saldrá de aquí por esa gente; pero yo le aseguro á usted que, antes de volver á Madrid, me oyen; ¡vaya si me oyen!

MANOLO

¡Qué graciosa está usted enfadada! ¡Qué graciosa está usted siempre!

JOSEFINA

Y usted, estos días, está como el orden público: muy alterado. Habrá que suspenderle á usted las garantías.

DOÑA O

Siéntese usted aquí, Belisa. *(A Esperancita.)* Tú, á este lado...

BELISA

Les advierto á ustedes que yo me paso la tarde en un grito. Solo en pensar que el toro pueda coger á un hombre...

TEODORO

¡Qué envidia!, ¿verdad? Digo, ¡qué lástima!

SANTIAGO

Ya va siendo hora. Entrad vosotras primero en el palco; á esta parte.

MARQUÉS

Sí; no está bien que al lado de la Presidencia haya señoras. Quitaría libertad al público para protestar...

SANTIAGO

¿Cree usted que les quitará libertad? Entonces estoy porque se sienten con nosotros.

JOSEFINA

Vamos, Carmen, Jimena...

ESCENA VI

Dichos, POLITO y REGUERA

POLITO

¡Esto es un palco, Reguera! Mejor dicho, es una cesta de flores.

SEÑORAS

Gracias, muchas gracias.

MARQUÉS

¡Qué flamenco viene usted, Polito! ¿Va usted á tomar la alternativa?

SANTIAGO

Siéntense ustedes aquí; ustedes entienden de esto. Yo no he presidido en mi vida más que sesiones de la Diputación. *(Ruido en la Plaza.)*

MARQUÉS

Ya es la hora.

SANTIAGO

Vamos allá. *(Se sienta en el palco y hace la señal. Clarín.)*

JOSEFINA

(A Manolo.) ¡Ni un aplauso al aparecer mi marido! ¡Mala señal!

MANOLO

Tenga usted paciencia. Hay que reservar los efectos. *(Silbidos.)*

JOSEFINA

¡Silban!

MANOLO

Es al alguacilillo, que sale hecho una facha.

JOSEFINA

¡Ay! Si llevase cascabeles, me sonarían. *(Paso doble. Aplausos.)*

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Campos, Campos! ¡Pero qué gracia tiene ese hombre en la Plaza! ¡Saca mi capote!

POLITO

Y traje nuevo.

MARQUESA DE TORRELODONES

Lo estrena todo.

ESCENA VII

Dichos, la MARQUESA DE VILLAQUEJIDO y TERESITA

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Llegamos tarde.

TERESITA

Por poco no perdemos el paseo, que es lo que más

me gusta. ¿Cómo están ustedes? ¡Ay que bonito! ¡Cuánto torero!

DOÑA O

Pasen ustedes aquí.

SANTIAGO

Eche usted la llave, Polito, no vayamos á descalabrar á alguien.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¿Ha venido Josefina con su marido?

DOÑA O

Sí, al lado está. ¡Qué descaro! ¡Presentarse en público después de lo ocurrido! Yo no quiero mirar.

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Yo tampoco. (*Tocan el clarín. Aplausos.*)

MARQUÉS

¿Qué dicen ustedes?

POLITO

¡Hermoso bicho!

MARQUÉS

¿Qué les decía yo á ustedes?

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Qué bonito!, ¿verdad? Este es hijo de la *Pintada* y de *Marrullero*, ¿no es eso, papá?

MARQUÉS

Tú lo sabes mejor que yo.

TEODORO

(*A Guillermo.*) ¿Tú conoces á aquella rubia gruesa de la delantera del ocho?

GUILLERMO

¡Ya lo creo! Si es... (*Al oído.*)

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Cualquiera la conoce!

MARQUÉS

¡Ya empiezan con los recortes!

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Porqué no se abre Campos de capa?

POLITO

Eso digo yo.

REGUERA

Por algo quería yo estar en la barrera.

MARQUÉS

Mire usted, mire usted qué ladrones. ¡Así matan á los toros!

SANTIAGO

¿Pero no salen para eso?

BALDOMERO

¡Vaya un toro! ¿Este es el ganado de ese señor Marqués de Madrid? ¡De Madrid había de ser!

TEODORO

Me parece un grandísimo buey...

GUILLERMO

¡Pero qué buey!

TERESITA

¿Porqué dicen ustedes que es un buey?

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

Niña, no preguntes tonterías.

MARQUÉS

¿Pero qué hace esa gente? ¡Qué modo de entrar!

JIMENA Y BELISA

(Gritan.) ¡Ay, ay! ¡Que le coge, que le mata!

JOSEFINA

No ha sido nada.

DOÑA O

No te asustes.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Pero qué hace Campos? ¿Porqué no corre ese toro por derecho?

REGUERA

Yo le digo algo.

POLITO

No grites desde aquí.

JOSEFINA

¡Estamos divertidos!

MANOLO

¿A que el toro nos da la tarde?

SANTIAGO

Cuando un toro no toma varas, ¿qué se hace?

MARQUÉS

¿Usted qué sabe si toma varas? ¡Si no le han entrado una vez por derecho! Mande usted á la cárcel á ese picador. ¡Para eso les da uno propinas! (*Voces del público: «¡Al corral!» «¡Fuego!»*)

SANTIAGO

Pues el público pide fuego.

MARQUÉS

Pues hará usted una barbaridad si hace usted caso.

SANTIAGO

¡Vaya! ¡Otro conflicto!

POLITO

El Marqués, tratándose de sus toros, se olvida de todo. Es capaz de pegarle á usted.

SANTIAGO

No me faltaba más. ¡Querrá que baje yo á torearle! Ya oye usted. (*Palmas de tango.*)

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Palmas de tango! ¡La guasa de Madrid!

POLITO

Sí, traje yo esa moda el año pasado.

MARQUÉS

Pues podía usted haberse traído un automóvil. Ahora

también tendrá la culpa el toro. Mire usted, mire usted, mire usted qué modo de sacar vara. *(Gran escándalo. «¡Fuego! ¡Fuego!» Silbidos. «¡No lo entiende usted!»)*

JOSEFINA

¿Lo ve usted?

MANOLO

Nos ha preparado la tarde el torito.

SANTIAGO

¿Qué hago?

TEODORO

Pero ¿porqué no foguean á ese toro?

BALDOMERO

Tendrá influencias con el partido liberal. Es gubernativo. *(Arrecia el escándalo.)*

JIMENA Y BELISA

¡Ay, ay! ¡Que le coge, que le mata!

JOSEFINA

¿Pero no oyes al público, Santiago?

SANTIAGO

¿Pero no oyes al Marqués, Josefina?

MARQUESA DE TORRELODONES

Campos avisa que toque usted.

SANTIAGO

¿Pero qué toco? ¿El violón?

MARQUÉS

A banderillas.

SANTIAGO

¿Pero qué banderillas? ¿De fuego?

MARQUÉS

¿Cómo de fuego?

MARQUESA DE TORRELODONES

¡De fuego! Las pondrá Campos y el público no dirá nada.

SANTIAGO

¡Bueno! Banderillas. Ahora es ella. (*Toque. Silbidos. Después aplausos.*)

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Lo ve usted? En cuanto han visto al banderillero...

MARQUÉS

Es que el toro no era para llevar fuego.

SANTIAGO

No; era para llevar leña.

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Cómo cita! ¡Qué gracioso!

JIMENA Y BELISA

¡Ay, ay!

JOSEFINA

¡Jesús, qué nervios! (*Aplausos.*)

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Qué par ha puesto! ¡Qué par!... (*Aplausos.*) ¡Otro, otro! ¡Qué dos pares! Yo me vuelvo loca...

JIMENA Y BELISA

¡Ay, ay!

SANTIAGO

Salimos del conflicto.

MARQUÉS

Toque usted á matar.

SANTIAGO

¡A matar! ¡Pobre animalito! (*Toque.*)

MANOLO

Ahora el brindis. ¡Ah, don Baldomero, ahora es la mía! Veremos cómo responde el pueblo soberano.

MARQUESA DE TORRELODONES

A ver qué dice. Dirá algo gracioso, porque tiene mucha gracia para los brindis y... para todo... (*Se oyen algunas palabras del brindis.*)

CAMPOS

(*Dentro.*) Usía... liberales... bonitas... liberales... ¡La libertad!... (*Gran ovación. Vivas á la libertad. Vivas al Gobernador. Vivas á la Gobernadora.*)

MARQUÉS

Salude usted... Usted también... Saluden ustedes, todos.

BALDOMERO

¡Qué farsa indigna! ¡Esto no puede tolerarse! Yo me retiro. (*Se levanta del asiento. Mueras á la reacción, á los obscurantistas. Silbidos.*)

MANOLO

Ahora lleva lo suyo.

DOÑA O

¿Pero es á ti? ¿Es á nosotros?

ESPERANZA

¡Ay, papá! ¡Es á nosotros!

MARQUESA DE VILLAQUEJIDO

¡Pero qué gente! ¡Es intolerable!

BELISA

¡Qué disgusto! ¡A ustedes!...

DOÑA O

Vámonos, vámonos. ¡Insultar á mi marido! ¡Ya no hay respeto, ya no hay vergüenza!

BALDOMERO

¡Me las pagarán, me las pagarán! Todo esto venía preparándose...

TEODORO

Eso se desprecia.

MARQUÉS

Y el toro se enfría...

DOÑA O

No, no; vámonos, vámonos.

MARQUESA DE VILLEQUEJIDO

Nosotras con ustedes.

BELISA

Y yo, y yo... *(Salen doña O, la Marquesa de Villaquejido, Esperanza, Teresa y don Baldomero.)*

TEODORO

¡Cuánto me alegro de que se vayan!

GUILLERMO

Y yo.

TEODORO

¡Y cuánto me alegro del sofocón! Este sufragio no se falsifica... (*Voces: «¡Riego! ¡Riego!»*)

SANTIAGO

Piden el himno de Riego.

MARQUÉS

Y el toro se enfría.

MARQUESA DE TORRELODONES

¿Pero cómo va á matarlo Campos si están tirando cosas?... (*«¡Riego! ¡Riego!»*)

SANTIAGO

¿Dónde está el tubo acústico? Aquí.

MANOLO

Mande usted que lo toquen.

SANTIAGO

¡Claro que sí! (*Hablando por el tubo.*) ¡El himno de Riego... sí... que lo toquen!

MANOLO

¿Qué dicen?

SANTIAGO

¡Otro conflicto! Que la banda municipal no lo sabe...

JOSEFINA

¡Que están tirando botellas y de todo!... ¡Que van á matar á uno!

SANTIAGO

(Hablando por el tubo.) ¡A ver... que salga el pregonero! Que diga que la banda no puede tocar el himno de Riego porque no lo sabe, pero que lo aprenderá mañana mismo. ¿Qué les parece á ustedes?

TODOS

¡Muy bien! ¡Muy bien mandado!

SANTIAGO

A ver si callan.

MANOLO

(A Josefina.) Don Baldomero se ha ido del palco con su familia. ¿Qué le decía yo á usted?

JOSEFINA

Tiene usted mucho talento.

MANOLO

¿Nada más?... ¡Y mucho corazón! *(Se oye el pregonero.)*

PREGONERO

«¡Respetable público!: La banda no toca el himno de Riego, porque no lo sabe; pero desde mañana se pondrá á estudiarlo para tocarlo siempre que se pida.» *(Tambor. Aplausos. Se oye á lo lejos ¡vivas!)*

MARQUÉS

Salude usted. Saluden ustedes. *(Ovación.)*

SANTIAGO

¡Estoy emocionado! Un público, más que un público, todo un pueblo que le aclama á uno cuando uno tiene la satisfacción de haber cumplido con su deber.

JOSEFINA

¿Y á quién le debes este triunfo? ¿Quién te aconsejaba?

SANTIAGO

Tú, sí, tú... cada vez una cosa; pero tú siempre... Ahora hay que esperar á que limpien el redondel. Parece mentira que hayan podido tirar tantas cosas en tan poco tiempo.

MANOLO

Sí; cuando la gente se alborota tira muchas cosas; lo malo es que no tira las que debe.

MARQUÉS

Y el toro se enfría...

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Pobre Campos! No va á poder lucirse. *(Entra el empleado.)*

SANTIAGO

¿Qué ocurre?

EMPLEADO

Este telegrama urgente acaba de llegar al Gobierno.

SANTIAGO

A ver...

JOSEFINA

¿Es de Madrid?...

SANTIAGO

Sí. Vea usted, Manolo; yo no me atrevo; me asusta todo... Usted sabe...

MANOLO

Lo esperaba... «Resuelta crisis. Ministerio concentración liberal.»

MARQUÉS

¿Eh?

MANOLO

«Gobierno no acepta dimisión. Propone á usted Gobierno primera y felicita campaña liberal.»

SANTIAGO

¡Josefina! ¡De primera!

MARQUÉS

¡Enhorabuena!

POLITO

¡Felicidades!

SANTIAGO

¡Un abrazo! ¡Y á usted, y á usted!...

JIMENA

Por algo quería yo venir á este palco.

JOSEFINA

¿Lo ves? Si no fuera por nosotras, ¿qué sería de vosotros? ¿Y habrás dudado de mí, y acaso habrás creído?... ¡Si tú supieras qué días he pasado!...

SANTIAGO

Y yo... ¿Pero dudar de ti?... ¿Creer yo esas calumnias?... ¡Eso nunca, Josefina, nunca!

JOSEFINA

¡Menos mal! Alguna vez me había de hacer justicia.

POLITO

¡De primera, de primera! Hay que celebrarlo. ¡Vaya una copita!

SANTIAGO

¡Venga, venga!

TEODORO

(*Asomándose al palco,*) ¡Venga aquí también, que ya todos somos unos!... (*Todos ríen.*) ¡Vaya un plantel de mujeres hermosas y castizas! Y... (*bebiendo*) ¡vaya por ustedes! (*Risas.*)

MARQUÉS

Ya está limpio el ruedo; ya vuelve Campos al toro.

TODOS

Vamos á verlo. ¡Al toro, al toro!...

TEODORO

¡Buen pase!

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Qué pases más divinos! ¿Y ese molinete? ¿Y ese por bajo? ¡Yo me vuelvo loca!

POLITO

¡Vamos á ver!...

SANTIAGO

Es un momento imponente.

JIMENA

¡Ay, ay!

TODOS

¡Qué estocada! ¡Cae sin puntilla! ¡Bravo! ¡Bravo!

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Y cómo ha salido, cómo ha salido! (*Aplausos. Voces: «¡Que se la den!»*) ¡Que tarda usted! ¡Dele usted la oreja!

SANTIAGO

¿Yo? ¡Que se la den!... ¡Ay, qué tarde, qué días!... Crean ustedes, un pueblo que en media hora me silba, me aplaude, da vivas á la libertad, aclama á un torero, á las mujeres guapas, y vuelve á silbar, y torna á aplaudir... ¿cómo va á gobernarle uno?

MANOLO

Pues nada más fácil, ya lo ve usted; con toreros valientes y mujeres guapas, si no se le gobierna, se le entretiene.

MARQUÉS

Vamos con el segundo... don Santiago.

SANTIAGO

¡Señor, que no se tuerza la tarde! ¡Ah! Manolo, antes, con la emoción, no le dije á usted nada. Cualquiera que sea mi destino, usted siempre á mi lado.

MANOLO

¡Don Santiago!...

SANTIAGO

¡No faltaba más! Usted, en estos días de prueba, ha sido el verdadero Gobernador.

MANOLO

¡Don Santiago!... (*Protestas del público.*)

MARQUÉS

Vamos con el segundo...

MANOLO

(*A Josefina.*) ¿Está usted contenta? ¿Merezco su confianza, su cariño?

JOSEFINA

¡No me atormente usted! ¡Si usted supiera!... (*Señal de clarines.*) ¡Ay, qué susto!

MANOLO

Está usted muy nerviosa.

JOSEFINA

Sí lo estoy, sí. Yo no sé cómo agradecer á usted... Ha sacrificado usted tanto por mí... Su porvenir, su...

MANOLO

¿El porvenir? Usted dirá. ¿Vuelvo á Madrid? ¿Acepto el ofrecimiento de don Santiago?

JOSEFINA

¿Yo qué voy á decirle?

MARQUÉS

¡Este sí que pega! ¡Duro, á picar!

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Josefina! Vamos... ¡Vaya una larga! ¡Ay! ¡Qué quite! ¡Qué quite!...

JOSEFINA

¡Ay, para mí lo quisiera!... ¡Acepte usted!

MARQUESA DE TORRELODONES

¡Pero qué faena está haciendo ese hombre! *(Aplausos. Ovación. «¡Música! ¡Música!»)—Telón.*

FIN DE LA COMEDIA

NOTA

Los directores de teatros, en provincias, pueden suprimir los personajes de la Marquesa de Villaquejido, Teresita y Reguera. En este caso, en el primer acto, el Marqués de Torrelodones dirá las frases correspondientes á Reguera; doña O las correspondientes á la Marquesa; y en el segundo, la entrada de don Guillermo y don Teodoro, será en la escena XIV, con doña O y Polito. En el acto tercero quedan suprimidos en absoluto sus papeles.

El Autor.

EL PRIMO ROMÁN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Principal de Zaragoza
el 12 de Noviembre de 1901.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CRISTETA	Srta. Arévalo.
DOÑA SALOMÉ	Sra. Llorente.
DOÑA AMALIA	» Guillén.
FAUSTINA	» Ríos.
MARTINA	» Ferriz.
PETRONA	Srta. Mendizábal.
ROMÁN	Sr. Rivelles.
MAGÍN	» Fuentes.
ROMUALDO	» Altarriba.
LUCIANO	» La Riva.
JOSÉ LUIS	» Guerrero.
EL GATEJO	» Lliri.

En un pueblo de Castilla.

EL PRIMO ROMÁN

ACTO PRIMERO

Jardín en una casa de campo. A la derecha del actor la fachada de la casa; en la planta baja puerta y ventanas con rejas; delante de la puerta un emparrado; en la parte superior, mirador corrido con barandilla de madera y cristales. A la izquierda la fachada de una casa baja y pequeña con puerta y ventana; por la chimenea de esta última casa sale humo. Árboles y plantas, todo rústicamente dispuesto; sillas y un velador de jardín. Al foro la tapia de ladrillo muy baja y una puerta de madera en el centro.

ESCENA PRIMERA

Don ROMUALDO y FAUSTINA salen de la casa de la izquierda.

ROMUALDO

¿Voy bien?

FAUSTINA

¡Digo! Si pareces mismamente un personaje. Toma el pañuelo... mira qué bien huele, ¿eh?...

ROMUALDO

(*Mirándose las manos.*) ¡Qué lástima no tener unos

guantes!... Las pobres no pueden ocultar que á ellas debo todo lo que soy. ¿Y el chico... no se ha levantado todavía?

FAUSTINA

No. ¡Pobrecico! Tiene sueño atrasado. ¿Tú sabes lo que él habrá cavilado para los desámenes? ¡Mira tú que para *aprender* todo lo que dicen aquellos libros!... De veras que estoy temblando no nos vayan á costar el hijo los malditos estudios.

ROMUALDO

No tengas cuidado; así será un hombre, un caballero. ¡Quién sabe!... Puede que le veamos diputado, como el sobrino de la señora, el que voy á recibir ahora mismo.

FAUSTINA

¿Pero tú crees que saldrá diputado?... Si aquí nadie le conoce y siempre han sacado á don Higinio.

ROMUALDO

¡Toma! porque no había otro; pero en cuanto se presente aquí don Román, figúrate, el sobrino de doña Salomé, que es la reina de media provincia; protegido por los que mandan, que no sé porqué se han puesto de malas con don Higinio y quieren quitarle el distrito á toda costa.

FAUSTINA

Pero don Higinio tiene muchas simpatías y cuenta con los Ibáñez y con el Garduña.

ROMUALDO

Pero en cambio ha tenido una cuestión con el Gatejo; ¡figúrate!... Y no hay otro como él para estas cosas y hacer diabluras.

FAUSTINA

Allá veremos... Tú no te metas en nada.

ROMUALDO

Por de contado. Ayer mismo indiqué á la señora si, por ser Don Román su sobrino, deseaba que yo hiciera algo por sacarle adelante. Figúrate si yo cogiera mi caballejo y me fuera por ahí, provisto de recibitos, amenazando con embargos... ¿eh?... Con decirles que la señora quería esto ó lo otro, bastaba. Pero no; terminantemente me ha dicho que no quiere mezclarse en nada ni por su sobrino ni por nadie, y que mi misión quedaba reducida á salir á esperarle hoy con el cochecillo y dispensarle toda clase de atenciones y obsequios.

FAUSTINA

Muy bien pensado. Mira tú lo que le importará á la señora un sobrino que puede que no conozca ni de vista.

ROMUALDO

Claro que no; como que estaba reñida con toda la familia desde que quedó viuda; solo que ahora, como la necesitan...

FAUSTINA

Claro está; como esa relamida de doña Amalia, que se nos viene aquí con el ético de su hijo á tomar los aires, según dice; á comer y á vivir á costa de su cuñada y á meterse en todo y no dejar tranquilo á nadie...

ROMUALDO

Cierto; ¡qué señora más impertinente!...

FAUSTINA

¡Ea! no vayas á llegar tarde.

ROMUALDO

No hay prisa; hasta las once no llega la diligencia. Tengo que hablar antes con la señora.

FAUSTINA

Pues yo voy á despertar á Luciano, que ya le tengo preparado el almuerzo.

ROMUALDO

¡Buen olorcillo... magritas! A mí no me has dado eso.

FAUSTINA

¡Qué quieres! No quedaban más que para el chico.

ROMUALDO

¿Le ha visto ya Cristeta?

FAUSTINA

Todavía no.

ROMUALDO

Dile que esté muy fino con ella.

FAUSTINA

No le des vueltas, Romualdo, no le des vueltas, que Cristeta no está para nuestro hijo.

ROMUALDO

Déjame á mí, que yo tengo mi plan. Cristeta no sabe lo que es mundo; no ha salido nunca del pueblo y se casará con el primero que le diga algo. Y me parece que Luciano, en cuanto sea bachiller, y tan guapo, y tan buen mozo, ¿eh?...

FAUSTINA

Pero aunque ella quiera, ¿tú crees que doña Salomé iba á consentir?... Al fin y al cabo, Cristeta pasa por sobrina suya.

ROMUALDO

No sé yo dónde pasará... Doña Salomé lo que desea es perder de vista á la chica, y se comprende; de más hizo con recogerla... ¡una hija de su marido!

FAUSTINA

Verdad es que una santa no hubiera hecho más.

ROMUALDO

Y lo que hará todavía... porque, aunque ves que no la quiere, ¿eh?... todo, todo piensa dejárselo cuando ella falte.

FAUSTINA

¿Todo?

ROMUALDO

¿No ves que ella se aconseja de mí? ¡Como sabe que soy honrado y leal!...

FAUSTINA

¡Vaya, treinta años á su servicio! A otro hubiera yo querido ver en tu puesto. Administrador de una señora sola, tan rica, que ni ella sabe lo que tiene.

ROMUALDO

Pues bien; todo eso será de Cristeta.

FAUSTINA

No sé qué te diga. Doña Salomé nunca la ha querido, para que, teniendo parientes cercanos, vaya á dejarla toda su fortuna.

ROMUALDO

Tú no conoces bien á la señora. Si tú supieras lo que ella quería á su marido, que no le dió una hora buena...

FAUSTINA

¡Ya, ya; pobre señora!

ROMUALDO

Era un delirio por él de que no tienes idea. Yo iba entonces á Madrid muchas veces y lo veía. ¡Qué escenas de celos! ¡Qué escándalos! Se murió. Otra doña Juana la loca. ¡Qué extremos! ¡Qué llantos!... Desde entonces vive aquí retirada, después de recoger á Cristeta, fruto descarriado de su señor marido... Poco quiere á la pobre niña; pero es preciso comprender lo que ella sufre cada vez que la mira delante. Se acuerda de su esposo, y hace todo lo posible por querer á la chica, pero no puede. Por eso me consta que es su intención pagar con su fortuna la deuda de cariño que ella cree tener con su esposo. A sus parientes nunca los ha querido, y por lo mismo que ahora le hacen la rueda... Ella no es tonta y estima en lo que valen sus arrumacos. En suma: Cristeta será la heredera, y si Luciano no es tonto...

FAUSTINA

Sí, hazte ilusiones. Si doña Salomé la deja por heredera, procurará casarla á su gusto, no con un paleto como Luciano.

ROMUALDO

¡Paleto!... Para eso le he mandado al Instituto este año. Y además, es buen mozo y se ha criado con Cristeta, y se quieren; y la niña, tampoco puede aspirar á mucho; al fin y al cabo, una hija de contrabando... con

todo su dinero... Y sobre todo, que el chico no sea tonto... y lo demás corre de mi cuenta.

LUCIANO

(Fuera.) ¡Madre! ¡Madre!

FAUSTINA

Voy. ¡Ay, mi almuerzo!... ¿Porqué no entras á que te vea el chico?

ROMUALDO

Luego me verá... ¿Ves esto? Pues para la boda me haré una levita en Madrid, y tú un vestido de terciopelo.

FAUSTINA

Me parece que no. *(Sale.)*

ESCENA II

Don ROMUALDO y doña SALOMÉ

ROMUALDO

Señora...

SALOMÉ

Buenos días, Romualdo, ¿has mandado enganchar?...

ROMUALDO

Sí señora.

SALOMÉ

Buen día tenemos hoy... Voy á hacer que nos sirvan aquí el chocolate. ¡Fermina!...

ROMUALDO

Deje usted, yo avisaré. *(Entra una criada.)*

CRIADA

¿Qué manda usted?

SALOMÉ

El chocolate. *(Sale la criada y vuelve poco después con el chocolate.)* ¿Gustas?

ROMUALDO

Buen provechito.

SALOMÉ

¡Qué elegante te has puesto!

ROMUALDO

¡Phss!... La cosa no es para menos; hacer de embajador, como quien dice.

SALOMÉ

Ya veremos por dónde sale mi señor sobrino... ¡Como se parezca á mi hermano!... ¡Cabeza más destornillada!... Te digo que maldita la gracia que me hacen estos belenes. Estábamos aquí tan ricamente, *solitos*... En fin, ¡todo sea por Dios! Está visto que yo no puedo estar nunca tranquila. ¿Y tu mujer? Hoy tendrá que ayudar en la cocina, porque esas muchachas se atolondran y no hacen cosa de provecho.

ROMUALDO

Como usted mande. Estará dando de almorzar al chico; voy á avisarla.

SALOMÉ

No, déjala; tiempo hay... ¿Y qué tal el señor bachiller? Parece que no le ha probado muy bien el estudio. Está más delgado.

ROMUALDO

No le hace; de todos modos está guapo, aunque me esté mal el decirlo.

SALOMÉ

Eso sí. Pero yo creo que haces mal en sacarle de su esfera.

ROMUALDO

¿Y qué quiere usted? Aquí no podía aspirar á nada. A él no le tira el trabajo como á mí. Siempre le ha gustado más estarse á la bartola que andar por esos campos, y para eso mejor es estudiar. ¿Que no tiene uno ganas de hacer nada? Pues coge uno un libro, y, aunque sea acostado, lee que te lee, algo se queda. No como aquí, trabaja que trabaja. Y luego, ¿para qué? Ya lo vè usted: para no salir nunca de pobre y de palurdo, y para que vengan de Madrid esos señores de estudios á aturdirnos con cuatro voces y á sacarnos los votos para darse ellos la gran vida á costa de nuestro sudor.

SALOMÉ

¡Vaya, vaya, Romualdo! ¿Si querrás tú echar tu cuarto á espadas en la política al cabo de tus años?

ROMUALDO

¡No señora! A mí, en todo eso, ni me va ni me viene nada; allá ellos. Yo doy mi voto al que me parece mejor; sobre todo, más campechano, ¿eh? Que no se nos venga con humos ni altanerías. Pero, francamente... para mi hijo deseo algo más. Y no son fantasías, señora; es que Luciano, para ser feliz, tiene que aplicarse... porque ha puesto los ojos muy arriba; y francamente, aunque no le miren mal y parezca que no hay distancias, no siempre se miran las cosas de la misma manera. Los chicos no piensan, pero después entra la reflexión...

SALOMÉ

Explícate. ¿Luciano tiene novia? ¿Alguna señorita, por lo que oigo?

ROMUALDO

Mire usted, señora. Usted debe saberlo, y es mi deber decírselo á usted todo. El chico está loco por Cristeta.

SALOMÉ

¡Cristeta!

ROMUALDO

Ya ve usted: ella es una señorita... Y es lo que yo le digo: «Que no puede ser, Luciano, que no puede ser. Que si ella te hace caso ahora, es porque es una niña que no ha visto el mundo y no sabe de comparaciones todavía. Os habéis criado juntos, habéis tenido los mismos cariños, los mismos juegos, y os creéis iguales; pero ya verás cuando se haga cargo de la diferencia que hay entre los dos: ella, una señorita rica; tú, un paletón rudo, pobre, ignorante...» Ya ve usted si tengo razón. Pero vaya usted con consejos á esos muchachos cuando les entra de firme.

SALOMÉ

¡Vaya, vaya! ¿Conque todo eso pasaba cerca de mí y yo sin enterarme?... No es extraño. Cristeta no habla apenas conmigo... parece que me tiene miedo... parece que mi cara solo inspira respeto... Y me juzgan mal todos. Creen que tengo mal carácter, que no tengo corazón.

ROMUALDO

No señora.

SALOMÉ

Sí, sí; porque estoy siempre triste, toman por mal

humor mi tristeza... Hablando de otra cosa. Luciano es un buen chico, y si Cristeta le quiere, no creas que seré yo quien se oponga á su felicidad. La distancia que los separa no es tanta como supones: ella no es muy rica; ya sabes que su padre murió arruinado, y con lo poco que dejó no tuvo bastante para pagar sus deudas; y si el legado que dejó á su hija pudo cumplirse, fué... me cuesta decirlo, gracias á mí.

ROMUALDO

No me apura á mí eso: hasta ahora todo va bien. Pero la gente ha dado en decir que usted se lo deja todo á Cristeta... y en ese caso, ya ve usted que consentir nosotros en una boda tan desigual que pudiera hacernos parecer interesados, eso no. Por eso he creído mi deber dar á usted cuenta de lo que hay, para que usted disponga lo más conveniente. Si no puede ser, aunque sea mandaremos al chico muy lejos... Le costará una enfermedad, ¡quién sabe!; pero antes que todo es lo que debemos á usted y á esta casa.

SALOMÉ

Lo pensaré y veremos.

ROMUALDO

(*Aparte.*) (¡Hum... no suelta prenda!).

ESCENA III

Dichos y AMALIA al mirador.

AMALIA

Muy buenos días.

SALOMÉ

¡Hola, hola, buenas horitas de levantarse!

AMALIA

No, hija; estoy de pie desde las ocho; pero hoy había que hacerse un poco de *toilette*... ¡Como esperamos nada menos que á un futuro ministro!...

SALOMÉ

Me parece que sí. ¿Quieres tomar aquí el chocolate?

AMALIA

No, gracias; ya he tomado una taza de caldo. Yo no puedo tomar todos los días una misma cosa, me canso en seguida. Allá voy.

ROMUALDO

Sí... ella, por catar caldos...

SALOMÉ

No murmure usted... *(Entra Amalia.)* Hija, ¡qué elegante y qué guapa!

AMALIA

¿Qué te parece el peinado?

SALOMÉ

Admirable.

AMALIA

No sé cómo me ha salido bien; porque con tanta pena como tiene una, se pierde el gusto para todo. ¡Ay, Dios mío de mi alma!... Pero ¿qué se ha de hacer?... ¿Se me conocen mucho los polvos?

ROMUALDO

Vaya, señoras, me voy despacito hacia el parador, no se me haga tarde.

SALOMÉ

Sí, vé.

ROMUALDO

Hasta ahora. *(Sale muy despacio.)*

ESCENA IV

AMALIA y SALOMÉ

AMALIA

Buen cuquito está este Romualdo. Bien se conoce que ha sido hortelano de monjas.

SALOMÉ

¡Pobre hombre!

AMALIA

¡Sí, pobrecito!... Bien hace su agosto á costa tuya.

SALOMÉ

No seas mal pensada, mujer.

AMALIA

¡Bah! Si tú lo piensas lo mismo que yo, ¿á qué vienes con hipocresías?

SALOMÉ

¿Hipocresías?

AMALIA

Sí, mujer, perdona; pero yo soy muy clara. Tú mis-

ma me decías ayer que el tal Romualdo te presentaba unas cuentas que ni las famosas del Gran Capitán, y ahora te asustas porque te digo que es un cuquito: en todo eres así. Y tú no sabes lo cómica que resulta esa lucha que sostienes continuamente entre tu natural, violento como pocos, y tus ideas exageradamente religiosas.

SALOMÉ

¿Tú también me juzgas así?

AMALIA

¡Vaya! ¡Si sabré yo el genio que tú tienes!... Figúrate que mi pobre hermano, en cuanto teníais algún disgusto, le faltaba tiempo para venir á contármelo. ¿Qué tiene de particular? Yo también tengo muy mal genio: una fiera, hija. Y eso que ahora, desde que perdí á mi marido, he tenido que sufrir tantas humillaciones... ¡Cuando una no tiene!... Pero, aun así, con motivo del expediente de mi viudedad, ¡he armado cada escándalo en esas oficinas de mis pecados!... Un día, si no me le quitan de delante, ahogo á un oficial primero de la secretaría particular del ministerio de Hacienda.

SALOMÉ

¡Jesús!

AMALIA

Tú no sabes lo que he pasado. Gracias á tí, que has sido una verdadera hermana para mí, una madre para mi hijo.

SALOMÉ

¿Quién se acuerda de eso?

AMALIA

¿Y mi José Luís, dónde anda?

SALOMÉ

Con Cristeta y Magín por el campo.

AMALIA

Eso es. Ya le tengo dicho que no tome sol. ¡Tan delicado como está!... Ese hijo me va á quitar la vida. Tú no sabes lo malo que se me puso en Madrid. Si no me lo traigo aquí, se me muere.

SALOMÉ

Pues no lo parece. Yo creo que eres muy aprensiva y te asustaste sin motivo. El chico está bueno, de buen color, corre, juega.

AMALIA

¡Ay, no digas eso! Si no come nada... Está muy delicado, créeme. Si hubiera seguido estudiando, enferma del pecho. No puede hacer nada el pobrecito; ya ves qué apuro. Total: que vivimos atenidos á mi viudedad: una miseria. Esto es horrible. Así estoy yo, siempre triste, cuando antes no había genio más alegre... ¡Tu no sabes lo triste que es necesitar de nadie en el mundo! Ahora mismo puede que te estemos incomodando; pero ya ves, hija, la salud de mi José Luís es lo primero.

SALOMÉ

¡Incomodar! De ninguna manera.

AMALIA

Yo no tengo genio para necesitar de nadie. Yo, que soy tan clara, tener que aguantar en silencio mil impertinencias de todo el mundo... No lo digo por ti, ni lo pienses. Tú eres mi hermana, otra madre para mi hijo, un ángel... *(La besa.)* Ya sabes que siempre te he queri-

do mucho y que en todas las cuestiones de tu matrimonio siempre te he dado á ti la razón. Tú no sabes lo que yo predicaba á mi hermano. «Infame... ya podías sentar la cabeza, que tienes una mujer que no te la mereces, una santa, un corazón de oro, y la estás matando á pesares...» ¡Pobre hermano mío!... ¿Tienes un alfiler? *(Se lo da y se sujeta un lazo del vestido.)* No te aflijas... Pero ¿dónde estará ese José Luís?... Y la culpa la tiene Cristeta, ese macho, esa salvaje.

SALOMÉ

¡Pobre niña!

AMALIA

¿Lo ves? Otra prueba de tu carácter. Si por más que haces no podrás nunca querer á esa chica; ¿porqué la tienes á tu lado, sufriendo continuamente?

SALOMÉ

¿Y qué podía yo hacer? Mi esposo, al morir, me dijo, con dolorido acento que no olvidaré nunca: «Salomé, esposa mía, en este instante solo dos cosas me atormentan y me remuerden la conciencia: lo que te he hecho sufrir y el pensar qué va á ser de una pobre hija mía abandonada.—Yo te juro que seré su madre, le respondí. ¿Dónde está?—Magín podrá darte noticias... ¡Qué buena eres!...» Y expiró, estrechándome las manos.

AMALIA

Sí, muy santo y muy bueno que recogieras á esa niña. Figúrate lo que hubiera sido de ella en manos de una tía suya... ¡Qué horror! Pero al fin y al cabo es un recuerdo vivo de las infidelidades de tu señor esposo, y tenerla á tu lado es un tormento constante para ti. De-

biste llevarla á un buen colegio... á un convento mejor, á ver si la tiraba el claustro, que sería lo más acertado para ella. Allí siquiera se hubiera educado; no que metida aquí desde pequeña, se ha hecho una salvaje, holgazana, que no sabe más que correr por andurriales, jugar con los chicos del pueblo y estar siempre pegada á esa buena pieza de Magín, oyéndole historias y romances disparatados.

SALOMÉ

Es muy niña. Ya pensaremos en educarla.

AMALIA

Lo que es mientras viváis aquí... ¿Piensas estarte toda la vida en el pueblo?

SALOMÉ

¿Volver á Madrid?... ¡Oh, no; le detesto! ¡He sufrido tanto en él!...

AMALIA

Entonces lo mejor que puedes hacer es separarte de ella y meterla en un buen colegio. De otro modo con esa vida y esa libertad, el mejor día te da un disgusto. Es una loca... y la sangre tira siempre.

ESCENA V

Dichas y JOSÉ LUÍS con la cara untada de moras y arañada. Al ver á su madre se limpia con el pañuelo.

AMALIA

Venga usted acá; saluda á la tía. Pero ¿qué es esto? ¡Jesús!... ¿Ves esto? ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¿Cómo te has puesto así? ¡Si me vas á quitar la vida!

SALOMÉ

Mujer, no es para tanto. Habrán cogido moras...

AMALIA

¿Y estos arañazos, quién te los ha hecho?

JOSÉ LUÍS

Cristeta, jugando.

AMALIA

Si no fueras con ella... ¿Qué te tengo dicho?

JOSÉ LUÍS

Estábamos jugando á las batallas.

AMALIA

¡Qué bonitos juegos!

JOSÉ LUÍS

Ella era Isabel la Católica; yo era un moro... Magín tocaba la trompeta.

AMALIA

¡El viejo chiflado!... No tiene él la culpa, sino quien le aguanta...

SALOMÉ

Es un criado antiguo de casa de mi esposo. Sobre todo, con meter á José Luís en un fanal...

AMALIA

(Aparte.) ¡Si me dejara llevar de mi genio!...

SALOMÉ

¡Vaya, vaya! voy á dar una vuelta por la casa á ver

si está todo arreglado, porque si no voy á decir algún disparate... ¡Dios me perdone! *(Sale.)*

ESCENA VI

AMALIA y JOSÉ LUÍS

AMALIA

¡La muy!... ¡Ay... si yo fuera rica!...

JOSÉ LUÍS

Vámonos á Madrid. Yo no quiero estar con la tía.

AMALIA

¡Usted se estará donde le manden, y como vuelvas á jugar con Cristeta... con esa marimacho... hija de nadie!...

JOSÉ LUÍS

¿Pues no es prima mía?

AMALIA

Cállese usted. ¿Has tomado ya el chocolate?

JOSÉ LUÍS

No; no tengo ganas.

ESCENA VII

Dichos, CRISTETA y MAGÍN

CRISTETA

¡Granada por el cristiano! ¡Granada por Isabel!... *(A Magín.)* ¡Mira, mira el infiel marroquí dónde se ha metido!... Buenos días, tía, ¿ha descansado usted?

AMALIA

Sí, ven á reirte de la gracia... Vamos, hijo, tienes que tomar algo; así no puedes estar.

JOSÉ LUÍS

No tengo gana.

CRISTETA

¡Claro; como que se ha comido así de albaricoques y de cerezas!

AMALIA

¿A ver la lengua? Ahora mismo á purgarte. Venga usted conmigo.

JOSÉ LUÍS

Déjame.

AMALIA

(A Cristeta, mostrándole la cara de José Luís.) ¿Te parece bien? Holgazana... ¿No te da vergüenza, con diez y ocho años?... ¡Más te valía estar cosiendo... zángana! *(A Magín.)* Por supuesto, usted tiene la culpa... *(Magín pasa al otro lado.)* ¿Qué hace usted?

MAGÍN

Nada. Que en tantas campañas como he tomado parte, no he podido perder menos que este oído, y me alegro; porque así, en cuanto empiezan á decirme algo que no me gusta, le aplico, y como si no me dijeran nada. Puede usted decir lo que guste, señora.

AMALIA

Si estuviera usted en mi casa, ya vería usted... ¡carcamal, armatoste!...

MAGÍN

No oigo nada absolutamente.

AMALIA

¡Déjeme usted en paz! Ven, ¡porque si no me contengo!... *(Sale muy enfadada con José Luís.)*

ESCENA VIII

CRISTETA y MAGÍN

MAGÍN

¡Vierta usted su sangre por la patria, para que le traten á uno de esta manera!

CRISTETA

No hagas caso. También á mí me ha llamado holgazana. ¿Y yo qué culpa tengo? No han tenido paciencia para enseñarme á nada... Además, á mí no me gusta coser. Estése usted clavada en una silla, con los ojos fijos... Prefiero correr por el campo; ¿no tengo razón? Y no es que sea holgazana. Lo que yo quisiera es servir para algo, pero algo muy grande. Mira, anoche soñé que era Isabel la Católica. Estaba yo más guapa, con un vestido verde cuajadito de brillantes y perlas; y una corona más hermosa... Verás. Tú eras Cristóbal Colón, y venías llorando á pedirme un barco. Yo te decía que los moros no me dejaban tiempo de pensar en barcos, y me iba á caballo á la guerra, con muchos soldados que decían, ¡qué cosa más rara!, decían: «¡Viva Cristeta!» ¡Qué cosas se sueñan! Después entraba en Granada... Había un moro más feo, si vieras... Me parece que

le estoy viendo. Y entonces era yo quien volvía á buscarte, y, quitándome la corona, te la daba para comprar barcos, y después me quitaba el vestido y me quedaba como estoy ahora. Tú te arrodillabas llorando, y entonces yo me marchaba también contigo en un barco... y nada más. Entonces me desperté. Otras veces sueño que soy la heroína de Zaragoza... ó Juana de Arco; y siempre estás tú á mi lado... pero más joven, con tu barretina de voluntario en la guerra de Africa, como en el retrato... Anda, cuéntame otra vez la toma de Tetuán.

MAGÍN

No, nena mía. Me entristecen esos recuerdos; otras veces me alegran, pero hoy no; estoy muy triste. Es de esos días en que me encuentro más viejo y más inútil, y comprendo que solo sirvo de estorbo y solo á la caridad debo un rincón donde acabar mi vida.

CRISTETA

¡Como yo! Nadie me quiere. Somos los dos estorbos en esta casa. Por eso Dios nos ha juntado, para que no seamos del todo inútiles. Tú me quieres á mí, yo á ti: ya servimos para algo.

MAGÍN

¿No quieres que te bese? *(La besa.)*

CRISTETA

Sí... Me has pinchado con las barbas.

MAGÍN

¡Embusterilla! ¿Es que no quieres que te bese?

CRISTETA

Ni tú ni nadie; no me gusta. Tienes razón. Cuando yo era pequeña, mi tía siempre me estaba regañando, y algunas veces me pegaba por eso; tenía muy mal genio mi tía. Luego, tú fuiste por mí, me trajiste con mi tía Salomé; mi otra tía no quería dejarme.

MAGÍN

¿Y cómo te acuerdas, si hace tanto tiempo? No tendrías entonces cuatro años.

CRISTETA

Yo me acuerdo de todo. De quien no me puedo acordar, por más que hago, es de mi madre; imposible. Era yo tan pequeña... ¿Sabes lo que recuerdo? La caja, cuando la llevaron á enterrar. Yo la miraba, sin comprender lo que era aquéllo. Entonces una vecina, me acuerdo como si lo estuviera viendo, me pasó la mano por la cabeza y me dijo: «¡Pobrecita, qué sola te quedas!» Entonces, sin saber porqué, me eché á llorar, y desde aquel momento empecé á darme cuenta de todo. Cuanto me ha sucedido después, lo recuerdo todo: la casa de mi tía en Valencia; el mar... cuando tú fuiste con tu uniforme. Todo, todo... Es decir, que empecé á vivir cuando debía haberme muerto, el día en que perdí á mi madre.

MAGÍN

¡Qué guapa era!

CRISTETA

¿Se parecía á mí?

MAGÍN

¿Porqué lo preguntas? ¿Por saber cómo era ella ó por saber si tú eres guapa? ¡Presumida!...

CRISTETA

¿Yo?... A buena hora me lo recuerdas, que tengo que arreglarme un poco.

MAGÍN

¿No lo dije? ¡Si pasas el día mirándote al espejo!...

CRISTETA

Cabalmente me cuido yo del palmito. Mira cómo estoy: despeinada, untada de moras; voy á arreglarme. ¿No sabes que hoy viene un primo mío, que nadie conoce?

MAGÍN

Es verdad, no me acordaba ya: el diputado.

CRISTETA

Se llama Román; es hijo de un hermano de tía Salomé; de modo... Yo no sé... A mí me han dicho que es primo mío. Yo me embarullo cuando empiezo á revolver parentescos: todos son tíos y primos míos. Dicen que tiene mucho talento. Ya ves, cuando viene á ser diputado... ¿Tú sabes lo que es ser diputado, Magín, tú, que lo sabes todo?

MAGÍN

¡Setenta años corriendo por esos mundos!... ¡Lo que yo no haya visto!... ¡Diputado!... Pues mira: diputados son unos señores que se reunen todos los días en un salón, el Congreso, un palacio que hay en Madrid. Pues... hablan de todo: de las cosas que pasan... Cada pueblo tiene uno, ¿eh?, que lo eligen entre todos, para que los defienda y hable por ellos.

CRISTETA

¿Sí?... ¡Qué buenos deben ser esos señores! ¿Y á quién le cuentan todo eso?

MAGÍN

A los que mandan. Que hacen algo que no está bien, pues se levanta un diputado y le dice: «Usted ha hecho mal, por esto y por esto... y no puede quedar así.» Y el otro le contesta.

CRISTETA

De modo que mi primo Román hablará allí del pueblo; dirá que aquí hay muchos pobres, que se pierden las cosechas y hay quien se muere de hambre y de frío en el invierno. ¡Qué bueno debe ser mi primo! ¿No le tienen que elegir entre todos? Vótale tú también.

MAGÍN

Eso es cosa de los Ibáñez... del Garduña...

CRISTETA

¡Ese borrachón, que da cada paliza á su mujer!... ¿Cómo le van á defender á ese? No lo entiendo... ¡Ea, voy á arreglarme!

ESCENA IX

Dichos y LUCIANO saliendo de su casa, y después FAUSTINA

LUCIANO

¡Cristeta!...

CRISTETA

¡Luciano!...

MAGÍN

¿Aún no le habías visto... hecho un letradillo?

LUCIANO

¡Cuidado si estás guapa... pero más delgada!... Chica: eso no está bien; mírame á mí, á pesar de los estudios. ¡Ay, qué estudios, chica! Vas á ver los libros... *(Por la ventana.)* ¡Madre! ¡Madre!... ¡Deme usted acá los libros para que los vea Cristeta. *(A Cristeta.)* ¡Te vas á asustar!

FAUSTINA

(Asomándose á la ventana.) Toma. ¡Hola, Cristeta! ¿Te está diciendo disparates? No le hagas caso. ¿Pues no acaba de decirme que el mundo está siempre dando vueltas y vueltas? ¡Mira tú!...

LUCIANO

¡Que es verdad, madre!

FAUSTINA

¡Anda de ahí! Aunque me lo predicaran frailes descalzos...

LUCIANO

¿Usted qué sabe, madre?

FAUSTINA

Sí, que hace falta saber mucho para saber que el mundo está quieto.

LUCIANO

¡Que no sea usted animal, madre!

FAUSTINA

¡Que me dejes en paz, que no estoy para oir desatinos! *(Cierra muy enfadada.)*

LUCIANO

¡Ja, ja!... ¿Tú crees que el mundo da vueltas?

MAGÍN

¡Ya lo creo que da! ¡A mí me han echado flores y coronas las muchachas!

CRISTETA

¡Yo qué sé! Tú, que has estudiado, lo sabrás mejor. ¿A ver, á ver los libros? Geografía... ¡Chico, qué nombres!

LUCIANO

¿Eh, qué tal?... Meterse todo eso en la cabeza. Pues ¿y el latín?

MAGÍN

¿De modo que ya entenderás de la misa la media, por lo menos?

CRISTETA

¿Y qué tal, qué tal te ha ido por allá?

LUCIANO

¡Superiormente! Acordándome mucho de ti... siempre que veía alguna chica guapa. Y ¡canastos!, si las había guapas y elegantes... Si tú fueras vestida como ellas... Vamos, todavía no me has dado un abrazo.

CRISTETA

No te lo doy, ¡ea! ¡Déjame!

LUCIANO

¡Pero chica!... (*Se oye ruido de cascabeles.*)

MAGÍN

¡Ya llega!

CRISTETA

Y yo sin arreglar. ¿Lo ves? Por ti. *(Sale corriendo.)*

LUCIANO

¡Ea! Me escurro. Aquí no pinto nada. ¿Vamos á echar un tute, Magín?

MAGÍN

Por mí... ¡vamos!

LUCIANO

Saldremos por el corral. *(Al pasar por la ventana.)* ¡Madre! ¡Madre!...

FAUSTINA

¿Qué?

LUCIANO

¡Que me ponga usted á la lumbre el cabrito *pa* cuando vuelva. *(Salen.)*

ESCENA X

AMALIA, al mirador; después ROMÁN, ROMUALDO, SALOMÉ, JOSÉ LUÍS y CRISTETA

AMALIA

¡Ya viene! Vamos abajo. *(Sale de la casa. Entran Román y don Romualdo.)*

ROMUALDO

Pase usted. Voy á avisar.

ROMÁN

¡Tía!... *(Abrazándola.)*

AMALIA

No, su tía de usted no soy yo.

ROMÁN

Usted perdone.

SALOMÉ

No importa; todos somos de la familia. Mi cuñada Amalia...

AMALIA

Mi hijo...

ROMÁN

(A Salomé, por Cristeta.) ¿Hija de usted?

SALOMÉ

No; yo no tengo hijos: sobrina.

ROMÁN

Por muchos años.

AMALIA

(Aparte.) ¡Pues señor, está bien enterado de la familia!...

ROMÁN

(Aparte.) El recibimiento no peca de afectuoso.

SALOMÉ

Entremos. Necesitarás descansar.

ROMÁN

No, lavarme nada más. En seguida debo ponerme en movimiento. *(A Romualdo.)* ¡Ah! No se olvide usted de avisar al Gatejo.

ROMUALDO

Ya he enviado á un mozo.

SALOMÉ

Vamos. ¡Ah! ¿Tu padre está bien?

ROMÁN

Perfectamente. ¿Ustedes están bien todos?

SALOMÉ

Muy bien.

AMALIA

(*Aparte.*) Un poco tarde... Y es buen mozo. (*Salen todos, menos Cristeta y José Luís.*)

ESCENA XI

CRISTETA y JOSÉ LUÍS

JOSÉ LUÍS

¡Están haciendo unas natillas!...

CRISTETA

¡Déjame! Tu madre no quiere que te juntes conmigo.

JOSÉ LUÍS

Pues yo sí quiero. ¿Vienes á la cocina á rebañar la fuente, tú que tienes más confianza?

CRISTETA

Sí; vamos, vamos.

ESCENA XII

Dichos y el GATEJO

GATEJO

¡Eh, chicos! Avisad al señor don Román que está aquí don Isidro Lapuente y Casanueva, que tiene que hablarle.

JOSÉ LUÍS

¿Don Isidro qué?...

CRISTETA

(A José Luís.) No hagas caso... Si es el Gatejo, que viene para eso de las elecciones. *(Salen. El Gatejo se sienta.)*

ROMÁN

Estoy acabándome de arreglar; en seguida bajo. Usted dispense...

GATEJO

No; pásese usted por casa, y hablaremos.

ROMÁN

¡Espere usted, hombre! Lea usted mientras esta carta que me han dado para usted. *(Tira una carta.)*

GATEJO

(Abriéndola.) ¡Ah! De don Francisco. *(Lee.)* Está bien; se hará lo que se pueda. Pásese usted luego por

casa, ¿eh? Romualdo sabe. No vaya usted antes de las cinco, porque duermo la siesta. Usted se conserve bueno, amigo. *(Sale.)*

ROMÁN

¡El calvario del diputado! ¡Adelante, Román, adelante! *(Entra y cierra.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se oye voces y palmadas; después salen de la casa de la derecha varios paletos y detrás ROMÁN y luego ROMUALDO.

PALETO 1.°

¡A votar!...

PALETO 2.°

¡Vamos, vamos!

TODOS

¡Viva!...

ROMÁN

Gracias, muchas gracias... *(Los acompaña hasta la puerta y después se sienta dando señales de cansancio.)* ¡Uf!...

ROMUALDO

(Saliendo de su casa lo mismo que en el primer acto.) ¿Cómo va ese valor?

ROMÁN

Calle usted, calle usted... Ahora mismo acabo de des-

pedir á los principales electores. Me han hecho pronunciar un discurso, estoy ronco. ¡Uf, qué calor!

FOMUALDO

¡Tenemos hoy un día!... Milagro será que no se arme tormenta. ¿No viene usted hacia el colegio? Parece que los de don Higinio se mueven con todas sus fuerzas.

ROMÁN

No las tengo todas conmigo.

ROMUALDO

No tenga usted cuidado, teniendo al Gatejo de su parte.

ROMÁN

Y ¿quién se fía de él si cada día piensa una cosa? Todavía no ha parecido hoy por aquí.

ROMUALDO

Pues yo, con su permiso, voy á dar un vistazo, no sea que se nos escabulla alguno.

ROMÁN

Muchas gracias, don Romualdo; nunca le agradeceré á usted bastante el interés que me demuestra.

ROMUALDO

No hay que hablar... me ha sido usted simpático desde que le ví, y yo, cuando quiero, quiero de veras y sé cumplir como se merece cada cual. Usted me ha prometido emplear al chico en cualquier cosa, para que se ayude en sus estudios, y no soy ingrato, señor don Román, y en todo aquello que de mí dependa, tenga usted la seguridad...

ROMÁN

Muchas gracias. (*Viendo aparecer al Gatejo.*) ¡Ah, ya está aquí ese!

ROMUALDO

Hasta ahora. (*Sale Romualdo.*)

ESCENA II

ROMÁN, el GATEJO y después CRISTETA

ROMÁN

¿Qué hay, amigo?

GATEJO

Bien, gracias... (*Le alarga la mano, que Román, distraído, no estrecha hasta que, notando un movimiento de disgusto en el Gatejo, le pone la mano en el hombro y le abraza con efusión.*)

ROMÁN

¡Ah, amigo mío!

GATEJO

Malo anda aquello.

ROMÁN

¡Cómo!

GATEJO

Yo no sé cómo se las ha compuesto aquella gente, que sacan votos de debajo de las piedras.

ROMÁN

Sí, ¿eh? De modo que usted cree...

GATEJO

Déjeme usted á mí; yo me entiendo. Yo voy más tarde, pero más seguro.

ROMÁN

Es que yo tampoco quiero imposibles, ni que por mí... eso no, la ley ante todo.

GATEJO

Pues ya se ve... nadie dice otra cosa... Vamos claros: ¿usted quiere salir diputado ó no?

ROMÁN

¡Hombre, me parece que cuando estoy aquí!... Crea usted que por capricho no me hubiera molestado.

GATEJO

Bueno... pues... Con su permiso. *(Quitándose el sombrero.)* ¡Vaya un día de calor!

ROMÁN

¿Quiere usted refrescar? ¡Muchacha!...

GATEJO

No; por mí... *(Entra Cristeta.)*

CRISTETA

¿Qué quiere usted?

ROMÁN

Dí que traigan... ¿Qué quiere usted?

GATEJO

Cualquier cosa; aguardiente ó... lo que usted quiera, por mí...

ROMÁN

Que traigan ron... y para mí agua fresca.

CRISTETA

Agua de naranja es mejor. Yo misma lo traeré.

ROMÁN

No, hija, no te molestes; avisa á Fermina.

CRISTETA

¡Bah! *(Sale.)*

GATEJO

Bueno; pues como le iba diciendo, yo voy á echarme ahora á buscar gente. Lo que hay es que andan todos algo escamados, porque uno promete mucho, y luego, ya se sabe... Y por gusto nadie se mueve de su casa para meterse donde no le importa y jugarse, si á mano viene, la cabeza.

ROMÁN

¡Hombre!

GATEJO

Usted no sabe lo que es el Garduña; como él vea el negocio perdido... De manera que... ¿nos hemos entendido, si ó no?

ROMÁN

(Sacando billetes de la cartera.) Creo que sí.

GATEJO

¡Ajá! Con esto y una pipa de aguardiente que me ha mandado un cuñado de la parienta, que está en Chinchón, sale usted por encima del pueblo y por el sufragio universal, como quien dice. *(Entra Cristeta con vasos y botellas.)*

ROMÁN

(Aparte.) Sí; representante del triple anís.

GATEJO

(Después de beber.) ¡Buen licorcete! Sin sentir se bebe. *(Leyendo la etiqueta.)* Rhum, Rhum... Cosa de extranjis.

ROMÁN

(Aparte.) Esta gente va á hacer alguna barbaridad, como si lo viera. *(Alto.)* ¡Qué calor! ¡Ay!... no puedo más.

CRISTETA

¿Está bueno?

ROMÁN

Sí; muchas gracias, primita. ¿Quieres que te diga la verdad? Tú me haces el mismo efecto en esta casa que este agua fresca que ahora bebo. Eres la única nota alegre y simpática en ella. Entre el rostro severo y ceñudo siempre de doña Salomé, las gracias pasadas de doña Amalia, la ambición hipócrita de don Romualdo, la frialdad en los unos, el interés y la codicia en los otros, refresca el alma mirarte, como refresca este agua mi garganta, enronquecida de tanto perorar, mendigando un miserable voto á quien se venga de una vida, puramente animal, de esclavitud y de miseria, en un día que se cree persona al fin, porque representa un número.

CRISTETA

Estará usted cansado de tanto trajín. Todo el día a caballo de pueblo en pueblo, hablando y atendiendo á todos... Hoy debe usted descansar. ¿Porqué no duerme usted una buena siesta en su cuarto, que está tan fresco?

ROMÁN

¿Dormir? Sí, buen día se prepara. En cuanto sepa el resultado de la elección tengo que marcharme á Mora-

leda á arreglar un asunto con el Gobernador, y desde allí, mañana á más tardar, á Madrid.

CRISTETA

¡Tan pronto!... ¿De modo que sale usted esta tarde en la diligencia?

ROMÁN

Sí... pero no me llames de usted; ya te lo tengo dicho.

CRISTETA

No me atrevo.

ROMÁN

¡Bah! ¿No somos primos? ¿No te llamo yo de tú?

CRISTETA

No es lo mismo: yo soy una chiquilla.

ROMÁN

No tal. ¿Cuántos años tienes?

CRISTETA

Diez y ocho.

ROMÁN

¿Y quieres mucho á doña Salomé? La verdad: si yo tuviera que vivir siempre con ella, me moría... Bien decía mi padre.

CRISTETA

Es muy buena.

ROMÁN

Eso sí; muy cristiana, pero...

CRISTETA

Calle usted, que viene... ¿Quiere usted más? *(Recogiendo los vasos.)*

ROMÁN

No, gracias.

CRISTETA

Hasta luego. *(Sale, dejando pasar á doña Salomé y á Amalia.)*

ESCENA III

Doña SALOMÉ, AMALIA y ROMÁN

AMALIA

(Al entrar, á Cristeta.) Cristeta, mira con cuidado si José Luís está durmiendo, y avísame. A fuerza de ruegos he podido acostarle. ¡Pobre criatura! No duerme nada. Por más que digan, está muy delicado. ¿Qué tal, Román? ¿Sabe usted algo?

SALOMÉ

A propósito, sobrino: si no temiera ofenderte, desearía hacerte una indicación.

ROMÁN

Diga usted cuanto quiera con toda confianza.

SALOMÉ

He sabido que, al recorrer el distrito, te has presentado á mis colonos como sobrino y patrocinado mío.

ROMÁN

¿Y no es verdad?

SALOMÉ

Ya te indiqué que mi intención era descartarme todo lo que pudiera de esta lucha. ¡Sabe Dios lo que dirán

de mí al verme mezclada en estas cuestiones, bien contra mi voluntad.

ROMÁN

Usted perdone... Pero sepa usted que, si me he atrevido á tomar su nombre, ha sido con la confianza de que usted me dispensaría su protección.

SALOMÉ

¡Quién lo duda!

ROMÁN

Antes de mi venida, mi padre anunció á usted que, por acuerdo suyo y del ministro de la Gobernación, su íntimo amigo, pensaba presentarme diputado por este distrito, donde mi padre creyó que usted me prestaría apoyo, á pesar de antiguos disgustillos... Usted contestó afirmativa y hasta cariñosamente. Por eso no vacilé en venir. Después ha cambiado usted de opinión; acaso no le he sido simpático. De todos modos, el enfado de mi presencia durará tan poco que no le costará gran sacrificio soportarle.

AMALIA

¡Cómo! ¿Se marcha usted hoy decididamente?

ROMÁN

Esta tarde.

SALOMÉ

Veo con pena que no me comprendes tampoco. Yo te quiero, te estimo, deseo vivamente tu triunfo; al fin eres hijo de un hermano, á quien quiero, á pesar de todo. Soy la primera en pedir á Dios, en mis oraciones, que salgas vencedor, si te conviene; pero de eso, á prestar mi nombre y mi influencia para manejos más ó menos honrados, eso no. Yo no me meto en los asuntos de na-

die; que me dejen tranquila con los míos... Y no tomes, ¡por Dios!, á mal mis palabras: no me juzgues como los otros... Era cuanto tenía que decirte. *(Sale.)*

ESCENA IV

AMALIA y ROMÁN

AMALIA

No haga usted caso. Está... *(llevándose un dedo á la frente)* no cabe duda. Ella, con muy buenas maneras, le ha de decir á usted cuanto se le ocurre, hasta sacarle de quicio; pero ella no se altera nunca, y si estalla usted por fin y le dice cuatro verdades, todavía se lamentará de que no la comprenden y la juzgan sin corazón. Yo, crea usted que, si estoy aquí más tiempo, es por mi pobre hijo únicamente. A propósito. ¡Cristeta! ¡Cristeta!...

CRISTETA

(Sale al mirador.) José Luís está roncando. *(Entra.)*

AMALIA

¡Pobrecito! ¡No sé cómo se sostiene! ¡No come nada, no duerme!... ¡Ay, qué angustia es ser madre! ¡Usted no sabe lo que yo he pasado en vida y en muerte de mi marido, que en paz descanse! Figúrese usted, mi esposo, que era un cohete... ¡Ay! Pero yo sé muy bien cómo se maneja á los hombres; los conozco muy bien: son ustedes muy particulares.

ROMÁN

¿Sí, eh?... ¿Así en plural?

AMALIA

No sea usted malicioso. ¡Pobre hijo mío! ¡Qué falta le hacía un padre!

ROMÁN

De usted depende.

AMALIA

¡Ay! ¡No me hable usted! ¿Yo?... ¡Quién piensa en eso! No tengo edad...

ROMÁN

¿Edad?... De los años que puede usted tener... no han pasado por usted más que las primaveras.

AMALIA

¡Oh!...

ROMÁN

Y ha recogido usted todas sus flores.

AMALIA

¡Oh!... (*Pausa.*) ¿Se marcha usted hoy? ¡Ingrato!...

ROMÁN

Sin falta. Además, ¿cómo quiere usted que siga aquí, cuando no he visto más que desaires?

AMALIA

¿Quién hace caso de Salomé? A mí también me trata de cualquier manera; pero yo aquí me estoy. Haga usted lo mismo. Esto es muy sano; le convendrá á usted mucho una temporada de campo antes de entregarse de lleno á la fiebre de la política. Está usted desmejorado. ¡Cuídese usted, no sea usted niño!... Todos los hombres políticos se ponen muy feos en seguida; creo que no necesito citarle ejemplos.

ROMÁN

Con su permiso voy á escribir dos letras.

AMALIA

¡Ya! Á estas horas habrá en Madrid alguna persona impaciente...

ROMÁN

¡No lo crea usted! He llevado una vida tan agitada... que no he tenido tiempo para querer.

AMALIA

¡Bah! Ya sé yo quién se aprovechaba de algunas horas robadas al trabajo y al estudio...

ROMÁN

Aquello pasó. Fué un sueño de poeta. Una niña rubia y pálida... La conocí en Zaraúz, asomada á una ventana, cerca del mar, vestida de blanco, con el pelo suelto y á la luz de la luna... Y yo entonces, en viendo á una mujer vestida de blanco... Entonces escribía yo versos.

AMALIA

¿Y ahora?

ROMÁN

¡Oh, ahora!... Eso se queda para los veinte años. ¡Buena carrera hubiera hecho yo por ese camino! Figúrese usted que aquel amor me hizo perder un año en mis estudios... Créame usted: con los versos y una niña rubia, vestida de blanco, con el pelo suelto y á la luz de la luna, no se va á ninguna parte.

AMALIA

¿De modo que no ha vuelto usted á querer?

ROMÁN

No. ¡Y Dios me libre!...

AMALIA

¿Y no piensa usted casarse?

ROMÁN

¡Phss!... ¿Qué ha de hacer uno?

AMALIA

¿Sin cariño?

ROMÁN

Ni hace falta.

AMALIA

Se conoce que la niña rubia, con toda su dulzura, le dejó á usted un recuerdo muy amargo. Mucho teme usted al amor.

ROMÁN

Temo al amor porque, un verdadero amor, es una fiebre que nos absorbe por completo: inquietudes á toda hora, celos, temores; una vida consagrada al amor es una vida inútil. ¡Ser Antonio pudiendo ser César!... Sí, esa es la vida. Pero no consumiéndose entre ruines pasiones. Sufrir por algo grande que fecunde y asombre á la humanidad; no por Julieta, como Romeo; no por Cleopatra, como Antonio: por descubrir un mundo, como Colón; por redimir al hombre, como Jesús. Y, en cuanto al matrimonio *(levantándose)*, confianza mutua, independencia absoluta y buena educación, aseguran mejor la felicidad que el cariño más apasionado.

AMALIA

¡Ja, ja!... Algún día volverá la visión de los veinte años vestida de blanco.

ROMÁN

No hay mujer fea vestida de blanco y con el pelo suelto, créame usted. Voy á escribir; con su permiso...

AMALIA

¿Ha recibido usted hoy algún periódico?

ROMÁN

Sí, aquí están.

AMALIA

Gracias á usted sabemos lo que pasa en el mundo. Me llevo éste. *(Cogiendo uno.)* Vestido blanco no tengo. Me pondré un peinador y me soltaré el pelo. *(Salen.)*

ESCENA V

MAGÍN con un fusil y después CRISTETA

CRISTETA

(Asomada al mirador.) ¡Magín!... ¿De dónde vienes con este calor?

MAGÍN

(Mostrando la escopeta.) ¿No lo ves? De tirar cuatro tiros al aire. Mira, nena, si quisieras bajarme un poco de agua fresca...

CRISTETA

Voy corriendo. *(Entra á poco con un botijo y un vaso.)* Aquí está, heladita; ¡como que ha estado en el pozo! *(Magín bebe á chorro en el botijo.)*

CRISTETA

No bebas mucho, que estás sudando.

MAGÍN

Déjame, hija... No podía más.

CRISTETA

Pero, vamos á ver, ¿dónde está la caza?

MAGÍN

¡La caza!...

CRISTETA

¡Cómo! ¿Te has venido sin nada? ¡Me gusta!

MAGIN

¡Calla, hija!... Ya no tengo pulso ni vista; nada. ¡Un periódico! *(Fijándose en uno que lee Cristeta.)*

CRISTETA

Sí... ¡Qué cosas dice! Yo no había leído ninguno nunca, hasta ayer. Habla del Congreso; todo lo que dicen los diputados. Mira, por aquí debe andar.

MAGÍN

Ya lo sé. ¡Poquitos periódicos tengo yo leídos! ¡A lo mejor dicen unas picardías de los que mandan!... Otras veces todo les parece muy bien.

CRISTETA

Claro es, según. Mira, mira; un diputado pide una carretera, otro una cantidad del fondo de calamidades, para socorrer á un pueblo inundado... ¡Qué buenos deben ser esos señores! ¡Y qué cosas dicen tan bien dichas!... ¡Qué lástima no poder ver á Román en el Congreso! La tía no quiere volver á Madrid. ¡Qué bonito es Madrid!

MAGÍN

¿Te acuerdas?

CRISTETA

¡Vaya! ¡Y eso que no estuve allí más que dos días, y hace mucho tiempo!

MAGÍN

¡Digo, si hace! Al traerte yo de Valencia.

CRISTETA

¡Cuánto me alegraría ir á Madrid.

MAGÍN

Eso es, y dejar aquí solo á este pobre viejo.

CRISTETA

No; tú vendrías también.

MAGÍN

No; yo no sirvo para nada; no querrían llevar este estorbo; me dejarían aquí, en un rincón.

CRISTETA

No te apures; si aquí nos estaremos todos, sin saber nada del mundo, como antes. Pues yo voy á decir á mi primo que me mande los periódicos siempre que hable... Y sí lo hará; ¡es más bueno!... Hace un momento estuvo hablando conmigo como si tal cosa, ¡más amable!... Le traje un vaso de agua de naranja, porque ¡estaba más sofocado de tanto hablar! Ya tú ves, ¡si no para!... Y esta misma tarde, en cuanto acaben las elecciones, se marcha á Madrid.

MAGÍN

Buen viaje.

CRISTETA

¿No sientes que se vaya? Yo sí. Mientras él ha estado aquí hemos hecho otra vida; se hablaba en la mesa, se reía... Pues los pobres bien le echarán de menos, porque ¡ha hecho más limosnas!... Todos le quieren ya en el pueblo.

MAGÍN

Y tú más que todos.

CRISTETA

¿Yo?... Claro está que le quiero.

MAGÍN

¿Más que á mí?

CRISTETA

¡Envidioso!... Si á él no le volveré á ver más, y contigo estaré siempre, siempre... hasta que me muera.

MAGIN

¿Tú?... Quien se morirá seré yo.

CRISTETA

¡No digas eso! ¡Pues si tú te murieras!...

MAGÍN

Y si te murieras tú, ¿qué iba á ser de mí?

CRISTETA

Pues vamos á pedir á Dios morirnos al mismo tiempo.

MAGÍN

No, tú no; ¡tan niña!...

CRISTETA

¡Si creerás tú que me importaría morirme! Mira, cuando me entra la tristeza, y me entra á menudo, no pido otra cosa.

MAGÍN

¿Y porqué, nena mía? ¿Cuándo estas tú triste que yo nunca lo veo?... Es verdad; yo también lo estoy muchas veces y tú no lo ves tampoco.

CRISTETA

¿Porqué estoy triste? No lo sé. Cuando parece que estoy más contenta, siento aquí (*llevándose la mano al corazón*) de pronto una angustia y un calor que me sube á la garganta, y luego á los ojos... y si no llorara me ahogaría. Al acostarme, sobre todo antes de dormirme, ¡pienso unas cosas!... Hoy también estoy triste. Cuéntame algo que me entretenga; dime algún romance de guerra ó de amores.

MAGÍN

No, no; me recuerdan otros tiempos y me entristecen. ¿Guerras?... Si no puedo ya con la escopeta. ¿Amores?... Pensar que la zagala que dejé en el pueblo, cuando marché á servir al rey, estará como yo, y era como tú; con unos ojazos y un pelo... Verdad es que yo también era un real mozo, mejor que don Román, ¡ya lo creo!...

ESCENA VI

Dichos y ROMUALDO muy sofocado.
Después FAUSTINA y después ROMÁN

ROMUALDO

¿Está en casa don Román? (*A Magín.*) Avísale; yo voy á dar un recado. (*Se dirige hacia su casa.*) ¡Faustina! (*Llamándola por la ventana.*)

CRISTETA

¿Qué trae usted?

ROMUALDO

Nada; que si nos descuidamos... ¡Faustina! ¿Y don Román? Magín, avísale; haz el favor. *(Sale Magín.)*

FAUSTINA

¿Qué ocurre?

ROMUALDO

(Quitándose la levita y el sombrero de copa.) Toma, pronto, sácame el chaquetón y el sombrero de todos los días.

FAUSTINA

Pero...

ROMUALDO

¡Corre!

FAUSTINA

Pero entra dentro; ¿no ves que estás sudando?

ROMUALDO

Déjame. ¿Y el chico?

FAUSTINA

Durmiendo la siesta.

ROMUALDO

Avísale; dí que venga; vamos, corre. *(Sale Faustina.)*

ROMÁN

(Sale de la casa, y después Magín.) ¿Qué sucede?

ROMUALDO

Nada; que si no andamos listos salen ustedes empa-

tados. El Gatejo me ha dicho que viniera corriendo á avisarle á usted; hacen falta votos. (*Sale Faustina con la ropa y le ayuda á ponérsela.*) Hemos revuelto todo el pueblo y nada. Aquí traigo unos nombres: Lucas Sánchez... vive media legua de aquí, en el molino, y no hay quien le haga venir á votar desde que le dieron una paliza en otras elecciones... Además, no queda tiempo.

ROMÁN

Busquen ustedes á toda costa.

ROMUALDO

¡Ya, ya!... Aquí hay otro: Santiago Muñoz; no se le encuentra en ninguna parte; siempre está borracho, y aquí otros dos que anda buscando el Gatejo. Me parece que aquello acaba mal: yo, por si acaso, me he mudado de ropa. Conque, ¿qué hacemos?

ROMÁN

Luchar hasta lo último. Es preciso traer á ese molinero y al otro.

ROMUALDO

Voy á mandar á mi hijo.

ROMÁN

Sí, sí; solo queda una hora; corriendo.

ROMUALDO

(*A Faustina.*) ¿Dónde está el chico?

FAUSTINA

Ahora sale. (*Aparte.*) ¡Hacerle ir hasta el molino con este calor!... No tienes alma.

ROMUALDO

(Aparte.) Calla, mujer.

ROMÁN

¿Cree usted que debo ir por allá?

ROMUALDO

Al colegio precisamente, no. ¡Sabe Dios lo que puede ocurrir! Vaya usted en casa del tío Curro: allí estará el Gatejo con toda la gente; no estará de más que les eche usted un discurso.

ROMÁN

Voy, voy.

ROMUALDO

¡Ah! Deme usted de esos papeles de votar.

ROMÁN

(Señalando la mesa.) Ahí tiene usted. *(A Magín.)* Magín, que lleven mi equipaje á la diligencia.

ROMUALDO

¿Se marcha usted esta tarde?

ROMÁN

Sí... pero ya volveré... *(Aparte.)* Las espaldas, en cuanto coja yo mi acta.

MAGÍN

Será preciso avisar á la administración que le guarden sitio.

ROMÁN

Sí, sí; tome usted. *(Le da dinero.)* Lo que sobre para usted, veterano.

MAGÍN

¡Señor!...

ROMÁN

¿Se ofende usted?

MAGÍN

No. Los pobres no podemos ser orgullosos. Sabe Dios que si en algo le puedo servir, no es por interés ni... ¡Qué ha de ser!... Pero si usted es generoso, amigo, ¿porqué he de rehusarlo? El dinero no viene mal á nadie; yo también tengo mis vicios: fumo, juego... Toma, Cristeta, á nuestra hucha.

ROMÁN

¡Cómo!

MAGÍN

Es mi administradora. Dice que yo soy un derrochón, y ella me guarda los ahorros.

CRISTETA

Claro que sí; si no eras capaz de gastarlo todo en echar humo ó jugarlo á las cartas, como el día que perdiste seis reales. ¡No te lo perdonaré nunca!

ROMÁN

¡Ja, ja!... Vaya, voy á ver en qué quedamos. *(Sale.)*

ROMUALDO

Y yo también.

FAUSTINA

¡Buena gana de sofocarse! ¡Ahora te ha ido á entrar por el ojo derecho ese caballerito!... ¿No decías que ibas á no meterte en nada?

ROMUALDO

¡Déjame, que yo me entiendo! Don Román es una persona formal, y... ¡que yo sé lo que me hago!

FAUSTINA

¡Bah!

ROMUALDO

¡Vamos, avisa al chico! ¡Que no ha de hacer más que comer y dormir!... ¡Es mucho Luciano ese!

FAUSTINA

Déjale que descanse. ¡Pobrecito!

ROMUALDO

¡Si tu supieras!... Me le va á colocar en Valladolid.

FAUSTINA

¿Quién?

ROMUALDO

Don Román.

FAUSTINA

¡Fíate!...

ROMUALDO

¡Vaya! Conque... ¡pide á Dios que ganemos! *(Cogiendo el bastón.)* ¡Pues no se me olvidaba nada, como quien dice!...

FAUSTINA

¡Anda con Dios!

ROMUALDO

Y que no deje el chico de ir al molino *(Sale.)*

FAUSTINA

Descuida. ¡Luciano!...

CRISTETA

Deje usted; le llamaré yo. ¡Luciano!... *(Llamándole por la ventana.)*

MAGÍN

Yo voy á llevar el equipaje al parador. *(Entra en la casa.)*

CRISTETA

¡Luciano!... *(A Faustina.)* Dígale usted que no sea pesado.

LUCIANO

Aquí estoy. ¡Que no han de dejarle á uno descabezar un sueño!...

FAUSTINA

Tu padre, que vayas corriendo en *cá* Lucas, y que le lleves á votar, sea como sea.

LUCIANO

¿Al molino? ¡En eso estaba yo pensando! ¡Con este calor!...

CRISTETA

¡Si ahora se nubla un poco!...

LUCIANO

Que no voy, ¡ea! ¡El que quiera votos, que los busque!

FAUSTINA

Pero...

LUCIANO

¡Que no muela usted, madre!

FAUSTINA

Bueno; allá tú. Yo he cumplido ya. *(Sale.)*

ESCENA VII

CRISTETA y LUCIANO

CRISTETA

¿Porqué no haces lo que te manda tu padre?

LUCIANO

¡Porque no! ¿Tú sabes dónde está el molino? ¡Media legua, lo menos! ¡No iría por salir yo diputado, cuanto más por el otro!... ¡Buena gana!

CRISTETA

No seas holgazán. Mira que don Román es muy bueno, y si le sirves...

LUCIANO

¡*Pá* servir á nadie estoy yo!

CRISTETA

¡Desagradecido! Después que piensa darte un destino...

LUCIANO

¡Sí!... ¡De *boquirris!*

CRISTETA

¡No señor!...

LUCIANO

Además, que yo no quiero destino, ni estudio, ni nada. ¡Que yo no puedo más, Cristeta; que si no hablo, reviento! Mi padre se empeña en hacerme estudiar, y yo no he nacido *pá* eso.

CRISTETA

Pues díselo.

LUCIANO

Entonces querrá que trabaje aquí con él.

CRISTETA

Pues trabaja.

LUCIANO

Es que tampoco sirvo *pá* eso.

CRISTETA

(Remedándole.) ¿Pues *pá* qué sirves?

LUCIANO

¡Pá ná! ¿Tú crees que yo me he examinado este año? ¡Mentira todo! ¡Cualquiera se aprende esos librotes en un año... ni en toda la vida!

CRISTETA

¿Qué me dices?

LUCIANO

Lo que oyes... Ya sabes que me tenían recomendado en Madrid á don Cipriano; yo le rogué que no dijera nada á mi padre, prometiéndole ir á examinarme en Septiembre.

CRISTETA

¿Sí, eh? Pues si no vas al molino, se lo cuento todo.

LUCIANO

No te creerá.

CRISTETA

¡Vaya! Yo haré que se entere; conque así... largo, ó canto de plano.

LUCIANO

Déjame, Cristeta; si no puedo conmigo.

CRISTETA

Vamos, mira que no te quiero.

LUCIANO

Eso quisiera mi padre, que yo fuera tu novio.

CRISTETA

Muchas gracias.

LUCIANO

Pero si tú no me quieres *pá* novio.

CRISTETA

¡Qué he de querer, hombre!

LUCIANO

Ni yo á ti tampoco. *(Dándola una palmada en el brazo.)* Como guapa, eres guapa; pero tienes poco físico; eso sí, tienes una cara de querubín, que da gana de darte un beso más bien dado...

CRISTETA

¡Animal! Vamos al molino; no seas así; cuando tú me pidas un favor...

LUCIANO

¿Sí? Pues dame un beso.

CRISTETA

En eso estaba pensando.

LUCIANO

Pues no voy al molino, ¡ea!

CRISTETA

¿Irás si mé dejo?

LUCIANO

Sí; corriendo.

CRISTETA

¿De veras? Júralo.

LUCIANO

Por esta...

CRISTETA

¿Y llevarás á votar al tío Lucas aunque no quiera?

LUCIANO

Aunque sea á cuestas... ¡Pues no te importa poco su voto!... Vamos...

CRISTETA

Aquí. *(Señalando la mejilla.)* ¡Ay, no, no!...

LUCIANO

Pues no voy.

CRISTETA

Pesado... *(Pone la cara y la da dos besos; al mismo tiempo entran Román y Romualdo.)* No vale; han sido dos.

LUCIANO

Uno para la ida, y otro para la vuelta.

ESCENA VIII

Dichos, ROMÁN y ROMUALDO

ROMUALDO

Muy bien...

ROMÁN

¡Ja, ja!,.. Con permiso.

CRISTETA

¡Qué vergüenza!

ROMUALDO

Pero ¿todavía estás aquí?

LUCIANO

Voy corriendo. *(Sale corriendo.)*

ROMÁN

(A Cristeta.) De eso tendrás que confesarte.

ROMUALDO

¡Ca!, no es pecado; son novios desde niños.

CRISTETA

No es verdad.

ROMÁN

¡Vaya! ¿Y eso qué tiene de extraño?

ROMUALDO

¡Y poquito que la queremos todos!... *(Acariciándola.)* Conque, don Román, ¿qué hacemos?

CRISTETA

(Aparte.) ¡Y no sabe que ha sido por él!... *(Se sienta muy triste.)*

ROMUALDO

¿No ha visto usted al Gatejo?

ROMÁN

No; en casa del Curro no había nadie; todo el pueblo anda alborotado, y por eso me he vuelto. Me parece que todo se ha perdido.

ROMUALDO

La esperanza nunca se pierde.

ROMÁN

(Sentándose abatido.) No puedo más.

ROMUALDO

Espéreme usted aquí, que yo vendré á traerle las últimas noticias. Ya falta poco... Ánimo. *(Sale.)*

ESCENA IX

CRISTETA y ROMÁN

ROMÁN

Si preguntan por mi, arriba estoy. Voy á disponer algunas cosillas para la marcha.

CRISTETA

Dejaré el recado á Faustina, porque yo no estaré aquí. Todas las tardes voy con Magín á la iglesia del pueblo, á las flores de Mayo...

ROMÁN

Entonces, por si no estás aquí cuando me vaya, hasta la vista, y Dios te haga bien casada... *(Entra en la casa.)*

ESCENA X

CRISTETA

¡Hasta la vista!... ¡Y se despide así... tan tranquilo!... ¡Qué tonta soy!... ¿Pues cómo quería que se despidiera?... ¿Porque yo estoy triste... ha de estarlo él también?... El no tiene motivos para estar triste... ¿Quién?... ¡Ah! Mujeres del pueblo que vienen por agua del aljibe.

ESCENA XI

CRISTETA, PETRONA y MARTINA

PETRONA

Muy buenas tardes.

MARTINA

¿Qué tal, Cristeta?

CRISTETA

¡Hola! Muy bien. ¿Vienen ustedes por agua?

PETRONA

Sí; la señora nos ha dicho que podemos venir cuando queramos.

CRISTETA

Sí; ya sé...

MARTINA

¡Vaya un día de calor!

PETRONA

Parece que se nubla... Tendremos tormenta.

CRISTETA

¿Y qué hay por el pueblo?

PETRONA

¿Qué ha de haber? ¡Que anda todo revuelto!

MARTINA

Todos los hombres borrachos.

PETRONA

Esta noche andará en todas las casas San Benito Palermo... No; pues lo que es yo, á mi hombre le hice ir al campo como todos los días, y hasta la vuelta no le dejo ir á votar; y conmigo, que si no, ¡una copa aquí y otra allí!...

MARTINA

Pues yo, al mío, no le dejo tan siquiera salir de casa. ¿*Pá* qué? Después de estar votando un año y otro á don Higinio, *pá* una vez que se nos ocurre ir á Madrid á las fiestas reales, ni tan siquiera quiso recibirnos, y pasaba por sus balcones toda la corte... ¿Le parece á usted bien?

CRISTETA

¿De modo que no vota?

MARTINA

No señora. El que quiera votos que los compre.

PETRONA

Pues eso hacen. A mi marido le vale siempre veinti-

cuatro reales el suyo... ¡Como es tan amigo del Garduña!...

CRISTETA

¡Cómo! ¿Vota por don Higinio?

PETRONA

¡Por fuerza!

CRISTETA

(Aparte.) ¡Dos votos!... *(Alto.)* ¿Por don Higinio, por un orgulloso sin palabra, que no puede ver á los pobres?

MARTINA

Eso digo yo.

CRISTETA

¡Teniendo á don Román!

PETRONA

¿Al sobrino de doña Salomé? ¡Si nadie le conoce!... Luego mi hombre preguntó á la señora si debía votarle, y le contestó que no la importaba. ¡Conque cuando á su tía no le importa!...

CRISTETA

Porque él no ha querido deber los votos á favores de nadie; porque quiere que se cumpla la ley antes que todo... Porque como vosotras no sabéis lo que significa el sufragio... Todo ciudadano se debe á la patria... *(Aparte.)* ¡No sé lo que me digo! *(Alto.)* Y la patria... *(Aparte.)* ¡Si yo me acordara de lo que dijo Román!... *(Alto.)* La patria son nuestros padres, nuestros hijos... todo lo que queremos... y el que vota por veinticuatro reales no quiere á su patria, ni á sus hijos, ni á su mujer.

PETRONA

¡Cómo!

CRISTETA

(Aparte.) Esto lo entienden mejor. *(Alto.)* Ni á su mujer; porque el hombre que vende su voto, es decir, que hace traición á su patria, á su pueblo... ¿te enteras?, por veinticuatro reales, venderá á su mujer por tres pesetas, no te quepa duda. Además, ¡votar por don Higinio, que no ha hecho ningún bien al pueblo, casado con una mujer tan orgullosa!... ¿Os acordáis cuando estuvo en el pueblo, qué humos, qué fantasías?...

MARTINA

¡Ya, ya!

CRISTETA

Pues bien; don Román va á hacer otra iglesia, un puente de siete ojos y una plaza para correr novillos... además, su mujer...

PETRONA

¡Si es soltero!

CRISTETA

Bueno... Pero cuando se case, verás qué mujer tan sencilla, tan cariñosa...; qué amiga de los pobres... En fin, que si tu marido vota á don Higinio, no tiene perdón de Dios. Pues ¿y el tuyo?... Negar su voto, renunciar á sus derechos de ciudadano... ¿no sabe que comete un pecado?

MARTINA

¡Qué! No hay ningún mandamiento que diga eso.

CRISTETA

Pero está muy mal hecho eso de no votar; así no tendrás quien te defienda. ¿No tienes un hijo sirviendo al rey? Pues si tu marido vota á don Román, tendrás quien hable por tu hijo en el Congreso. Figúrate que

hace cualquier trastada; don Román pedirá que le perdonen; irá á Palacio, como hacen siempre los diputados...; vamos, que tu marido debe ir corriendo á votarle.

MARTINA

¿Y qué vamos ganando?

CRISTETA

¿Me prometes que irá á votar por don Román? ¿Ves estos pendientes?...

MARTINA

¡Qué majos!

CRISTETA

Para ti; pero corre, toma uno; cuando haya votado te daré el otro, que no me fío.

MARTINA

Tantas gracias. ¡Voy, voy!

CRISTETA

¡Y mira que he de saber si me engañáis!

MARTINA

Descuida; voy á llenar el cántaro, y en un vuelo...

CRISTETA

Espera; toma el papelito; que no le pierdas; corre... (*A Petrona.*) Y si tu marido vota á don Román, te doy tres duros y medio; como lo oyes, y tela para unos delantales.

PETRONA

Pero, ¿no ves que si el Garduña lo sabe?... ¡Pues buenas las gasta!... Puede que...

CRISTETA

No tengas miedo. En cuanto don Román salga diputado, ya tienes al Garduña más manso y más amigo suyo que antes de don Higinio; de veras que sí. Conque... voy por eso. *(Entrando en la casa. Martina vuelve con el cántaro.)*

MARTINA

Pero ¿has visto, mujer?

PETRONA

Esa chica está loca; ¿qué le importará á ella?...

MARTINA

¿No ves que es primo?

PETRONA

¡Primo!...

MARTINA

¡Pues claro! Y al fin la tira el parentesco.

PETRONA

¡Claro! Siempre tira; sobre todo cuando tiene dispensa.

MARTINA

Esa es la madre del cordero... que me parece á mí que la prima y el primo...

CRISTETA

Toma; uno y dos: lo demás luego. Corre, que no queda apenas tiempo.

PETRONA

¿Y el cántaro?

CRISTETA

Déjale aquí, luego le llevas; vamos.

PETRONA

Hasta luego.

CRISTETA

¡Dos votos! ¡Dos votos!... ¡Ay, cómo me duele la cabeza!... Van corriendo... ¿Llegarán á tiempo?... Sí, ya lo creo... ¡Dos votos más!... Ya he servido para algo... ¡Ay, qué vergüenza, si lo supiera! ¿Qué dirá Magín cuando se entere de que le he saqueado su hucha? ¿Y la tía, cuando le diga que he perdido los pendientes?

ESCENA XII

CRISTETA y después MAGÍN que sale de casa.

MAGÍN

¿Qué tienes?

CRISTETA

Nada... dolor de cabeza...

MAGÍN

¡Claro, estás aquí toda la tarde tomando el sol!... Venía á buscarte para ir á las flores; pero si estás mala, mejor es que te acuestes.

CRISTETA

No, no; vamos...

MAGÍN

Ahora que me acuerdo: si don Román se marcha hoy, tienes que estar aquí para despedirle.

CRISTETA

Se ha despedido ya...

MAGÍN

Entonces, vamos...

CRISTETA

Espera... no, no puedo ir; estoy mala...

MAGÍN

¡Tienes mucho calor, Cristeta!... ¿Qué sientes?

CRISTETA

Nada, no te asustes... no me moriré por tan poco.

MAGÍN

¡Cristeta!

CRISTETA

Déjame, déjame sola.

MAGÍN

¿Te enfadas conmigo?

CRISTETA

No, no me hagas caso... ven, háblame, cuéntame algo: estoy muy triste, Magín; estoy muy triste... quisiera morirme...

MAGÍN

No digas eso.

CRISTETA

Ya ves, á mis años, todas pedirán cosas alegres: ser muy felices, ser muy ricos: pues yo solo pido morirme... y Dios no quiere.

MAGÍN

¿Y porqué, tontina? ¿Qué penas te afligen?

CRISTETA

¿Te parece poco encontrarme sola en el mundo? Nadie me quiere, nadie... ya ves la tía cómo me trata; ni siquiera me mira... y todos... ¿Porqué no me quieren? ¿Qué hago yo?... Ni me sirve ser buena. Ahí tienes á Román; no he hecho más que servirle... Y por mí ha ido Luciano á buscar á Lucas, el del molino, para que viniera á votarle... ya ves, un voto más... ¿un voto? tres, porque... si él supiera... Pues ¿ves? con todo eso, ahora mismo, hace un rato, viene aquí, y me dice: «Cristeta, si pregunta alguien por mí, arriba estoy.—Dejaré el recado á Faustina, le digo, porque yo voy con Magín á las flores de Mayo...—Entonces, si no estás aquí para cuando me vaya, hasta la vista...» y se marchó sin darme la mano, sin mirarme... como si tal cosa... de seguro que al salir hace más caso del perro que guarda la cerca.

MAGÍN

Y ¿qué te importa?

CRISTETA

¿Qué me importa?... Tienes razón... pero de todos modos es muy duro... Yo que pensaba decirle tantas cosas, desearle felicidades... como otras veces había estado tan cariñoso conmigo... antes, mientras le serví... el agua.

MAGÍN

Tú pensabas, lo menos, porque en sus discursos hablaba mucho de Dios y de la patria, y de cosas bonitas... que era un hombre distinto de todos... Y no es extraño. Para ti era tan diferente de los que has visto

siempre: guapo, elegante, de talento... si le comparaste con Luciano y los demás del pueblo... ¿qué había de suceder?

CRISTETA

¡Qué dices!

MAGÍN

Que te has enamorado de él.

CRISTETA

¡Oh, no!...

MAGÍN

Entonces, ¿porqué estás triste? ¿Porqué sientes que se vaya?

CRISTETA

No es verdad.

MAGÍN

Antes, no eras ni más ni menos desgraciada que ahora, ni nadie te quiere más ó menos, tampoco... ¿Porqué antes no te preocupaba tu suerte, y ahora hablas de morirte? ¿Porqué antes reías por todo, y ahora lloras por nada?

CRISTETA

No es verdad... Siempre he tenido ratos de tristeza, tú lo sabes...

MAGÍN

¡Bah! Y bastaba cualquier ocurrencia mía, para hacerte reir de nuevo. Es que contentarnos cuando estamos tristes, cualquiera puede hacerlo: ponernos tristes, cuando estamos alegres, eso sí que no lo puede hacer más que una persona. Afortunadamente se marcha esta tarde.

CRISTETA

Y otra vez la casa volverá al silencio y la tristeza. Parecía otra estos días... hasta la tía se ha reído alguna vez.

MAGÍN

(Preocupado.) ¡Quién sabe!... Si él conociera que tú le querías...

CRISTETA

Mira, no me hables más, que no puedo tenerme de dolor de cabeza.

MAGÍN

Escúchame, aunque no quieras. Esos hombres que conocen que gustan á las mujeres, se atreven á todo. Con cuatro palabras, no importa cuáles, te engañaría, como engaña con cuatro discursos á esa pobre gente que le vota, y... después, lo que te ha dicho antes: ¡hasta la vista! Lo mismo que dirá á sus electores, burlándose de ellos... No, no; que se vaya... porque si eso fuera...

CRISTETA

¿Estás loco?... *(Voces fuera: «¡Viva! ¡Viva!»)*

ESCENA XIII

Dichos, ROMUALDO, después ROMÁN, SALOMÉ, AMALIA, JOSÉ LUÍS y LUCIANO

ROMUALDO

¡Don Román! ¡Don Román!...

CRISTETA

¿Qué ocurre?

LUCIANO

¡Diputado!

ROMÁN

(Saliendo de la casa.) ¡Vencimos!

ROMUALDO

Mi enhorabuena... *(Fuera: «¡Viva!»)* Pero ha estado en un tris de perderse todo por cuatro votos.

ROMÁN

Gracias á usted...

CRISTETA

(Aparte.) ¡Cuatro votos!... Tres son míos...

ROMUALDO

No sabe usted qué contento estoy. ¡Vamos! Ahí fuera están esperándole á usted.

ROMÁN

¡Voy, voy!...

SALOMÉ

(Saliendo de la casa.) ¡Sobrino!... Mi más cordial felicitación.

ROMÁN

Gracias, querida tía. Voy á saludar á esa gente.

SALOMÉ

Sí, mejor es que no entren aquí.

ROMUALDO

Descuide usted. Yo me los llevaré al cafetín de Curro, y allí que coman y beban hasta la madrugada.

ROMÁN

Sí, no escasee usted nada. (*Músicas de guitarras fuera.*)

AMALIA

(*Al mirador.*) ¡Padre de la patria!...

ROMÁN

¡Amalia!...

AMALIA

No me mire usted; estoy hecha una facha. Me ha dado jaqueca y he tenido que soltarme el pelo. ¡Vaya un día!

ROMÁN

Está usted divina. Me recuerda usted á la niña de Zaraúz.

AMALIA

No se burle usted... ¡Falta la luna!

MAGÍN

¡Un relámpago!...

SALOMÉ

Es verdad. ¿Tendremos tormenta?

AMALIA

Así estoy yo tan nerviosa. (*Sale de la casa con José Luís.*)

ROMÁN

Vamos, no hay que perder tiempo. ¿Han llevado ya mi equipaje?

MAGÍN

Sí señor.

ROMÁN

Pues, querida tía... me despediré desde aquí.

SALOMÉ

Sobrino, ¡adiós, y recuerdos!

AMALIA

Aquí está mi mano. Espero que tendré el gusto de ver á usted en Madrid por mi casa.

ROMÁN

¡Quién lo duda! ¿Ustedes vienen conmigo?

ROMUALDO

Sí, vamos.

ROMÁN

Buen veterano, ¡adiós!... *(La da la mano.)* Cristeta, ¡un abrazo! Y cuenta con lo que te he dicho antes. *(Sale con Romualdo y Luciano; los demás le acompañan hasta la puerta. ¡Vivas! y gritos que se van apagando poco á poco.)*

ESCENA XIV

Dichos, menos ROMÁN, LUCIANO y ROMUALDO

JOSÉ LUÍS

Cristeta, ¿no salimos hoy á coger moras?

CRISTETA

No; me duele la cabeza.

SALOMÉ

(Volviendo al proscenio.) ¡Gracias á Dios! *(A Cristeta.)* ¿Qué tienes?

JOSÉ LUÍS

Dice que le duele la cabeza.

SALOMÉ

¿Á ver?... ¡Estás ardiendo; tienes calentura! Acuéstate.

AMALIA

Si es el tiempo. Lo mismo estoy yo.

SALOMÉ

¡Vamos, acuéstate! Eso es del trajín de estos días.

CRISTETA

No. Déjeme usted aquí; ahora corre aire. ¡Déjeme usted! ¡No tengo nada!

AMALIA

(A José Luís.) Ven, que es la hora de tomar el jarabe.

JOSÉ LUÍS

No quiero.

AMALIA

¡No me quites la vida! Esta noche no has dormido nada...

SALOMÉ

¡Si duerme cuatro horas de siesta!

AMALIA

Por más que digas, este chico no puede vivir así. Y no quiere cuidarse. *(Entran en la casa.)*

ESCENA XV

CRISTETA, cuando todos han salido, se echa sobre el banco. La escena se ha ido obscureciendo poco á poco.

MAGÍN

Cristeta, vamos, entra, acuéstate... ¿Qué haces ahí?

CRISTETA

Déjame; la piedra está fría... déjame.

MAGÍN

(La levanta.) Cristeta... ¿qué tienes?... Vamos, no finjas... Si nadie te quiere como yo; llora conmigo. *(Cristeta rompe á llorar.)* Vamos... Un relámpago... No llores más... Vamos adentro. *(Entra un mozo.)*

MOZO

¿No está aquí don Román?

MAGÍN

No, estará en el cafetín.

MOZO

No esperan más que á él en la diligencia, y es tarde.

MAGÍN

(Mira á Cristeta.) Le esperan... ¿Pues no saben que ya no se va esta noche? Que dejen el equipaje: ahora irán á recogerle.

CRISTETA

¡Cómo!

MAGÍN

Que no le esperen: corre...

MOZO

¡Y para eso salimos media hora retrasados!... *(Sale.)*

MAGÍN

Se marcha sin él... ¡Qué chasco! ¡Ja, ja!

CRISTETA

¡Ja, ja!... ¡Qué bueno eres y cuánto te quiero! *(Le besa.)* No puedo sostenerme.

MAGÍN

Ven... *(Se oyen cascabeles.)* La diligencia...

CRISTETA

¿Qué has hecho?... ¿Y si se incomoda?

MAGÍN

¡Si tú no querías que se marchara!

CRISTETA

No, es verdad; y si él pudiera ver lo que pasa aquí dentro, no se marcharía.

MAGÍN

Pues eso quiero yo, que lo vea... Porque te quiero mucho y él es bueno, sí; me ha dado la mano al despedirse, me ha llamado veterano; es un hombre de corazón; te hará feliz. Antes tenía miedo, ahora no; parece que Dios me ha inspirado... El...

ESCENA XVI

Dichos y ROMÁN.

ROMÁN

¿Se ha marchado la diligencia sin esperarme? ¿Cómo es eso?

MAGÍN

¡Cómo! Yo creí que se había usted marchado ya.

ROMÁN

Me he entretenido en el cafetín, y sin duda... Pero quedaron en esperarme... Pues yo necesito salir esta misma noche. Que dispongan el cochecillo, un caballo... cualquier cosa.

MAGÍN

Avisaré...

ROMÁN

No, no se moleste usted; ¿no hay un mozo?

MAGÍN

Todos se han ido á la taberna; no hay más hombre que yo en la casa.

ROMÁN

¡Qué contratiempo!... Voy á avisar á Romualdo para que enganchen ó me proporcione un caballo. *(Sale.)*

MAGÍN

No nos ha valido...

CRISTETA

No puedo más... Voy á acostarme... *(Entra en la casa.)*

ESCENA XVII

MAGÍN, SALOMÉ y FAUSTINA

MAGÍN

¡Le quiero! ¡Le quiere!... Pues no se irá, y no se irá. *(Se va por la derecha. La escena queda sola. Relámpagos más frecuentes y truenos.)*

SALOMÉ

(Al mirador.) ¡Magín! ¡Magín!... ¿No está Magín?

FAUSTINA

(Asomándose á la ventana.) ¿Qué se la ofrece á la señora?

SALOMÉ

¡Calle usted, que estoy más asustada!... Cristeta tiene un calenturón horrible: no hay nadie para avisar al médico.

FAUSTINA

¡Jesús!... Claro, con estos jaleos todos se han ido á casa del Curro; luego vendrán perdidos... Si quiere usted, yo me llegaré al pueblo, y si me necesita usted para algo...

SALOMÉ

No, muchas gracias; ya vuelve Magín. ¡Magín!... ¡Avise usted al médico! ¡Cristeta está muy mala! *(Entra y Faustina también.)*

MAGÍN

¡Dios mío!

ESCENA XVIII

MAGÍN y ROMÁN

ROMÁN

Por fin van á engancharme el cochecillo. *(Truena.)* ¡Hola! La nube está cerca.

MOZO

(Saliendo.) ¡Señor, se ha roto una rueda del coche!

MAGÍN

(Aparte.) ¡Ah!...

ROMÁN

¡Por vida!... Pues ensilla el caballo.

MAGÍN

¡Pero si no sabe usted el camino!

ROMÁN

Es verdad. *(Al mozo.)* ¿Hay otro caballo para ti?

MOZO

Una mula.

ROMÁN

¡Corriendo: prepáralo todo! *(Sale el mozo.)*

MAGÍN

¿Tanto le urge salir hoy de aquí?

ROMÁN

¿Si me urge?... Tengo que hablar con el Gobernador

de Moraleda antes que llegue el acta á Madrid. Mañana mismo.

MAGÍN

¡Dios mío! ¡Esa tormenta *(aparte)* que descargue pronto, que se borren los caminos!... *(Alto.)* Yo voy á avisar al médico. ¡Cristeta está muy mala!

ROMÁN

¡Cómo!

MAGÍN

Sí, muy mala. *(Truena. Aparte.)* ¡Ah! ¡Ya está ahí!...

ROMÁN

¿Llueve?...

MAGÍN

(Aparte.) ¡Gracias, Dios mío! *(Alto.)* No puede usted marcharse: sería una locura.

ROMÁN

¡Suerte maldita!

ESCENA XIX

Dichos y AMALIA, muy agitada, con JOSÉ LUÍS y un paraguas.

AMALIA

¿Pero está usted aquí, hombre de Dios?

ROMÁN

¡Calle usted, señora! Lo que me sucede á mí no le sucede á nadie. Ya le contaré á usted.

AMALIA

No me hable usted, porque yo también estoy arreglada. Figúrese que Cristeta tiene todos los síntomas del tifus ó de las viruelas... no sé; pero ello es algo malo: una calentura espantosa. Yo no estoy un momento en casa de mi cuñada; ya ve usted... con esta criatura... Voy corriendo á casa del alcalde; allí pasaremos la noche de cualquier manera. ¡Vamos!

ROMÁN

¡Pero, señora, que está lloviendo á mares y el pueblo está lleno de borrachos!

AMALIA

Acompáñeme usted.

ROMÁN

¡Si yo me marcho ahora mismo!

AMALIA

¿Está usted loco? ¡Con este tiempo!...

ROMÁN

Esto pasará.

AMALIA

Sí, oiga usted. *(Un trueno.)* ¡Santa Bárbara bendita!...

ROMÁN

(Al mozo, que entra.) ¿Qué hay?

MOZO

Que con este temporal es imposible ponerse en camino.

AMALIA

¿Lo ve usted? ¡Vamos, deme usted el brazo; sea usted galante! *(Sale el mozo.)*

ROMÁN

¡Buena la hemos hecho!

MAGÍN

¡Dios mío, mi nena muriéndose!

AMALIA

(A José Luís.) Súbete el cuello, vamos. ¡Al agua! ¡Qué horror! ¡Todo encharcado!

MAGÍN

¡Por Dios, don Román, ya que van ustedes al pueblo, avisen ustedes al médico, que venga corriendo! ¡Por Dios; ustedes van más de prisa que yo!

ROMÁN

Descuide usted.

AMALIA

¡Qué noche, amigo mío, qué noche! Me parece que no llegamos. *(Salen.)*

MAGÍN

(Siguiéndoles con la vista.) Esa señora es una loca y

don Román tiene la cabeza á pájaros, y no van á acordarse del médico. Iré yo mismo á buscarle. ¡Qué noche! Me echaré mi capotón y vamos andando. ¿Y si mi nena se muere? ¡Dios mío!, más valía entonces que me cayera un rayo ahora mismo. Voy á verla, voy á verla antes. Ese tiene la culpa... A bien que aquí te tengo y mi nena no se muere por ti... *(entra en la casa)* no, mientras yo viva.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores.

ESCENA PRIMERA

MAGÍN saliendo de la casa. Después ROMÁN y el GATEJO

MAGÍN

¡Buen día tenemos! Así podrá salir mi Cristeta á tomar el sol. ¡Qué alegría! ¡Mentira me parece que la voy á ver otra vez sana y contenta! ¡Calle... el diputadillo y su compinche!...

GATEJO

No lo eche usted en saco roto, ¿eh?

ROMÁN

Descuide usted, se hará lo que se pueda.

GATEJO

¡Vaya! Si ustedes lo pueden todo. Conque no pierda usted la nota, y hasta luego. ¿Se marcha usted hoy?

ROMÁN

Sí.

GATEJO

Pensamos hacerle una manifestación de cariño y de simpatía, como despedida. Ya se dejará usted ver por aquí alguna vez, aunque no sea más que por la familia.

ROMÁN

Sí... desde luego.

GATEJO

¡Ea! Voy á disponerlo todo. Creo que han nombrado una comisión que pasará á cumplimentarle.

ROMÁN

¡Por Dios, que no se molesten!... Yo estoy satisfecho... (*Aparte. Alto.*) Y harto de las repetidas pruebas de afecto de...

GATEJO

No hay más que hablar... Cuando se da con una persona como usted, todo parece poco. (*Sale.*)

ROMÁN

¡Buena me ha caído!... La tal notita... ¡Pues no piden nada!... ¿Porqué no me marcharía yo antes?... ¡Maldita nube!... Más de un quebradero de cabeza me hubiera evitado... ¡Hola, hola,' valiente veterano! ¿Ha visto usted hoy á Cristeta?

MAGÍN

¡Ya lo creo! Está levantada. Ahora saldrá á tomar un poco el sol.

ROMÁN

¡Buen susto nos ha dado!

MAGÍN

¡Calle usted, calle usted, que la primera noche creí que se nos moriría! ¡qué calentura!

ROMÁN

El médico temió que fuese una tifoidea, y doña Amalia también. La buena señora... ¡Qué noche!... A bien que ya he sabido á quién tengo que agradecérsela... ¡Hágase usted el desentendido! ¿Quién dijo al mozo de la diligencia que no me esperaran? ¿Quién partió la rueda del coche, eh?

MAGÍN

¡Señor don Román!...

ROMÁN

No se lo perdonaré nunca... ¿Qué necesidad tenía yo de saber ciertas cosas? Me hubiera marchado tranquilo, sin remordimientos, gozoso con mi triunfo... con mi acta... un poco sucia, es verdad...

MAGÍN

Aunque no sea más que de vino.

ROMÁN

Pero no; me detiene usted aquella noche...

MAGÍN

No fuí yo; yo no manejo los rayos y las nubes.

ROMÁN

¡Corriente! Me quedo aquella noche... veinticinco de Mayo, no se me olvidará... Doña Amàlia me hace correr medio pueblo, cogida á mi brazo; por fin, la instalo en casa del alcalde... Vuelvo enlodado hasta la rodilla; Cristeta se está muriendo; usted llorando como una criatura. Me quedo á velarla, con usted, aquella noche, y en su delirio me revela...

MAGÍN

¡Eh!... ¿Habló?...

ROMÁN

Sí.

MAGÍN

Entonces ya sabe usted porqué no le dejé marchar aquella noche. Si usted se va, Cristeta se muere; sí, no lo dude usted. Si se ha puesto buena tan pronto, ha sido porque le ha visto á usted á su lado, horas y horas, cariñoso. No hay medicina como la alegría, y no hay alegría como sentirse querido de los que queremos... Perdone usted; pero ¡la quiero tanto!... Si fuera hija ó nieta mía, no la querría más. El señorito Esteban, el padre de Cristeta, me quería con delirio; todas sus diabluras me las contaba; ¡más valiente era y más calaveral... pero ¡qué corazón!... Nunca quiso separarse de mí, aunque yo sé que su esposa, doña Salomé, no me miraba con buenos ojos... Ahora me tolera por respeto á la

memoria del muerto. Yo fuí quien trajo á Cristeta... ¡como que sabía muy bien dónde estaba!; su padre me lo había referido mil veces... Y si no hubiera sido por ella, ¡Dios mío!... Tan viejo, tan solo y tan inútil... he servido para quererla cuando nadie la quería. A no ser por mí, no sabría lo que es cariño esa criatura. Yo la he enseñado á rezar, á leer, á echar cuentas, y mil historias y romances, que han sido mi pasión de toda la vida.

ROMÁN

Así le ha llenado usted la cabeza de disparates.

MAGÍN

¡Disparates la historia de Isabel la Católica y la conquista de Granada! ¡Disparates la guerra de la Independencia y las hazañas del Cid y de los doce Pares de Francia!...

ROMÁN

No, si usted no tiene la culpa; la culpa es de mi tía, que se obstina en vivir aquí, aislada, y no se ha cuidado nunca de la educación de esa niña. Una chica lista y vivaracha se encuentra aquí fuera de su centro.

MAGÍN

Es verdad...

ROMÁN

A falta de realidades, la imaginación trabaja en fabricarse una vida de sueños, donde todo es mejor y más hermoso. Un alma vulgar pronto se conforma y lo en-

cuentra; pero Cristeta no es un alma vulgar; ha buscado... y ¿qué había de encontrar en espacio tan reducido?

MAGÍN

Ya ve usted... Luciano, de quien nunca hizo maldito el caso, aquí entre nosotros, y otros patanes como él.

ROMÁN

¿Y qué hago yo ahora? ¿Cómo desengañarla? ¿Cómo destruir sus ilusiones sin causarla daño?

MAGÍN

¿Desengañarla?...

ROMÁN

¡Ah! Usted desearía mejor otra cosa... Amigo mío, no puede ser. ¿Tengo yo la culpa de que Cristeta me quiera?... ¿Puedo hacer más que sentir compasión?... No se queje usted, porque todavía podía haberle sucedido algo peor.

MAGÍN

¡Cómo!

ROMÁN

Encontrándose con un hombre sin escrúpulos de conciencia.

MAGÍN

Cristeta es honrada.

ROMÁN

¡Bah!, cree usted que si yo hubiera sido un infame... Después de oir de Cristeta lo que he oído...

MAGÍN

¡Tiene usted razón!... Está muy enamorada....

ROMÁN

Pues es preciso que se desenamore.

MAGÍN

¡De modo!...

ROMÁN

Bastante he hecho con esperar estos días, con grave perjuicio en mis asuntos. Ya está buena, que es lo que me interesaba; yo la hablaré esta tarde... y veremos... De todos modos hoy me marcho, y tiempo y ausencia son dos remedios muy poderosos.

MAGÍN

¡Ah!... ¿Porqué no le dejé marchar?

ROMÁN

Eso le decía yo antes. Yo no hubiera sabido nada...

MAGÍN

¡Ah, usted no hubiera sabido nada!... ¡Qué egoísta es usted!

ROMÁN

¡Bah! Un amorcillo de niña, que pasará en cuanto yo me aleje. Yo aconsejaré á la tía que la lleve á Madrid, ó la deje en un colegio.

MAGÍN

Eso no; todo lo que usted quiera, pero quitármela, no.

ROMÁN

En fin, si usted la quiere tanto, usted la consolará.

MAGÍN

¡Ay!... el cariño de un viejo no basta á llenar un corazón de diez y ocho años.

ESCENA II

Dichos y AMALIA

AMALIA

¿Sabe usted que he decidido marcharme esta tarde también?

ROMÁN

(*Aparte.*) ¡Adiós! (*Alto.*) ¡Tanto gusto!...

AMALIA

Sí; estoy harta de pueblo; ¡qué gente esta! No sabe

usted lo que murmuran de nosotros desde la noche de la tormenta, porque estuvimos cerca de una hora debajo de aquel cobertizo: me ha comprometido usted.

ROMÁN

¡Señora, si estaba José Luís con nosotros, que ya no es ningún niño!... Y aunque hubiéramos estado solos, ¿cree usted que yo me hubiera atrevido?...

AMALIA

(Aparte.) ¡Grosero!... *(Alto.)* Ya; pero hay cada lengua... Nada, que no estoy aquí un día más. José Luís ha perdido el estómago, y por poco no se me pone malo como Cristeta. Claro, ¡está todo el día atracándose de moras y albaricoques!... y usted tiene la culpa.

MAGÍN

Espere usted... *(Pasando al otro lado, como en el primer acto.)*

AMALIA

Y yo también me encuentro mal. Si viera usted qué cosas siento aquí... en el... no; el corazón está más abajo; ¿qué tenemos aquí?

ROMÁN

(Aparte.) Algunas veces algodón.

AMALIA

Estoy muy delicada; ¡he sufrido tanto!... Yo creo que me voy á morir muy pronto.

ROMÁN

Aprensión... Tiene usted cara de vivir mucho.

MAGÍN

(Aparte.) ¡Ya lo creo! Cien años, como las cotorras.

AMALIA

¿Conque se marcha usted hoy?

ROMÁN

Sí, señora; nos vamos juntos.

AMALIA

Ya tendrá usted ganas de volver á Madrid; aquí no le dejan en paz un momento. ¿Me mandará usted papeletas para el Congreso siempre que hable usted?

ROMÁN

¡Por supuesto!

AMALIA

¿Piensa usted hablar mucho?

ROMÁN

Todo lo que pueda.

AMALIA

Eso es: todos los días una preguntita; así se hace carrera. No, usted tiene buenos padrinos... A ver si le vemos ministro...

ROMÁN

¡Oh!...

AMALIA

¿Sabe usted lo que le conviene? Créame usted, casarse con la hija de algún político eminente. *(Román se ríe.)* Hágase usted yerno. ¿Porqué se rie usted?

ROMÁN

Porque adivina usted los pensamientos.

AMALIA

¿Cómo?... ¡Ah, tunante!...

ROMÁN

Sepa usted que mi acta es acaso el regalo de boda del ministro.

AMALIA

¿Y es su hija?

ROMÁN

Sí.

AMALIA

Mi enhorabuena.

ROMÁN

No; todavía no es cosa decidida.

AMALIA

¡Bah!... No es muy bonita; pero es simpática. Bien,

amigo mío; hace usted bien; ampárese usted siempre de las faldas; es carrera segura; creo que no necesito citarle ejemplos.

ESCENA III

Dichos y CRISTETA

AMALIA

¡Oh, Cristeta! ¿Cómo te encuentras?

CRISTETA

Muy bien.

MAGÍN

¿Se te anda la cabeza?

ROMÁN

Siéntate; siéntate aquí, que no da tanto el sol.

AMALIA

¡Ay, chiquilla, tienes muy mala cara! Esto no te prueba; como á mí; esto no puede probar á nadie. Créeme, hija, á ti lo que te conviene es que te lleven á Madrid. Salomé te tiene consumida; ya se ve: ¡genio más raro!... *(A Román.)* ¿Usted sabe dónde se mete todo el día? Nadie la ve; parece que huye de la gente... Sí, chiquilla, créeme, tú debías irte á un convento, educarte allí perfectamente, y después profesar; sí, hija mía; de otro modo, vas á ser muy desgraciada. Este mundo

es muy traidor. Si te quedas soltera, qué situación y qué aburrimiento sobre todo. Si te casas, los hombres son incapaces; el mejor te da cuatro disgustos al día. Luego, los hijos .. ¡ay, los hijos!... Yo tengo uno solo y estoy sacrificada. Si te quedas viuda, menos mal entonces; es como una se encuentra mejor; pero de todos modos, créeme, al convento pronto, pronto...

ROMÁN

Como decía Hamlet.

AMALIA

Se lo oí decir muchas veces.

MAGÍN

(Aparte.) ¡Nada! No les deja.

ROMÁN

Con su permiso voy á despedirme de mis electores.

AMALIA

Usted lo tiene. Yo también voy á arreglar unas cosillas.

MAGÍN

(Aparte.) ¡Claro! En cuanto él se marcha...

AMALIA

¡Hasta luego! *(Sale.)*

ROMÁN

(*A Magín.*) Vuelvo en seguida; ha sido por echarla. Que me espere Cristeta. (*Sale.*)

ESCENA IV

MAGÍN y CRISTETA

MAGÍN

¿Te encuentras bien, bien?

CRISTETA

Perfectamente.

MAGÍN

¡Buen susto nos has dado! Creímos que iba á ser el tifus ó las viruelas.

CRISTETA

¿Viruelas?

MAGÍN

¡Ja, ja!... ¿Te asustas?

CRISTETA

Dime, Magín, ¿tengo mala cara?

MAGÍN

Ven acá; mírate en mis ojos. ¿Te ves?

CRISTETA

Sí, están llenos de lágrimas. (*Abrazándole.*)

MAGÍN

No hagas caso: son de alegría. Te dejo sola un momento. Volveré pronto.

CRISTETA

¡Ay, no!...

MAGÍN

Tengo que hacer.

CRISTETA

Cuando pensaba pedirte que me dijeras aquel romance... Yo no me acuerdo... Aquel que me gusta á mí tanto...

«¿Porqué llora la princesa,
si tesoros á granel
y caricias y venturas
le ofrece su padre el rey?
¿Porqué llora á la ventana?...»

No sé más.

MAGÍN

«Porque á la guerra un doncel
se lleva su corazón;
y perdido amor y fe,
así exclama dolorida,
puesto el pensamiento en él:
—Ojos que le vieron ir,
¡si no le viérais volver!»

CRISTETA

¡Ah, ya me acuerdo!... Y luego la princesa se asoma todas las tardes á la ventana y mira al camino, esperando que vuelva:

«Pero el traidor,
rendido á más dulces lazos,
á Dios y á su patria infiel,
muere de amor por Zulima
y reniega de su fe.»

MAGÍN

Y yá sabes cómo concluye:

«La princesa, llora y llora,
puesto el pensamiento en él.»

CRISTETA

«Y ojos que le vieron ir,
nunca le vieron volver.»

MAGÍN

Eso es. Conque... tengo que hacer..

CRISTETA

No me dejes sola.

MAGÍN

¡Si no te dejo sola! ¡Ja, ja!... Vuelvo pronto. *(Sale.)*

ESCENA V

CRISTETA y después ROMÁN

CRISTETA

«Ojos que le vieron ir,
nunca le verán volver...»

Es particular. Antes leía y oía yo muchas cosas sin fijarme, y ahora se me saltan las lágrimas cuando dicen algo triste.

ROMÁN

(Entra despacio, acercándose.) ¿Porqué me quieres tanto, Cristeta?

CRISTETA

¡Ay!... ¡Me ha asustado usted!

ROMÁN

Perdona... *(Pausa.)* ¿Qué he hecho yo para merecer tu cariño?

CRISTETA

¿Qué dice usted?

ROMÁN

No te asustes; sé que me quieres; sé todo lo que has hecho por mí, todo.

CRISTETA

¡Ah, ya me acuerdo!... Y luego la princesa se asoma todas las tardes á la ventana y mira al camino, esperando que vuelva:

«Pero el traidor,
rendido á más dulces lazos,
á Dios y á su patria infiel,
muere de amor por Zulima
y reniega de su fe.»

MAGÍN

Y ya sabes cómo concluye:

«La princesa, llora y llora,
puesto el pensamiento en él.»

CRISTETA

«Y ojos que le vieron ir,
nunca le vieron volver.»

MAGÍN

Eso es. Conque... tengo que hacer..

CRISTETA

No me dejes sola.

MAGÍN

¡Si no te dejo sola! ¡Ja, ja!... Vuelvo pronto. *(Sale.)*

ESCENA V

CRISTETA y después ROMÁN

CRISTETA

«Ojos que le vieron ir,
nunca le verán volver...»

Es particular. Antes leía y oía yo muchas cosas sin fijarme, y ahora se me saltan las lágrimas cuando dicen algo triste.

ROMÁN

(Entra despacio, acercándose.) ¿Porqué me quieres tanto, Cristeta?

CRISTETA

¡Ay!... ¡Me ha asustado usted!

ROMÁN

Perdona... *(Pausa.)* ¿Qué he hecho yo para merecer tu cariño?

CRISTETA

¿Qué dice usted?

ROMÁN

No te asustes; sé que me quieres; sé todo lo que has hecho por mí, todo.

CRISTETA

¡Oh, no! ¡Déjeme usted!

ROMÁN

¡Pobre Cristeta! ¿Qué hice yo para merecer tu cariño? Me has visto como tú soñabas. Pierde tus ilusiones; yo no soy el tribuno, el héroe; no soy el corazón noble y recto que te imaginas. ¿Mis discursos? Mentira todo. ¿Alguna limosna? ¡Bah! Votos comprados. ¿Talento? Ya ves qué poco vale talento que ha de arrastrar su dignidad á los pies del Gatejo y de esa gente... Nada valgo, Cristeta, nada valgo.

CRISTETA

No quiera usted hacerse peor. Podrá usted no sentir eso que dice; podrá usted haber comprado sus votos y no tener talento, si usted quiere; pero corazón... Un día se encontró usted á un pobre chico llorando: tendría tres años todo lo más. Se acercó usted á él, le preguntó usted porqué lloraba. Su madre le había mandado á comprar no sé qué cosa, y había perdido el dinero. Usted se echó mano al bolsillo: no llevaba usted nada. «Espérame», dijo usted al chico, y vino usted á casa, que no estaba muy cerca de aquel sitio, y volvió usted á encontrar al chico, y, al despedirle, le dió usted un beso, y nadie lo veía... ni aquel renacuajo tenía voto. Créame usted: interesarse por un chico que llora; darse una caminata, y corriendo casi, como usted se la dió, por enjugar unas lágrimas; después un beso, cuando nadie lo veía, cuando el chico tendrá buen cuidado en callarlo para evitar un regaño de su madre... diga usted lo que quiera, no se hacen esas cosas sin un poco de

buen corazón. No pretenda usted hacerse peor á mis ojos, que aquel día le vieron muy de lejos. Comprendo que no le importe á usted mi cariño... así lo creo; pero creo también que usted lo merece... quiero creerlo.

ROMÁN

Dices bien. Cualquiera diría que estaba muy sobrado de cariño cuando tan pródigo me muestro con el tuyo, que debiera guardar avaro... Nunca, nunca, lo sé, encontraré el amor en mi camino bajo forma tan pura... No me hagas caso; habla, habla como tú sabes... ¡Necio de mí, que pretendo arrancar tu cariño con reflexiones, que no llegan á tu alma! *(Pausa.)* Cuando me acuerdo de aquella noche... Con qué insistencia procurabas sincerarte del beso de Luciano; tanto te importaba que yo supiera que no le querías. ¡Fué por ti!, me decías; ¡fué por un voto para ti!... ¿Porqué entonces me llamabas de tú, y cuando estoy delante no puedo conseguir que dejes el usted?

CRISTETA

¡Qué sé yo!

ROMÁN

Es que entonces me hablabas como tú quisieras hablarme... Sí, cuando se quiere, las frases más expresivas de cariño son las que se piensan á solas, las que nunca oye la persona querida, porque el alma tiene también su pudor. Yo sorprendí la tuya en un momento de abandono, y para mí no tiene secretos. ¡Dichoso yo, si fuera tan egoísta que no me importara hacerte desgraciada!

CRISTETA

¿Ve usted cómo sí tiene buen corazón? Si no lo tuviera usted, no estaría usted aquí ahora. Me oyó usted: se hubiera usted hecho el desentendido, se hubiera usted marchado ya, sin importarle que me pusiera buena ó me muriera, ni que fuera feliz ó desgraciada, y se concluyó todo.

ROMÁN

Ya ves, debía haberme marchado ya, y no he querido sin verte buena otra vez, sin hablarte... Pero no... Había pensado decirte tantas cosas, muy razonables, y ya no sé qué decir ni qué hacer... Has trastornado mis ideas.

CRISTETA

No; hable usted, hable usted...

ROMÁN

Oyeme. Si el mundo fuera este pedazo de tierra; si todo en él fuera juventud, amor y poesía; pero hacerte creer en mi cariño, aceptar el tuyo y hacerte desgraciada, todo sería uno... Sí, Cristeta. Yo vuelvo á Madrid, á empezar una vida de luchas y de ambiciones, á abrirme paso, cueste lo que cueste. No soy rico, y debo ganar mi vida yo solo. Somos cuatro hermanos; mi padre nos dió una carrera á cada uno, y nos ha dicho: «A luchar...» Él no ha podido hacer más por nosotros. Yo he sido siempre el más inquieto. El trabajo rutinario de todos los días sin accidentes ni emociones no me place. Quiero la lucha; ser mucho ó no ser nada. La política es mi vocación. He dado con

éxito feliz el primer paso. Adelante... No debes tú seguirme; sufrirías mucho á mi lado. Yo no podría quererte como tú me quieres; á cada hora tendría que olvidarme de ti. Volvería á tu lado rendido, quizás á desahogar en ti mis contrariedades. Acabaría por consumirte en aquella fiebre, que no deja tiempo para ser joven, en que el amor es un obstáculo. Ya ves, yo tengo veintiséis años, y mira cuánta cana... ¡Ah! ¡Si fuera rico! ¡Qué felicidad plantar de una vez mi tienda en el primer oasis que he encontrado, y no aventurarme más en el desierto de una existencia borrascosa, de alzas y bajas, de esperanzas y desalientos!... ¡Vivir para el amor; ser joven una vez en mi vida; educar para mí tu alma pura; vivir para ti solo! ¡No puede ser, no puede ser! Sé muy feliz, Cristeta... ¿Te acordarás siempre de mí? Responde...

CRISTETA

¡Siempre!...

ROMÁN

¿Me escribirás alguna vez? (*Voces dentro de la casa.*) La comisión de electores... Cristeta... Adiós...

FERMINA

Don Román, ahí están esperándole...

ROMÁN

Voy, voy... (*Entra en la casa.*)

ESCENA VI

CRISTETA

¡Qué vergüenza!... (*Pausa.*) Yo quisiera recordar todo lo que me ha dicho... ¡Que no puede quererme!... ¡Que no me quiere!... Eso ya lo sabía yo. Que va á luchar, que quiere ser mucho y yo sería un obstáculo, un estorbo... Pues, como siempre... ¡Oh! eso no. ¿No he luchado aquí por él? ¿No he decidido su triunfo?... ¡Pues eso haría siempre; ayudarle, luchar con él!... ¿No había de hacerlo yo, que cuando sueño, sueño que soy Isabel la Católica ó Juana de Arco? ¡Ay, yo debía haberle dicho todo esto... pero si no me atrevía á mirarle!... Sentía aquí un nudo... ¡Si no sé lo que me pasaba!... ¡Entonces, muda, y ahora se me ocurren tantas cosas!... ¡Dios mío! ¡Queriéndole tanto, dejarme convencer de que no debo quererle!... ¡Que sería muy desgraciada!... ¡Desgraciada con él! Eso me dijo... Y yo, callada como si estuviera convencida de que tenía razón... ¡No, no! ¡Dios mío! ¡Y se va á marchar esta tarde, y ahora para siempre!... ¡Yo necesitaba decirle muchas cosas que se me ocurren ahora, entonces, no se marcharía... Pero si no me atrevo á decirlas!... ¡Ay, Dios mío; quisiera volver á estar mala, para volver á delirar y decirle sin miedo todo lo que siento!

ESCENA VII

CRISTETA, SALOMÉ y después ROMUALDO

SALOMÉ

¡Romualdo!... ¡Ah! ¿Estás aquí? ¿Cómo te hallas, hija?

CRISTETA

Bien.

SALOMÉ

¿Has visto á Romualdo?

CRISTETA

No.

SALOMÉ

¡Romualdo!... *(Aplausos y voces dentro.)* ¿Acabaremos?... ¡Ahí está tu señor primo, echando un discurso, y los otros brutos, berreando y atracándose que es una bendición!

ROMUALDO

¿Llamaba la señora?

SALOMÉ

Sí, hace rato. ¿Dónde has estado metido todo el día?

ROMUALDO

¡Ay, señora! ¡Usted no sabe el disgusto que tengo!

SALOMÉ

¿Cómo?

ROMUALDO

Que no oiga. *(Por Cristeta.)*

SALOMÉ

¿Qué es ello?

ROMUALDO

Luciano, mi hijo; ¡pásmese usted, señora! es un pillete: no se ha examinado, me ha engañado miserablemente.

SALOMÉ

Muy bien empleado. Ya sabes que siempre te dije...

ROMUALDO

Y si fuera eso solo...

SALOMÉ

Pues ¿qué ha hecho?

ROMUALDO

Figúrese usted, que esta mañana se nos presenta en casa una muchacha, no mal parecida, con un chico en brazos. Era la criada de la casa de huéspedes donde

vivía Luciano en Madrid, que venía á reclamarle su palabra, con pruebas harto palpables al canto.

SALOMÉ

¡Qué horror! Y ¿qué habéis hecho?

ROMUALDO

¡Qué se ha de hacer, señora! El chico no quiere estudiar, la muchacha esa, le gusta... y, ya ve usted... Nada; que celebraremos la boda y el bautizo en el mismo día.

SALOMÉ

¡Qué cosas se ven!... Y ¿qué dice Faustina?

ROMUALDO

Está hecha una furia... ¡Claro! Esté usted afanándose para hacerle hombre, gastando lo que no se puede; y lo que yo he trabajado estos días para sacar á don Román adelante y que le diera un buen destino, todo perdido. *(Por Cristeta.)* Que no se entere, ¡por Dios!, ella que le quería tanto...

SALOMÉ

Lo que es eso, desengáñate, Romualdo, que lo mismo quería Cristeta á Luciano, que yo á ti.

ROMUALDO

¿Usted no me quiere, después de treinta años de servicios leales?

SALOMÉ

No me vengas con músicas. Lo que hace falta es que vayas á despedir á mis parientes, que, por fin, me dejan en paz. ¡Todo sea por Dios!... Estaba ya...

ROMUALDO

Pero, ¿dice usted de veras que Cristeta no quería á Luciano?

SALOMÉ

No. Y no te apures, porque no la dejo por heredera universal, que es lo que tú querías. *(Sale.)*

ROMUALDO

¡Vaya con la señora! No está hoy de buenas. *(Aplausos y voces dentro de la casa.)* ¡Hola, hola!, discurso tenemos. *(Se acerca á la casa.)* ¿Oyes, Cristeta? Buen pico, bueno. ¡Pensar que Luciano podía ser como él!... ¡Qué demonio! voy á despedirme. ¿Quién sabe si podrá servirme en otra cosa? *(Entra en la casa. Voces y aplausos.)*

LUCIANO

(Sale de la casa.) ¡Hola, Cristeta! ¿Cómo estás? Ya veo que no te mueres de ésta. Cosa mala... ¿verdad?... Voy á despedir á don Román. *(Entra.)*

CRISTETA

Le acompañarán todos á la diligencia... No le hablaré más...

ESCENA VIII

CRISTETA y MAGÍN

MAGÍN

¿Qué te ha dicho?

CRISTETA

Nada...

MAGÍN

¿Estás bien?... Eso es lo principal; lo demás... El te habrá dicho lo que debía, ¿no es verdad? Apuradillo andaba, porque no sabía cómo desengañarte sin causarte pena; pero al fin... ya veo que estás tranquila. Con su talento... te habrá hecho reflexiones...

CRISTETA

¡Desengañarme!

MAGÍN

Sí, Cristeta, porque ha tenido compasión de ti.

CRISTETA

¿Compasión nada más?

MAGÍN

Ya lo ves; ni puedes exigirle otra cosa.

CRISTETA

¡Es verdad! ¿Quién soy yo para él? Una salvaje, ignorante, sin educación, como dice doña Amalia. ¡Oh! Yo quiero que me lleven á Madrid, que me eduquen... Yo se lo pediré á la tía. Entonces sí me querrá... Ahora, claro, ¡pobre de mí! ¡Qué papel haría á su lado!... ¿Cómo habia de quererme?... A Madrid, Magín, á Madrid, aunque sea con doña Amalia. Voy á pedírselo á la tía... tú verás...

MAGÍN

¡Cristeta!... Tiemblo por ti... Si no te quiere. Si piensa casarse con la hija de un personaje.

CRISTETA

¿Quién te lo ha dicho?

MAGÍN

Él mismo, hablando aquí con doña Amalia. Se casa por interés nada más. Ya lo ves, no te pongas en su camino, déjale marchar, hazle puente de plata, es enemigo que huye. *(Voces y aplausos.)* ¡Ya vienen!... Ahí le tienes echando discursos. Van á despedirle con música. Óyele, embriagado en su triunfo; seguro estoy de que ya no se acuerda de ti.

CRISTETA

¡Claro está! ¿Qué hará entonces cuando hable en el Congreso y le aplaudan? *(Aplausos.)*

MAGÍN

¡Ya vienen!...

CRISTETA

No te separes de mí.

MAGÍN

¡Cristeta!

ESCENA IX

Dichos, SALOMÉ, AMALIA, JOSÉ LUÍS, ROMÁN, ROMUALDO, electores. Música fuera. Vivas y aplausos.

ROMÁN

En marcha.

AMALIA

José Luís, abrígate bien, que corre aire.

ROMUALDO

Señor don Román, no le digo á usted nada; aquí me tiene usted para lo que me mande.

ROMÁN

Querida tía, mil gracias por todo.

SALOMÉ

Buena suerte, sobrino.

AMALIA

(A Salomé.) Adiós, hija, que vayas á Madrid; no te pudras aquí metida. Adiós, adiós... ¡Son horribles las despedidas!... *(A José Luís.)* No llores, hijo... ¡El pobrecito te había tomado tanto cariño!... Eres otra madre para él; no llores, hijo.

JOSÉ LUÍS

Si no lloro. Es que se me ha metido una cosa en los ojos.

AMALIA

¡Vamos!... ¡Adiós, Cristeta! *(Se dirige á la puerta. A Román.)* ¿Viene usted?

ROMÁN

(A Cristeta.) ¡Adiós, Cristeta! ¿Has pensado bien en lo que te he dicho? ¿No es verdad que tengo razón? Yo no quería que sufrieras por mí. Adiós, y acuérdate de mí alguna vez; escríbeme y no quieras á nadie. ¡Es uno más feliz cuando no quiere! ¡Adiós! ¡En marcha!

ELECTORES

¡Viva!... Viva!...

ROMÁN

(En la puerta.) Gracias. Nunca, nunca se borrarán de mi corazón vuestras leales expansiones de afecto. Contad con el mío, lo mismo en los días terribles de la ad-

versidad, que en las horas risueñas del triunfo. Yo prometo consagrar toda mi vida á este suelo hospitalario, donde dejo raíces tan hondas. Yo lucharé por hacerme digno de la honra inmerecida que me habéis otorgado. Pero ¡ah!, si podéis en todo momento, en todo instante, contar con mi ayuda, con mi apoyo... con los vuestros cuento también, porque de todos necesito, para realizar todos juntos la inmensa obra de la civilización y del progreso.

ELECTORES

¡Bravo! ¡Viva!... (*Música.*)

TODOS

¡Adiós! ¡Buen viaje! (*Todos se dirigen hacia la puerta.*)

CRISTETA

(*A Magín.*) Tienes razón. No me quiere. Ha tenido lástima de mí, nada más. Ahora me escribirá una carta fría, de cumplimiento, dándome muchos consejos; pero, ¡qué!, ni me escribirá. (*Aplausos y voces fuera.*) Ya se marcha. ¡Nunca se acordará de mí! ¡Nunca... nunca!...

MAGÍN

Déjale. Te deja porque es ambicioso y va á luchar allá, como ha luchado aquí, engañando á los unos, implorando de los otros, comprando y vendiéndose. Quizá logre lo que ambiciona: será célebre, será ministro, será todo lo que hay *que ser*. No importa. El se acordará de ti algún día, en medio de su vida agitada, como me

acordaba yo siempre al entrar en acción, entre el humo y el fuego y el horror de la lucha, de mi madre y de la zagala hermosa que me adornó con cintas la guitarra cuando marché á servir al rey. No, no llores. Tu cariño fué un sueño, pero el sueño de un alma buena. Y esos sueños... ¡espéralo, hija mía!, esos sueños resucitan en el cielo. *(Se abrazan.)*

FIN DE LA COMEDIA

INDICE

Págs.

La Gobernadora (comedia en tres actos). 7
El primo Román (comedia en tres actos). 183

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Quinta edición esmeradamente corregida.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

TEATRO

Tomo primero.

El nido ajeno (comedia en tres actos, en prosa). *Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo segundo.

Don Juan (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un

cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo tercero.

Cuento de amor (Twelfth night or what you will), de Shakespeare, comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo cuarto.

Modas (sainete en un acto).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo quinto.

La gobernadora (comedia en tres actos).—*El pri-*

mo Román (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

EN PRENSA

Tomo sexto.

Amor de amar (comedia en dos actos).—*Libertad* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—*Los favoritos* (comedia en un acto).

Tomo séptimo.

Alma triunfante (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (novela escénica en cinco cuadros).

Tomo octavo.

El hombrecito (comedia en tres actos).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Al natural* (comedia en dos actos).

Tomo noveno.

La casa de la dicha (drama en un acto).—*No fumadores* (entremés en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).

Tomo décimo.

Richelieu (drama en cinco actos, de Bulwer Lytton).

Teatro fantástico. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.

EN PREPARACIÓN

En Madrid y en varias casas (novela).

Para los pedidos de estas obras dirigirse á D. Antonio López Gómez-Salas, Alcalá, 172 (Pasaje Moderno, hotel núm. 5), Madrid; y en Barcelona á los Sres. Toledano López y C.ª, Elisabets, 4, librería.

Se acabó la impresión de este tomo V, en el Establecimiento tipográfico de Fortanet, el 15 de Agosto de 1904.